
HUNDIDOS
Ecos de un pasado olvidado
J. A. BELLIDO

Página de derechos de autor

© 2025 J. A. Bellido. Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada o transmitida en forma alguna, por ningún medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros sistemas, sin el permiso expreso y por escrito del autor, excepto en los casos permitidos por la ley de derechos de autor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y hechos son producto de la imaginación del autor o se usan de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, o con hechos reales, es pura coincidencia.

Primera edición: 2025
Publicado a través de Amazon KDP.

Diseño de cubierta: J. A. Bellido

Para consultas o derechos de adaptación, contactar a través de la plataforma Amazon.

Sígueme en Instagram: @j.a.bellido_escritor

Tabla de contenido

Capítulo 1 - Un día como cualquier otro (o no)
Capítulo 2 - Fisuras en la realidad
Capítulo 3 - Punto de no retorno
Capítulo 4 - Nadie es de fiar
Capítulo 5 - Lo peor sigue siendo humano
Capítulo 6 - Cazador o presa
Capítulo 7 - La decisión inmediata
Capítulo 8 – Bienvenidos…(o no)
Capítulo 9 - Nada es lo que parece
Capítulo 10 - Estabilidad frágil
Capítulo 11 - La grieta final
Capítulo 12 - Un nuevo comienzo
Capítulo 13 - La llegada a un nuevo hogar
Capítulo 14 - La rutina del asentamiento
Capítulo 15 - La primera advertencia
Capítulo 16 - Espiando en la oscuridad
Capítulo 17 - Seis meses después
Capítulo 18 – Sombras en el almacén
Capítulo 19 – La cuenta regresiva
Capítulo 20 – Cosecha amarga
Capítulo 21 – Ecos del pasado
Capítulo 22 – En tierra hostil
Cápitulo 23 – La verdad oculta
Capítulo 24 – El dilema de la sangre
Capítulo 25 – Fuego y cenizas
Capítulo 26 – La caída de la barrera
Capítulo 27 – Un pacto con el enemigo
Capítulo 28 – La ira de los muertos
Capítulo 29 – Código 54
Capítulo 30 – El fin del mundo (…o su reinicio)

Capítulo 1 - Un día como cualquier otro (o no)

El sonido del despertador perforó la quietud de la habitación. Un pitido agudo, insistente, diseñado para arrancar a cualquiera del sueño a la fuerza. Daniel alargó el brazo sin abrir los ojos, tanteó la mesilla y apagó la alarma con un golpe seco. Ocho minutos después, la historia se repitió. Y otra vez. Hasta que, con un suspiro resignado, se obligó a incorporarse.

Se frotó la cara con ambas manos, tratando de despejarse. Dormía lo justo para no desplomarse en el trabajo, pero nunca lo suficiente para sentirse descansado. Sus párpados pesaban, como si la noche apenas hubiera servido de algo. Miró el techo sin moverse. Otro día más.

El apartamento tenía el olor rancio de la ropa usada y la cena de la noche anterior. No era un desastre, pero tampoco un espacio acogedor. Todo en él era funcional, suficiente para existir sin demasiado esfuerzo. Caminó descalzo hasta la cocina, sintiendo el frío pegajoso del suelo bajo sus pies, y encendió la cafetera de cápsulas. Mientras el chorro negro y humeante llenaba la taza, desbloqueó el móvil.

Twitter. Noticias. Lo mismo de siempre. Un escándalo político, una estrella de Hollywood denunciada por abuso, un post sobre *Resident Evil 4 Remake* y un tráiler de una nueva película de terror en Netflix.

Nada cambió. Nada cambia nunca.

Suspiró y deslizó el dedo sin pensar. Un artículo con el título *"Violencia sin sentido en varias ciudades: la policía investiga posibles brotes de psicosis colectiva"* apareció en su feed. Frunció el ceño. No era la primera vez que veía algo así en los últimos días. Pero, como siempre, no le dio importancia y siguió bajando.

Se terminó el café de un trago y se dirigió al baño. Una ducha rápida, agua casi fría para despejarse. Frente al espejo, estudió su reflejo con la misma indiferencia de cada mañana. Ojeras marcadas, barba de tres días, un cuerpo que había sido más firme años atrás pero que ahora apenas resistía el sedentarismo.

Suspiró de nuevo.

Se vistió sin pensar demasiado: camiseta oscura, vaqueros y zapatillas. Lo de siempre.

El edificio en el que vivía tenía el encanto de un bloque de apartamentos venido a menos. Olores mezclados en los pasillos, un reguero pegajoso en las escaleras que nadie se molestaba en limpiar, música de reguetón sonando desde algún piso y el ascensor con luces parpadeantes que llevaba meses pidiendo a gritos que lo arreglaran.

Cuando salió al pasillo, vio al vecino del 2B asomado a la puerta de su apartamento. Estaba inmóvil, con la boca entreabierta y los ojos vidriosos. Sus labios se movían levemente, como si estuviera murmurando algo inaudible.

Daniel le sostuvo la mirada por un instante, esperando un saludo o alguna queja rutinaria sobre la administración del edificio. Pero el hombre no dijo nada. Solo estaba ahí, con un leve tic en la mandíbula, como si tratara de articular palabras que no salían.

—Buenos días —murmuró Daniel, sin obtener respuesta.

El vecino parpadeó varias veces, como si acabara de salir de un trance, y se metió de nuevo en su

apartamento sin cerrar del todo la puerta.

Daniel chasqueó la lengua y bajó las escaleras con las manos en los bolsillos. No sabía por qué, pero sintió un escalofrío en la nuca.

Algo en la forma en que el vecino lo había mirado lo inquietó. Pero no tenía tiempo para detenerse a pensar en ello.

Tenía que llegar al trabajo.

Otro día como cualquier otro. O eso creía.

La calle estaba igual de gris que siempre. Daniel salió del edificio con las manos en los bolsillos y el ceño ligeramente fruncido, todavía con el cuerpo en modo automático. La brisa de la mañana arrastraba el olor a pan recién horneado de la cafetería de la esquina, mezclado con el hedor de un contenedor de basura que nadie se había molestado en cerrar bien.

Caminaba hasta la parada del metro como todos los días, con el mismo ritmo cansino y la cabeza aún adormilada. No había prisa. Su trabajo en el call center no iba a mejorar porque llegara antes.

El tráfico a esa hora solía ser un caos predecible. Coches avanzando en oleadas intermitentes, cláxones impacientes, el crujido de motos filtrándose entre los carriles. Pero algo se sentía distinto. No podía precisar qué, solo una sensación leve, como cuando entras a una habitación y sientes que algo se ha movido aunque no sabes exactamente qué.

Un coche había frenado en seco en mitad de la avenida. Un hombre con traje discutía a gritos con el conductor de una furgoneta que gesticulaba con furia. Nada nuevo en la ciudad, pero el tono de sus voces tenía algo de más... intensidad.

Daniel miró el semáforo y cruzó sin prestarles más atención.

Bajó las escaleras del metro y se unió a la marea de gente que esperaba en el andén. Nadie hablaba. Solo el sonido de las notificaciones de los móviles, el siseo de los anuncios automáticos y el temblor lejano del tren aproximándose.

Cuando el convoy llegó, entró en el vagón y se apoyó contra una de las barras, sacando el móvil para seguir su rutina: redes sociales, noticias, cualquier cosa para distraerse. Deslizó el dedo por la pantalla. Más política, más guerras, más influencers diciendo tonterías.

Pero había algo más.

Un post con cientos de respuestas:

"¿Alguien más ha notado que la gente está actuando raro hoy?"

Bajó un poco más.

"Mi vecino salió en pijama y se quedó parado en la acera mirando a la nada. Me dio escalofríos."

"En mi oficina una compañera empezó a murmurar cosas y luego se desmayó. No sé si fue un ataque de ansiedad o qué, pero está todo raro."

Daniel frunció el ceño y bloqueó el móvil. No tenía tiempo para paranoias colectivas. Siempre había alguien dispuesto a hacer drama por cualquier tontería.

El metro se detuvo en su estación y salió con el resto de pasajeros. A unos metros de la salida, un tipo estaba completamente inmóvil junto a un puesto de periódicos, con la mirada clavada en el

cielo. Como si estuviera esperando algo.

Un vendedor ambulante que solía vender gafas de sol y encendedores pasó junto a Daniel, refunfuñando:

—Hoy la gente está más tonta de lo normal.

Daniel apenas reaccionó. Solo asintió con una media sonrisa antes de seguir caminando.

La ciudad estaba igual que siempre.

O al menos, eso se repetía a sí mismo.

El call center olía a aire acondicionado reciclado y café barato. Daniel pasó su tarjeta por el lector de la entrada y la puerta automática emitió un pitido antes de desbloquearse. El mismo sonido de siempre.

Dentro, la iluminación artificial lanzaba un resplandor blanco y aséptico sobre las filas de cubículos. Los monitores parpadeaban con el mismo fondo corporativo, los teclados resonaban en un murmullo incesante, y las conversaciones eran un zumbido constante de "Sí, señor", "Entiendo su molestia" y "Permítame transferirlo con otro departamento".

Todo parecía igual.

Y, sin embargo, había algo extraño en el ambiente.

Daniel caminó hacia su puesto con las manos en los bolsillos, lanzando una mirada rápida al área. Algunos compañeros tecleaban con una expresión perdida, como si su mente estuviera en otra parte. Otros revisaban sus teléfonos más de lo habitual.

—Joder, qué día más raro —murmuró Víctor, su compañero de cubículo, sin apartar la vista de la pantalla.

Daniel dejó caer su mochila en el suelo y encendió su ordenador.

—¿A qué te refieres?

Víctor se rascó la nuca con gesto tenso.

—No sé, hay gente llamando y quedándose en silencio. Otros balbucean cosas sin sentido y cuelgan. Hasta un tío me ha preguntado si "veo las caras", como si esperara que supiera de qué hablaba.

Daniel arqueó una ceja mientras el sistema de la empresa terminaba de cargar.

—A lo mejor es un fallo en la línea.

—Ojalá. —Víctor bufó—. También hay más compañeros enfermos que de costumbre. La mitad de la gente de la mañana ha faltado sin avisar.

Daniel abrió el chat interno. Un par de mensajes de su supervisor confirmaban que algunos empleados se habían reportado con síntomas extraños: fiebre repentina, mareos, confusión.

Una notificación emergió en su pantalla: **"Nuevo cliente en línea"**.

Suspiró y se colocó los auriculares.

—Gracias por contactar con soporte, ¿en qué puedo ayudarle?

Silencio.

Daniel frunció el ceño y miró la pantalla. El temporizador de la llamada avanzaba, pero nadie hablaba.

—¿Hola?

Un ruido seco al otro lado, como si alguien hubiera golpeado el auricular contra algo. Luego, una respiración agitada.

—Ellos… los ojos… no son… —susurró una voz, antes de cortarse abruptamente.

El pitido del sistema indicó que la llamada se había terminado.

Daniel apartó los auriculares con un ligero escalofrío.

—Eso sí ha sido raro.

Se volvió hacia Víctor, pero su compañero estaba demasiado concentrado en su pantalla como para prestarle atención.

Antes de que pudiera decir algo más, el supervisor de la planta salió de su oficina con el móvil en la mano. Su expresión era tensa.

—Chicos, si alguien tiene problemas de conexión o llamadas extrañas, reportadlo. Algo está pasando fuera, pero no tenemos detalles.

Daniel sintió que su estómago se encogía levemente.

No sabía por qué, pero de repente tenía la sensación de que debía revisar su teléfono.

Daniel sacó su teléfono. No sabía por qué, pero tenía una sensación de urgencia en el pecho, como si algo estuviera esperando en la pantalla.

Varias notificaciones.

Un mensaje de su madre:

"Daniel, ¿estás bien? Hay gente actuando raro en la calle. No salgas hasta que te llame."

Era un mensaje corto, pero algo en la forma en que estaba escrito lo puso en alerta. Su madre no era de exagerar.

Deslizó hacia abajo. En el grupo de WhatsApp con algunos amigos, los mensajes iban en cascada.

Luis: "Tíos, en mi curro alguien se ha desplomado y empezó a convulsionar. ¿Alguien más ha visto algo raro?"
Andrea: "En el metro una mujer gritó que alguien la había mordido. No sé si es un ataque de pánico o qué, pero fue rarísimo."
Raúl: "¿Estáis viendo las noticias? Algo está pasando. Helicópteros en Manhattan. Joder, esto parece de peli."

Daniel sintió un leve cosquilleo en la nuca. Se mordió el labio y abrió Twitter.

#Blackout #SomethingIsHappening

Las tendencias estaban llenas de videos cortos y mensajes alarmantes. Gente corriendo, imágenes borrosas de calles vacías, publicaciones que decían cosas como "Si estás en casa, no salgas" o "¿Por qué la gente actúa así?".

El murmullo en la oficina había bajado de intensidad. No porque la gente estuviera más

concentrada, sino porque algo en el ambiente se había vuelto pesado.

Un golpe seco lo hizo levantar la vista.

En el cubículo frente a él, una de las chicas de servicio técnico, Paula, se había quedado completamente quieta, con la mirada fija en la pantalla. Sus dedos temblaban levemente sobre el teclado.

—¿Paula? —preguntó su compañera, tocándole el hombro.

La chica no respondió. Sus labios murmuraban algo, pero demasiado bajo para entenderlo.

De repente, su cuerpo se tensó y dejó escapar un ruido gutural, como si algo se hubiese atascado en su garganta. Luego, su cabeza giró bruscamente hacia un lado, de una forma que no parecía del todo natural.

—¡Eh! ¿Estás bien? —insistió la compañera, dando un paso atrás.

El supervisor, que seguía hablando por teléfono, desvió la mirada y su expresión cambió al instante.

Daniel sintió su estómago encogerse. Algo en la forma en que Paula se movía no estaba bien.

Y entonces, sin previo aviso, Paula se lanzó sobre su compañera.

Un grito desgarró el call center. Sillas volaron, alguien tropezó al intentar alejarse y en cuestión de segundos, la oficina se convirtió en un caos absoluto.

Daniel se quedó helado por una fracción de segundo antes de reaccionar.

El teléfono vibró en su mano con una nueva notificación.

Era un mensaje de su madre.

"DANIEL, SAL DE AHÍ."

Capítulo 2 - Fisuras en la realidad

El grito seguía resonando en la oficina cuando Daniel levantó la vista del móvil. El mensaje de su madre aún brillaba en la pantalla:

"DANIEL, SAL DE AHÍ."

Pero la realidad gritaba más fuerte.

Paula estaba encima de su compañera, sus manos aferradas a su cuello con una fuerza antinatural. La otra mujer pataleaba, intentando zafarse, su rostro enrojecido y la boca abierta en un intento desesperado por respirar.

—¡Suéltala! —gritó alguien.

Un compañero intentó intervenir, agarrando a Paula por los hombros, pero ella se giró con un gruñido y lo empujó con una violencia inesperada. El hombre cayó al suelo con un golpe sordo.

El pánico se propagó como un incendio.

Sillas volcadas. Pasos apresurados. Voces superpuestas, algunas pidiendo ayuda, otras gritando sin sentido. Daniel sintió la adrenalina recorriéndole el cuerpo, congelándolo en el asiento durante un segundo que pareció eterno.

Luego, el instinto se impuso. Se quitó los auriculares de un tirón y se puso de pie.

—¡Víctor! —buscó a su compañero de cubículo, pero no lo vio.

El supervisor intentaba organizar a la gente, pero su voz se perdía entre el caos. En los monitores de los puestos aún sonaban llamadas activas, clientes al otro lado de la línea preguntando qué estaba pasando, sin recibir respuesta.

Daniel dio un paso atrás. Su mente buscaba una explicación lógica, pero no la había. La forma en que Paula se había movido, la mirada perdida en sus ojos, el gruñido animal… Algo estaba mal. **Salir. Ahora.**

Giró sobre sus talones y corrió hacia la salida, el problema era que todos habían llegado a la misma conclusión al mismo tiempo.

El pasillo hacia la puerta principal estaba abarrotado de empleados empujándose en un intento de salir, formando un tapón desesperado. Alguien cayó al suelo y otro lo pisó sin darse cuenta. El sonido de un llanto desgarrado se mezcló con el estruendo de muebles volcándose.

Daniel vio a Víctor al otro lado del caos, con la espalda pegada a una pared y la mirada perdida en la escena.

—¡Víctor, muévete!

Su amigo tardó en reaccionar, pero al ver que Daniel avanzaba hacia él, pareció recuperar algo de sentido.

—¿Qué cojones está pasando? —preguntó con voz tensa.

—No lo sé, pero hay que salir de aquí.

Las luces parpadearon. Un sonido eléctrico vibró en el ambiente y, por un momento, todo el call center quedó sumido en un silencio ominoso.

Luego, un chasquido, las puertas automáticas se bloquearon con un pitido mecánico.

Daniel sintió el estómago encogerse.

—No… no jodas…

El supervisor, con el rostro empapado en sudor, intentó forzar la salida manualmente, pero las puertas no cedían.

—¡Mierda, mierda! —alguien golpeó el cristal con desesperación.

—¡Atrás! —gritó otro.

Una silla voló contra la puerta, estrellándose con un estruendo seco. El cristal tembló, pero resistió.

El sonido de un golpe más fuerte hizo que Daniel girara la cabeza. Paula ya no estaba en su cubículo. Estaba en el pasillo, pero no estaba sola.

Otro empleado, un tipo de contabilidad al que apenas conocía, se tambaleaba detrás de ella con los mismos ojos vidriosos, los mismos movimientos erráticos.

La sangre manchaba su camisa.

Daniel sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

El supervisor seguía aporreando los controles de las puertas cuando, de repente, la luz roja

cambió a verde,un zumbido eléctrico, y las puertas se abrieron.

La avalancha humana estalló.

Daniel apenas tuvo tiempo de reaccionar antes de ser empujado hacia afuera junto con la multitud.

El aire fresco golpeó su rostro, pero la ciudad no era la misma que había visto esa mañana.

Las sirenas aullaban desde múltiples direcciones. Un helicóptero cruzó el cielo a toda velocidad. En la calle, la gente corría sin un rumbo claro, algunos gritando, otros simplemente con una expresión de pánico absoluto.

Daniel giró la cabeza y vio un coche estrellado contra una farola, el conductor seguía dentro, no se movía.

Su teléfono vibró en su mano, un nuevo mensaje de su madre.

"Daniel, vuelve a casa. YA." Pero sus dedos temblaban demasiado como para responder. A su alrededor, la ciudad se desmoronaba. El bullicio del tráfico matutino había sido reemplazado por un caos sin sentido. Personas corriendo en todas direcciones, gritos desgarrados perforando el aire, el estruendo de cristales rotos en algún punto de la calle.

Daniel dio un paso hacia atrás, sintiendo el asfalto frío bajo sus zapatillas. Su mente luchaba por procesar lo que veía.

A unos metros, un hombre yacía sobre la acera, con la cabeza apoyada en un charco de sangre. No se movía. Junto a él, una mujer sollozaba con el móvil pegado al oído, pero nadie parecía responderle.

Más allá, un coche avanzaba con brusquedad, esquivando a la multitud hasta estrellarse contra una señal de tráfico. El conductor se desplomó contra el volante.

No pienses. Muévete. Su casa. Tenía que llegar a su casa. Coger lo necesario. Luego, la de su madre, pero sus piernas no respondían, hasta que lo vio.

En mitad de la calle, un hombre de traje caminaba con un paso irregular, arrastrando un pie como si le pesara demasiado. Su cabeza caía levemente hacia un lado, el cuello torcido en un ángulo antinatural.

Daniel parpadeó, algo en la forma en que aquel hombre se movía no era normal, y entonces se detuvo, giró la cabeza en su dirección, ojos muertos. Blancos.

El aire se hizo espeso en su garganta. El hombre alzó un brazo, como si intentara alcanzar algo invisible, y luego avanzó con más rapidez de la que parecía posible en su estado.

Daniel retrocedió un paso, sintiendo el latido de su propio corazón en los oídos.

—No…

No podía estar viendo esto, no era real, pero el hombre seguía avanzando.

De repente, alguien corrió junto a Daniel, empujándolo con fuerza. Un chico con una mochila se abalanzó sobre el hombre del traje, intentando sujetarlo.

—¡Señor! ¡Espere! ¡Está herido!

La criatura, porque Daniel ya no podía llamarlo de otra manera, no se detuvo. Con un gruñido

seco, giró bruscamente y se lanzó sobre el chico. Daniel vio cómo ambos cayeron al suelo. Hubo un forcejeo, un grito. Y después… un sonido, un sonido indescriptible, como carne desgarrándose.

El chico dejó de gritar, el trajeado alzó la cabeza, algo rojo le chorreaba por la barbilla.

Daniel se echó hacia atrás con un jadeo, el mundo tambaleándose a su alrededor.

Corre. Corre, maldita sea. Sus pies reaccionaron antes que su cerebro. Giró sobre sus talones y corrió calle abajo, no pensó en dirección, no pensó en obstáculos, solo en moverse.

A su alrededor, la ciudad era un infierno.

Dos policías intentaban contener a un grupo de personas alteradas cerca de una farmacia, pero de pronto uno de los oficiales cayó al suelo y empezó a convulsionar. La gente a su alrededor gritó y se dispersó.

Un coche en llamas se deslizaba sin control por la avenida, chocando contra todo a su paso.

Un hombre saltó desde una ventana del tercer piso de un edificio.

El sonido de sirenas y helicópteros vibraba en el aire.

El teléfono de Daniel vibró en su mano, **batería baja: 10%,** mierda**.**

Apretó el móvil con fuerza y dobló una esquina. Su apartamento estaba a solo unas calles, si lograba llegar, cogería lo que pudiera y saldría de ahí. Si lograba llegar.

Daniel cerró la puerta de su apartamento con un golpe sordo, apoyándose contra ella mientras intentaba controlar su respiración.

Por un instante, todo quedó en silencio, no había gritos. No había sirenas. No había cuerpos retorcidos en la calle, solo su apartamento, su sofá, su televisor, su escritorio con los auriculares todavía apoyados sobre el teclado.

El mundo seguía ahí dentro. Como si nada hubiera cambiado, pero el temblor en sus manos decía lo contrario.

Se frotó la cara con fuerza, intentando despejarse. Su piel estaba fría y húmeda, tenía que pensar, tenía que coger lo necesario e irse, pero su cerebro no cooperaba.

Caminó hasta el sofá y dejó caer la mochila al suelo, sin pensarlo demasiado, agarró el mando y encendió la televisión.

El sonido le golpeó como un mazazo.

—… la situación sigue fuera de control en varias ciudades del país…

Las imágenes eran un infierno.

Una reportera en el estudio hablaba con voz tensa mientras en la pantalla se mostraban clips de calles en llamas, disturbios, gente huyendo. Un policía disparando a alguien fuera de cámara.

Daniel tragó saliva.

Esto no es un simple brote.

Cambió de canal frenéticamente.

—…los hospitales han colapsado…—

—…el Gobierno ha declarado estado de emergencia en Rockford, Illinois…—

—…el brote comenzó en la Base de Fort Detrick North…

Daniel dejó caer el mando.

Su estómago se encogió como si alguien le hubiera dado un puñetazo.

La base.

Su madre.

Su mente retrocedió en el tiempo a toda velocidad.

Una conversación en la cocina, hace unos meses:

—Mamá, ¿qué haces exactamente ahí dentro?

Su madre había desviado la mirada con una sonrisa tensa.

—No puedo hablar de eso, cariño. Ya sabes cómo son estas cosas.

Y otra vez, unas semanas atrás:

—Si alguna vez ocurre algo extraño… si ves que las cosas se ponen raras… solo vete a un sitio seguro, ¿vale?

Entonces, él se había reído.

—¿Qué dices? ¿Como una película de zombis?

Pero su madre no había sonreído.

Daniel sintió un escalofrío recorrerle la espalda, las piezas encajaban demasiado bien.

Regresó la vista a la pantalla, un helicóptero sobrevolaba un barrio en ruinas, la cámara temblorosa captando figuras tambaleantes en las calles, en la esquina de la imagen, una palabra destacaba en rojo.

FALLO EN LA CONTENCIÓN.

Sus nudillos estaban blancos de tanto apretar los puños, esto no era un brote, esto era el fin de todo, y su madre estaba en el centro de ello.

Un ruido sordo afuera lo hizo girar la cabeza bruscamente.

El mundo seguía allí fuera. Esperándolo.

Un ruido en el pasillo lo sacó de su trance.

Daniel se quedó quieto, con el pulso acelerado, sintiendo el sudor frío resbalar por su nuca.

Otro golpe, más fuerte esta vez.

Tragó saliva y se acercó a la puerta sin hacer ruido, su respiración superficial, el cuerpo tenso. Se acercó y miró por la mirilla de la puerta.

Un vecino estaba ahí afuera, parado con el cuerpo ladeado, la cabeza inclinada de una forma extraña, como si su propio cuello no pudiera sostenerla bien. Su pecho subía y bajaba con movimientos erráticos y sus manos temblaban de manera antinatural.

Daniel entrecerró los ojos.

—¿Hola? —susurró, sin estar seguro de por qué había hablado.

El hombre giró la cabeza de golpe, su mandíbula desencajada, los ojos opacos y la piel cenicienta. Un escalofrío lo atravesó.

El vecino gruñó y se abalanzó contra la puerta, golpeándola con una fuerza desmedida, sus manos dejando marcas grasientas en la madera.

Daniel retrocedió sin apartar la mirada, con la respiración agitada y el corazón desbocado. Esto no era una borrachera, no era una crisis nerviosa ni un enfermo en estado de shock, este hombre no estaba bien, no estaba vivo.

Su cerebro se encendió, trabajando a una velocidad frenética, todo lo que había visto en películas y videojuegos de zombis ahora importaba, porque estaba ocurriendo delante de sus ojos.

"No hagas ruido, no atraigas la atención."

"No llames a la policía, ya no hay policía."

"No abras la puerta, no confíes en nadie."

Se obligó a respirar más lento, tratando de recordar lo que los supervivientes hacían en The Walking Dead, en 28 Días Después, en Guerra Mundial Z. En todas esas historias, los primeros que morían eran los que se quedaban esperando ayuda o los que creían que esto se resolvería en unas horas.

Tenía que moverse.

Abrió su mochila y comenzó a meter lo esencial, su cuerpo funcionando en automático, su mente repitiendo lo que había aprendido viendo a personajes sobrevivir en la ficción.

- Una botella de agua.
- Algunas barritas de proteína.
- Una linterna.
- El cuchillo más grande que encontró en la cocina.

Se puso la mochila al hombro y miró el móvil.

5% de batería.

Maldijo entre dientes, cerró los ojos un segundo y trató de pensar.

"Los supermercados serán trampas."

"No puedes depender del teléfono."

"Tienes que salir antes de que esto empeore."

Se acercó a la ventana, apartó un poco la cortina y observó la calle.

El caos seguía allí, pero ahora se fijó en algo más. Figuras tambaleantes entre los coches detenidos, cuerpos que no caminaban como personas, sino como depredadores sin rumbo.

Un grito desgarrador atravesó la noche. Daniel sintió un nudo en el estómago.

Su plan acababa de complicarse antes de siquiera empezar.

Capítulo 3 - Punto de no retorno

La luz grisácea del amanecer se filtraba por las cortinas, proyectando sombras alargadas en las

paredes desnudas del apartamento. Daniel llevaba horas despierto, sentado en el suelo con la espalda apoyada contra la cama, el cuchillo que había tomado de la cocina aún apretado en su mano derecha.

No había dormido. No podía hacerlo.

El edificio había estado inquietantemente vivo durante la noche. Pasos erráticos en el pasillo, puertas golpeadas con fuerza, gritos ahogados que se perdían en la oscuridad. En algún momento, cerca de las cuatro de la madrugada, escuchó un disparo en la distancia, seco y contundente, seguido de un silencio pesado que duró más de lo que le habría gustado.

El mundo seguía derrumbándose, pero ahora no con la urgencia del primer día, sino con la lentitud de un incendio que ya había consumido lo esencial y ahora se extendía, devorando lo que quedaba.

El olor a quemado se colaba por la ventana, mezclado con algo más denso y metálico que Daniel prefería no identificar. Las sirenas seguían sonando, pero cada vez con menos frecuencia, como si los que aún intentaban mantener el orden se estuvieran quedando sin fuerzas o simplemente hubieran desistido.

La ciudad ya no pertenecía a los vivos.

Respiró hondo, sintiendo el aire frío llenar sus pulmones. Su apartamento, su único refugio hasta ahora, se había convertido en una trampa. No tenía electricidad, su móvil estaba muerto, la comida que le quedaba apenas serviría para un par de días y, lo peor de todo, no tenía forma de saber lo que estaba ocurriendo allá afuera con precisión.

Es hora de moverse**.**

Se puso de pie con los músculos agarrotados y caminó hasta la mesa del comedor. Apartó un par de revistas viejas y, tras rebuscar en un cajón, encontró lo que buscaba: un mapa de carreteras de Illinois que había comprado hace años en una gasolinera cuando su móvil se quedó sin señal en un viaje.

Lo extendió sobre la mesa y lo miró fijamente.

¿Por dónde empezar?

Cogió un bolígrafo y comenzó a marcar puntos clave.

- Los supermercados grandes son trampas. En todas las películas y series, la gente iba directo a saquear comida y agua, y eso solo terminaba en caos.
- Los hospitales no son seguros. Si esto era una epidemia, el primer instinto de la mayoría habría sido ir a buscar ayuda médica. Demasiada gente en un solo lugar.
- Las estaciones de policía y los refugios oficiales pueden estar tomados o abandonados. Y si estaban ocupados, probablemente no dejarían entrar a cualquiera.

Entonces, su vista se deslizó hacia un punto en el mapa, la base de Fort Detrick North.

Su estómago se encogió.

Si el brote había comenzado allí, si su madre había trabajado en ese sitio hasta hace unos días… ¿había alguna posibilidad de que siguiera viva?

Se mordió el labio y desvió la mirada. No podía pensar en eso ahora.

Trazó una ruta rápida para salir de la ciudad, evitando las carreteras principales. Si todo seguía el patrón de los escenarios postapocalípticos que había consumido durante años, las vías grandes estarían colapsadas, llenas de coches abandonados y accidentes.

"Nunca tomes la ruta más obvia."

Ese era un mantra en todas las historias de supervivencia, y ahora tenía sentido.

Marcó caminos alternativos, algunas rutas secundarias y posibles puntos donde conseguir provisiones sin exponerse demasiado. No tenía un destino claro aún, pero sí una dirección: la casa de su madre.

Un objetivo. Algo por lo que seguir adelante.

Guardó el mapa en su mochila y echó un último vistazo a su apartamento.

Las paredes desnudas, la cama sin hacer, la televisión apagada que aún reflejaba un mundo que ya no existía. Todo le parecía más ajeno de lo que había sido nunca.

Caminó hasta la estantería y, tras unos segundos de duda, tomó un pequeño portarretratos.

Una foto de su padre.

Era de hacía más de diez años. Él aún era un niño, su padre sonreía con la mirada cansada pero cálida, y su madre tenía un gesto sereno, casi ausente, como si su mente estuviera en otro lugar incluso entonces.

Apretó la foto entre los dedos y sintió un nudo en la garganta.

Recordaba los meses en que su padre estuvo enfermo, lo impotente que se sintió cuando, a pesar de los estudios, las pruebas, los médicos y los medicamentos, su madre no pudo hacer nada para salvarlo.

Si la ciencia no había podido salvar a su padre entonces, ¿qué podía hacer ahora, en un mundo donde ya no quedaban hospitales, ni especialistas, ni respuestas?

Respiró hondo, metió la foto en su mochila y caminó hacia la puerta.

Sin mirar atrás, no había vuelta atrás.

Daniel se quedó frente a la puerta de su apartamento con la mano en el pomo, sin moverlo, cruzar esa puerta significaba dejar atrás cualquier idea de normalidad.

Durante un segundo, su mente jugó con la posibilidad de quedarse. Aquí aún tenía paredes a su alrededor, un techo sobre su cabeza, aunque fuera un refugio temporal. Pero sabía la verdad: esto no era un hogar, era una trampa de la que solo podía salir mientras aún tuviera oportunidad.

Tomó aire, sintiendo el peso de la mochila en su espalda, y giró el pomo con lentitud. El pasillo estaba en penumbra, la luz tenue del amanecer proyectaba sombras extrañas a través de las puertas entreabiertas. El aire olía a encierro y sudor rancio, pero también a algo más: un rastro metálico, seco, inconfundible, sangre.

Caminó con cautela, pegado a la pared, evitando mirar directamente a la puerta del 4B, donde alguien había dejado marcas de manos ensangrentadas en la madera. Más adelante, una televisión seguía encendida en un apartamento con la puerta abierta, mostrando imágenes estáticas de un noticiero sin sonido.

Daniel se detuvo junto a las escaleras y miró hacia abajo, el ascensor no era una opción, apretó

los dientes y comenzó a descender con pasos controlados, forzándose a no hacer ruido. Cada escalón crujía bajo su peso y su estómago se tensaba con cada sonido. A mitad de camino, vio algo al fondo del rellano: una pierna sobresalía de la puerta de salida del edificio.

Se quedó inmóvil, esperó, no se movió, apretó el cuchillo en su mano y siguió bajando, cada músculo de su cuerpo listo para correr si lo necesitaba.

Cuando llegó al último escalón, pudo verlo mejor, era un hombre. Su torso estaba fuera del edificio, la mitad inferior dentro, como si hubiera intentado salir arrastrándose antes de quedar inmóvil. Daniel pasó junto a él con el corazón latiéndole en la garganta, cuidando de no rozarlo. No podía saber si estaba muerto del todo. La puerta de salida estaba entornada. La abrió con lentitud, dejando que un resquicio de luz iluminara el suelo del vestíbulo.

El olor lo golpeó de inmediato.

Salió al exterior y el mundo lo golpeó como una avalancha de sensaciones.

El aire estaba cargado de humo, el hedor a basura podrida y algo más denso se mezclaba con el calor del sol. Las calles estaban en silencio, pero era un silencio antinatural, interrumpido por sirenas lejanas y el crujido ocasional de algo moviéndose entre los escombros.

Todo lo que había visto en las películas, en los videojuegos, en las series… ahora era real.

Avanzó con precaución, pegándose a los muros de los edificios. Lo primero que hacían los supervivientes inteligentes en The Walking Dead era no llamar la atención.

Los coches estaban abandonados en mitad de la carretera, algunos con las puertas abiertas, otros con los cristales rotos. Un bolso estaba tirado en la acera, su contenido esparcido como si su dueña hubiera tenido que soltarlo a la carrera.

Aquí hubo gente intentando escapar.

Un ruido metálico lo hizo girarse de golpe.

A unos metros, un contenedor de basura temblaba ligeramente. Algo estaba dentro.

Daniel se quedó congelado, con los músculos tensos, esperando. Si se movía demasiado rápido, si hacía ruido, si llamaba la atención de lo que fuera que estaba ahí…El contenedor dejó de moverse, tragó saliva y se obligó a seguir adelante. Cada esquina podía ser un punto ciego, cada calle abierta una emboscada. Dobló una esquina y lo vio, un niño de pie en medio de la calle, inmóvil.

Daniel se detuvo en seco.

El niño tenía la cabeza gacha, los brazos caídos a los lados de su cuerpo, por un momento, pensó que estaba perdido, en estado de shock, pero algo en su postura no cuadraba.

Dio un paso hacia atrás, entonces, el niño se movió, levantó la cabeza con un gesto mecánico, como si su cuello fuera demasiado pesado, y Daniel vio sus ojos, vacíos.

El niño abrió la boca con un sonido rasposo y comenzó a caminar. Daniel dio un paso atrás, luego otro, hasta chocar contra un coche. El niño no estaba solo, a su derecha, una mujer salió de entre dos vehículos, con la ropa desgarrada y el cuerpo ladeado en un ángulo imposible.

A su izquierda, otro hombre emergió de un portal, su boca cubierta de sangre, los dedos crispados como garras. El nudo en su garganta se apretó, inspiró hondo, fijó la vista en la única

dirección sin obstáculos y echó a correr.

Los gritos se le pegaban a la piel como un zumbido insoportable. Daniel corría sin mirar atrás, sin pensar en una ruta, solo poniendo un pie delante del otro, sintiendo la presión del miedo empujándolo hacia adelante. El suelo bajo sus pies estaba plagado de obstáculos, cristales rotos, basura esparcida, cuerpos que no sabía si estaban realmente muertos o solo esperando que alguien pasara demasiado cerca.

Respiraba con fuerza, su corazón latiendo con tanta violencia que sentía que le iba a explotar en el pecho. Sus pulmones ardían, su visión se estrechaba con cada zancada.

"No puedes correr para siempre."

"Tienes que esconderte, reagruparte."

Giró bruscamente en un callejón, sus zapatillas resbalaron en algo pegajoso, pero logró mantenerse de pie. La calle estaba vacía, o al menos lo parecía. A su derecha, una tienda saqueada tenía las ventanas rotas y las estanterías vacías. Más adelante, un edificio de oficinas de tres pisos con la puerta entreabierta.

Necesitaba un respiro. Corrió hasta el edificio y empujó la puerta con fuerza, entrando en el vestíbulo vacío. Cerró tras de sí y se apoyó contra la madera, jadeando, tratando de recuperar el control de su respiración.

El lugar estaba en penumbras, los escritorios revueltos, algunas sillas volcadas. Había señales de que alguien había estado aquí recientemente: un vaso de café derramado en el suelo, un abrigo colgado en el respaldo de una silla, una linterna apagada sobre una mesa, y en la pared, pintado con prisa en letras temblorosas:

“NO SON HUMANOS”

Daniel tragó saliva, la sangre en la pared ya estaba seca. Avanzó con cuidado entre los escritorios, pisando lo más suave posible, sus oídos atentos a cualquier sonido. Su mano seguía aferrada al cuchillo que llevaba en la cintura, los nudillos blancos por la fuerza con la que lo sujetaba.

Un ruido, se quedó helado. Algo había caído en el pasillo lateral. Un golpe sordo, como si alguien hubiera volcado una caja o tropezado con una silla.

Daniel giró la cabeza lentamente, las luces de emergencia parpadeaban, iluminando el pasillo con destellos irregulares, algo se movía entre las sombras.

Demasiado cerca, su cuerpo se tensó, su respiración se volvió aún más superficial. Por un segundo, su mente intentó engañarlo, diciéndole que tal vez fuera otro superviviente, alguien que, como él, solo intentaba escapar. La figura tambaleante emergió del pasillo, sus pies arrastrándose torpemente sobre el suelo. Era un hombre, o al menos, lo había sido. Su camisa estaba empapada de sangre seca, su mandíbula colgaba con un ángulo imposible y su piel tenía un tono enfermizo.

Pero lo peor fueron sus ojos, vacíos, sin pensamiento, sin reconocimiento, solo un hambre primitiva.

Daniel se quedó paralizado, no era como en las películas, no era emocionante, no era un reto que podía superar con ingenio o habilidad, era miedo en estado puro.

El infectado avanzó con un gruñido, su boca abriéndose en un gesto grotesco mientras estiraba los brazos hacia él. Daniel reaccionó tarde, tropezó con una silla y cayó de espaldas. Su mochila golpeó el suelo con un ruido seco, su cuchillo resbaló entre sus dedos.

No. No. No.

Se arrastró hacia atrás desesperadamente, su respiración agitada, su mente nublada por el terror. El infectado tropezó con un escritorio y cayó de rodillas, pero siguió avanzando, apoyándose en los codos, arrastrándose como un animal hambriento.

El cuchillo. Daniel tanteó el suelo con manos temblorosas hasta encontrarlo, de repente, el infectado se lanzó sobre él. Instinto. Daniel levantó el cuchillo con ambas manos y lo clavó en el cuello del infectado, el cuerpo se estremeció, pero siguió moviéndose.

¡No es suficiente!

El infectado gruñó, su boca buscando su rostro, su aliento podrido golpeándole la piel. Daniel empujó con todas sus fuerzas, girando el cuchillo, tratando de apartarlo, pero esto no era ficción, y su cuerpo no tenía la fuerza de un protagonista de cine. El cuchillo se atascó en la clavícula y apenas lo retrasó.La desesperación se convirtió en pánico.

Daniel empujó con las piernas y logró girar el cuerpo, quedando encima de este, y entonces, sin pensar, alzó el cuchillo y lo hundió en su cráneo. El cuerpo se sacudió una última vez y se quedó inmóvil.

Daniel se quedó sobre él, jadeando, el cuchillo aún incrustado en la cabeza, sus manos ensangrentadas, su mente en blanco. El silencio volvió y su cuerpo temblaba.

Acababa de matar algo. No, acaba de matar a alguien, se apartó bruscamente, cayendo de espaldas, sintiendo la bilis subir por su garganta.

Su respiración era errática, su mente gritaba que esto no podía estar pasando, pero había pasado. Se llevó la mano a la boca, conteniendo una arcada. Su pecho subía y bajaba con violencia, su piel ardía.

No hay vuelta atrás, no era ficción, no era un juego, era matar o morir.

Y Daniel acababa de sobrevivir, se quedó sentado en el suelo, su espalda apoyada contra la pared, las piernas estiradas frente a él, los brazos flácidos a sus costados. Su respiración aún era errática, pero ya no por la adrenalina de la pelea, sino por lo que significaba lo que acababa de hacer.

El cuchillo ensangrentado seguía en su mano derecha. La hoja, ahora opaca y pegajosa, reflejaba la tenue luz que entraba por la ventana. Miró sus dedos, manchados de rojo, sintiendo el peso de esa sangre en su piel. Había matado, no a una persona, no exactamente, pero… *¿y si lo era?*

El cuerpo inerte seguía tendido en el suelo, la cabeza inclinada, un charco oscuro formándose debajo. Aún tenía rasgos humanos, pero había algo roto en su expresión, como si toda esencia de lo que fue hubiera desaparecido hace tiempo.

Daniel apretó los dientes, cerró los ojos con fuerza y tomó aire.

No es una crisis temporal. No es un simple brote. Esto es el fin.

Se llevó una mano al rostro, dejando una mancha carmesí en su mejilla. Necesitaba limpiarse, pero, sobre todo, necesitaba procesar lo que acababa de hacer. No podía seguir llamándolos

"ellos" o "esas cosas".

Las series y películas siempre les daban un nombre. Caminantes, infectados, zombis… Pero ninguna de esas palabras le encajaba. Volvió a mirar el cadáver. Su carne parecía… hundida, como si la piel se hubiera marchitado sobre los huesos, como si se hubieran desmoronado por dentro antes de convertirse en lo que eran ahora. Los Hundidos. Así los llamaría.

No porque fueran muertos vivientes o bestias sin alma, sino porque lo que los había hecho humanos se había ido, hundido en algún rincón inalcanzable.

Apartó la vista del cadáver y se obligó a levantarse, no podía quedarse aquí, se acercó a su mochila y la abrió. Su botella de agua estaba a la mitad, la comida se reducía a un par de barritas de proteína, el cuchillo era su única arma, no era suficiente.

Buscó el mapa y lo extendió sobre una mesa polvorienta. Necesitaba decidir su próximo movimiento.

Opciones:

- Quedarse en la ciudad era un suicidio**, n**o tenía comida, ni seguridad, y cada hora que pasaba solo significaba más Hundidos en las calles.
- La casa de su madre seguía siendo su mejor opción**,** pero la base de Fort Detrick North estaba en la misma dirección… y si los informativos decían la verdad, ese era el epicentro de todo.

Su mandíbula se tensó, si su madre seguía con vida, debía llegar cuanto antes. Guardó el mapa y la botella en la mochila, asegurando la cremallera, entonces, un sonido lo congeló no se lo esperaba, no venía del pasillo ni de la calle, venía de adentro del edificio.

Se quedó inmóvil, su cuerpo en alerta, alguien más estaba allí, escuchaba sus pasos, no erráticos como los de los Hundidos, sino calculados.

Daniel se tensó. ¿Otro superviviente? ¿O algo peor? Por un instante, la idea de llamar en voz baja cruzó su mente, pero la desechó de inmediato. No iba a confiar en nadie todavía. Su decisión estaba tomada. Se colgó la mochila, agarró el cuchillo con más firmeza y comenzó a moverse con cautela hacia la salida.

Había sobrevivido su primera noche, había matado por primera vez, había tomado su primer rumbo, ya no era el mismo que había entrado en ese edificio.

No había vuelta atrás.

Capítulo 4 - Nadie es de fiar

El silencio del edificio era un monstruo en sí mismo, Daniel avanzaba con pasos calculados, sintiendo la humedad pegajosa en su nuca, la tensión en cada músculo de su cuerpo. No era el mismo que había entrado aquí hace horas, había matado por primera vez, había aceptado la realidad, había tomado su decisión de seguir adelante, pero lo que escuchó justo antes de llegar a la salida lo hizo detenerse en seco. Pasos. No el arrastre errático de un Hundido. No el golpe seco de un cuerpo desplomándose, eran pasos firmes. Humanos.

Apretó los dientes y se pegó contra la pared, agachándose levemente mientras desenfundaba el cuchillo, no tenía ni idea de quién estaba allí, ni cuántos eran. Podía ser otro superviviente

buscando refugio, pero también podía ser alguien que lo considerara un objetivo fácil.

Los sonidos venían de la planta baja, justo por donde él debía salir. Se movió con sigilo, sus pies evitando los fragmentos de vidrio esparcidos en el suelo. El edificio había sido un caos desde el primer momento, pero ahora la sensación era diferente. No solo era peligroso por los Hundidos, sino por algo mucho peor. Otros como él.

Llegó al rellano y se asomó con cuidado, entre las sombras, vio una figura moverse, era un hombre, quizás de treinta y pocos años, vestido con una chaqueta de cuero gastada y vaqueros oscuros. No era alto, pero tenía un porte tenso, alerta, como si ya hubiera pasado por varias situaciones donde su vida pendía de un hilo.

Lo que llamó la atención de Daniel no fue su ropa, ni siquiera su expresión seria, fue el bate que sostenía en una de sus manos, la otra estaba apoyada en el mostrador de recepción, donde parecía haber esparcidos algunos restos de comida y una botella de agua a medio consumir.

El hombre giró ligeramente la cabeza y Daniel sintió que su respiración se detenía. Sus ojos se encontraron. Un segundo de puro vacío. Daniel levantó su cuchillo. El otro apretó con más fuerza el bate.

Ninguno se decidia a decir la primera palabra, el aire entre ellos se volvió denso, pesado. Era una guerra de miradas, de análisis. ¿Quién era más peligroso?

El desconocido dio un paso adelante, muy despacio.

—¿Estás solo? —preguntó con voz ronca, sin bajar el arma.

La pregunta lo descolocó. No había respuesta correcta, si decía que sí, se mostraba vulnerable. Si decía que no, podría parecer una amenaza.

Daniel tragó saliva, sin relajar su postura.

—¿Por qué quieres saberlo?

El otro hombre torció ligeramente la boca, un gesto que podía ser media sonrisa o media amenaza.

—Porque si no lo estás, tus amigos son unos cabrones por dejarte aquí.

El tono tenía algo de burla, pero también una dureza que le puso los pelos de punta. Daniel no respondió, el hombre ladeó la cabeza.

—¿Has sido mordido?

Ahí estaba. La paranoia.

—No.

—¿Seguro? —preguntó, alzando el bate solo un poco más.

Daniel sintió que su corazón se aceleraba.

—Seguro.

El desconocido lo observó un segundo más, evaluándolo, y luego dejó escapar un leve resoplido pero aún no bajaba el bate

—Llevas comida.

No fue una pregunta, el agarre en el cuchillo se tensó, no había dejado de estudiar el lenguaje

corporal del otro. Sus dedos rodeaban el mango del bate con demasiada fuerza. Si iba a atacar, lo haría pronto.

Daniel pensó en todas las series, las películas, los videojuegos. Los supervivientes se mataban por recursos antes que por ideologías.

—No mucha —dijo, manteniendo la guardia.

—Dame algo —pidió el hombre sin rodeos.

No fue una amenaza directa, pero el tono lo era. Daniel tenía dos opciones: colaborar o pelear, antes de que pudiera decidir, algo más lo hizo por él, un sonido.

Ambos giraron la cabeza al mismo tiempo, pasos tambaleantes, la puerta principal estaba entreabierta, y en la calle, una figura comenzó a moverse hacia el edificio.

Otro Hundido, pero no venía solo, una segunda figura se movía a unos metros detrás, luego una tercera. Los ojos del desconocido se afilaron.

—Mierda.

Ya no era solo una cuestión de quién confiaba en quién, o se ayudaban o terminaban rodeados. La decisión debía tomarse en segundos.

El gruñido ronco de los Hundidos llenó el vestíbulo. Daniel y el desconocido intercambiaron una última mirada, ambos entendiendo que no tenían opción. La puerta principal estaba abierta de par en par, y las criaturas ya estaban dentro, tambaleándose con movimientos erráticos pero letales.

—No hagas ruido —murmuró el otro, empuñando su bate con firmeza.

Daniel asintió, tragando saliva. Sus manos sudaban alrededor del cuchillo. No estaba preparado para otra pelea, pero tampoco podía permitirse dudar. Los Hundidos avanzaban. Tres, tal vez cuatro, sus sombras deformadas por la luz del exterior.

Daniel tensó la mandíbula. Pelea o muere. El primero en lanzarse fue el desconocido. Su ataque no era elegante, pero sí efectivo. Se movía con fuerza bruta, golpeando al primero en la cabeza con un sonido seco y espantoso. El Hundido cayó de espaldas, pero aún se retorcía. Sin dudar, el hombre alzó el bate y lo remató con otro golpe demoledor.

Daniel no tuvo tiempo de impresionarse, el segundo Hundido ya estaba demasiado cerca. Retrocedió, levantó el cuchillo con ambas manos y lo clavó en el pecho de la criatura. No sirvió de nada, el Hundido apenas reaccionó, sus brazos todavía buscando atraparlo. Daniel había fallado.

—¡La cabeza, idiota! —gritó el otro.

Daniel forcejeó, tratando de retirar el cuchillo, pero la criatura lo empujó hacia atrás. Su cuerpo era más pesado de lo que había imaginado, más fuerte de lo que debería ser. El pánico le congeló los músculos. El Hundido gruñó y se lanzó sobre él.

Daniel cayó de espaldas, sintiendo el peso de la criatura sobre su pecho. Su aliento era fétido, su boca abierta, su piel pegajosa.

Mierda. Mierda. Mierda.

No podía morirse así. No así. En un acto reflejo, sacó un brazo y empujó con todas sus fuerzas. La criatura se inclinó justo lo suficiente para que pudiera mover la otra mano y hundir el cuchillo

en su ojo.

El cuerpo se sacudió una última vez antes de quedar inerte. Daniel jadeó, su pecho subiendo y bajando descontroladamente, sintiendo la adrenalina quemándole las venas. Aún no estaba acostumbrado. Alzó la vista.

El desconocido acababa de derribar al último Hundido. Respiraba agitado, su bate cubierto de sangre oscura.

Ambos quedaron en silencio, observando los cadáveres a su alrededor. Habían sobrevivido.

El otro hombre pasó una mano por su rostro, como si intentara despejarse. Luego, sin demasiado preámbulo, se giró hacia Daniel y le extendió la mano.

—Ethan.

Daniel tardó en reaccionar, se quedó viendo la mano por un segundo, su cerebro aún desenredándose del caos, finalmente, la estrechó.

—Daniel.

Ethan le dedicó una mirada de evaluación.

—No eres de aquí. ¿Mexicano?

Daniel negó con la cabeza.

—No. Estadounidense. Mis padres eran de origen centroamericano.

Ethan soltó un resoplido, sin demostrar mucho interés.

—Bien por ti.

Daniel sintió que la tensión seguía flotando en el aire. El hecho de que acababan de salvarse mutuamente no significaba que fueran aliados. Ethan limpió su bate contra su pantalón y lo apoyó en el suelo.

—¿Vas a algún lado o solo estás dando vueltas sin rumbo?

Daniel dudó. No quería revelar demasiado.

—Tengo un sitio en mente.

—¿Solo?

Daniel sostuvo su mirada.

—Por ahora.

Ethan asintió lentamente. Había comprendido el mensaje: *No te metas donde no te llaman.* Se quedaron en silencio por un instante, luego, Ethan miró hacia la calle.

—La ciudad no es segura, pero salir de ella tampoco lo es. ¿Qué piensas hacer?

Daniel no respondió de inmediato, no confiaba en Ethan. Pero el mundo se había vuelto demasiado grande y peligroso como para estar solo. El otro parecía pensar lo mismo, porque no esperó una respuesta antes de hablar de nuevo.

—Si seguimos juntos por un rato, al menos ninguno morirá en la próxima esquina.

Daniel exhaló, no le gustaba, pero tenía razón.

El sol ya estaba más alto cuando salieron del edificio. El aire seguía denso, con ese olor a basura

acumulada, humo y algo más profundo que Daniel prefería no analizar demasiado. A lo lejos, el sonido intermitente de una alarma resonaba en alguna parte de la ciudad, pero por lo demás, todo estaba inquietantemente en calma, demasiado en calma.

Ethan caminaba con pasos decididos, su bate descansando en un hombro, sin parecer demasiado preocupado por el ruido que pudieran hacer. Daniel, en cambio, avanzaba pegado a los muros, controlando cada esquina antes de moverse, con el cuchillo aún firme en su mano.

No tardaron en chocar.

—¿Vas a moverte a paso de tortuga todo el camino? —murmuró Ethan, sin mirarlo.

Daniel frunció el ceño.

—Si prefieres que nos maten, dime y corremos a lo loco.

Ethan dejó escapar una leve risa, aunque sin humor.

—Mira, chaval, si te pasas media hora pensando cada paso que das, te van a comer los Hundidos antes de que encuentres un lugar seguro.

Daniel se detuvo un segundo, apretando los dientes.

—No estamos en una maldita película de acción. Ir corriendo de un lado a otro solo va a hacer que terminemos en una emboscada.

Ethan lo miró de reojo.

—Te crees listo, ¿eh?

—Me creo vivo, que es más de lo que se puede decir de muchos.

El otro hombre bufó, pero no discutió más. No estaban de acuerdo, pero por ahora, ninguno iba a imponer su punto de vista. Caminaron en silencio unos minutos más, esquivando autos abandonados y cuerpos inertes que podían o no ser una amenaza. Daniel no podía quitarse de la cabeza que, en algún momento, Ethan podría simplemente largarse sin previo aviso. No confiaba en él, no debía confiar en él.

Un poco más adelante, se toparon con algo que los obligó a detenerse.

Un coche estaba detenido en mitad de la calle, aparentemente en buen estado. Las llaves seguían en el contacto.

—¿Crees que funciona? —preguntó Daniel.

Ethan inspeccionó la escena sin mucho interés.

—Podría, pero dudo que tenga gasolina suficiente. Además, no sabes qué vas a encontrar en la siguiente esquina. Un coche suena como una jodida sirena.

Daniel consideró la idea, pero antes de que pudiera responder, algo más captó su atención. En la acera, a unos metros del coche, había un cadáver. No era un Hundido, no todavía. Parecía un hombre de mediana edad, su cuerpo estaba seco, sin rastros de haber sido mordido, como si hubiera muerto por otra causa.

A su lado, una mochila bien cerrada. Daniel y Ethan se quedaron mirándola, ahí estaba el dilema.

—Parece intacta —murmuró Daniel.

Ethan negó con la cabeza.

—O parece una trampa.

—¿Crees que alguien la dejó ahí a propósito?

—No sería la primera vez.

Daniel miró de nuevo la mochila, su mente calculando el riesgo. Podía haber comida, agua, medicina… algo que realmente les sirviera, pero si Ethan tenía razón, si alguien más la estaba usando como cebo, acercarse podría ser un error fatal.

—Yo voy a por ella —dijo Daniel.

Ethan lo miró con escepticismo.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—Eres más idiota de lo que pensaba.

Daniel lo ignoró y avanzó con cautela, cada músculo de su cuerpo en tensión, nada se movió. Cuando llegó al cadáver, se inclinó lentamente, manteniendo la vista en los alrededores. Sus dedos tocaron la cremallera de la mochila y la deslizaron con cuidado. Botellas de agua, un paquete de galletas., un cuchillo pequeño, nada explosivo, nada extraño. Exhaló con alivio.

Ethan chasqueó la lengua.

—Por esta vez, te salió bien.

Daniel se puso de pie con la mochila en la mano y lo miró.

—Te gusta hablar, pero no mojarte, ¿eh?

Ethan se encogió de hombros.

—Prefiero dejar que los novatos hagan el trabajo arriesgado.

Daniel le lanzó una mirada afilada.

—¿Y qué te hace pensar que voy a compartir algo contigo?

Ethan se rió.

—Eso es lo que me gusta, que ya empiezas a pensar como alguien que quiere vivir.

Se acercó a Daniel, pero no con intención de arrebatarle nada, sino con un gesto más serio.

—Escúchame bien, porque solo lo diré una vez. No confíes en nadie. Ni siquiera en mí.

Daniel sostuvo su mirada, sin responder de inmediato, no sabía si Ethan lo decía como advertencia… o como amenaza.

La ciudad estaba más viva de lo que querían admitir, Daniel y Ethan avanzaban por calles cubiertas de escombros, esquivando coches abandonados y restos de vidas que ya no existían. El aire olía peor que antes, más denso, más putrefacto.

El silencio que habían experimentado al principio del día había desaparecido. Ahora había ruidos, el crujido de cristales bajo los pies de algo o alguien en un callejón, el aullido distante de un perro, seguido de un gruñido más profundo, antinatural, el sonido de pasos en algún punto alto, tal vez en la azotea de un edificio cercano.

Daniel lo notó primero: los Hundidos ya no eran figuras sueltas en las esquinas. Ahora se movían

en pequeños grupos, de tres, de cinco, tambaleándose entre los restos de la civilización, algunos más alerta que otros.

Ethan también lo vio, pero no dijo nada, solo ajustó su agarre en el bate y aceleró el paso.

—Esto se está poniendo peor —murmuró Daniel.

—Bienvenido a la mierda —respondió Ethan, sin mirarlo.

Pasaron junto a un edificio con la puerta abierta de par en par. El interior estaba oscuro, pero desde la entrada se veía el desastre: estanterías volcadas, papeles esparcidos, sangre seca en el suelo, y en la pared, escrita con lo que parecía ser ceniza o carbón:

“NO HAY SALVACIÓN”

Daniel sintió un escalofrío en la espalda. Quería creer que era un mensaje de desesperación, no de verdad absoluta, pero no podía estar seguro.

Dieron una vuelta en una calle más amplia cuando algo los obligó a detenerse, un coche volcado estaba en mitad del camino, pero eso no era lo importante, lo importante era el sonido que venía de más adelante. Un disparo. Se quedaron inmóviles.

No era un ruido perdido en la distancia, no era algo lejano, era cerca.

Daniel miró a Ethan, que ya estaba agachado, observando la calle con el ceño fruncido. Ambos sabían lo que significaba.

—¿Qué hacemos? —preguntó Daniel en voz baja.

Ethan apretó la mandíbula, mirando hacia la dirección del disparo. Su respuesta no fue inmediata.

—Nos largamos.

—Podría haber gente viva.

—Podría haber gente peligrosa.

Daniel cerró los ojos un segundo, era un dilema estúpido, humanos o Hundidos, cualquiera de los dos podía matarlos.

Pero si había personas, si alguien estaba con vida y luchando, ¿no debían al menos asegurarse?

Ethan chasqueó la lengua.

—Escucha, si quieres jugar a ser el héroe, hazlo sin mí. No voy a meterme en un tiroteo con un par de desconocidos solo porque a ti te pica la curiosidad.

Daniel apretó los dientes, no era curiosidad, era saber si todavía quedaba algo en este mundo que no fuera muerte y desesperación.

Otro disparo. Daniel miró la calle. Decidir ahora o seguir caminando.

El mundo seguía pudriéndose, pero aún había alguien que estaba luchando por vivir. ¿Intervenir o ignorarlo? Primera gran decisión real

Capítulo 5 - Lo peor sigue siendo humano

El eco del disparo seguía vibrando en los oídos de Daniel.

Ethan ya se estaba alejando, sin mirar atrás, sin dudar. No era su problema, pero Daniel se quedó quieto, había visto lo que pasaba cuando los supervivientes ignoraban a otros. Las señales estaban por toda la ciudad, los cadáveres en los callejones, los mensajes pintados con desesperación en las paredes, las mochilas abandonadas junto a cuerpos que nunca fueron reclamados. Si nadie se ayudaba, no quedaría nada.

Se giró hacia Ethan.

—Voy a ver qué pasa.

El otro se detuvo en seco.

—¿Qué?

Daniel tragó saliva, sin bajar la mirada.

—Si hay alguien vivo, tal vez necesite ayuda.

Ethan soltó una carcajada breve y seca.

—Claro, vamos a jugar a los héroes, a ver cómo nos matan en el proceso.

Daniel lo ignoró y comenzó a avanzar en dirección al disparo.

—Joder… —gruñó Ethan, apretando el bate con fuerza antes de seguirlo—. Un día de estos, vas a ser mi jodida perdición.

Doblaron la esquina y vieron la escena. Un grupo de tres personas estaba atrincherado detrás de un coche volcado, con las caras crispadas por la tensión. Uno de ellos, un hombre corpulento de chaqueta militar, disparaba en dirección a una farmacia en ruinas.

Desde dentro, otra figura devolvía los disparos. Pero lo peor no era eso. Más atrás, entre los coches abandonados, al menos cinco Hundidos se tambaleaban en su dirección, atraídos por el ruido.

Daniel se agachó instintivamente, observando la situación.

—Mierda… —susurró Ethan—. Sabía que era mala idea.

Daniel no respondió. Su mente trabajaba rápido.

Los tres tipos estaban atrapados entre un fuego cruzado y los Hundidos. No sobrevivirían mucho tiempo.

El de la chaqueta militar disparó otra vez, pero falló, golpeando la chapa de un coche. Desde la farmacia, la otra persona, a quien aún no podían ver bien, gritó:

—¡Dejadnos en paz, joder! ¡Tenemos niños aquí!

Daniel sintió que el estómago se le encogía. Ethan negó con la cabeza.

—Si tienen niños, más razón para largarnos. La gente con familia se vuelve peligrosa.

Daniel lo fulminó con la mirada.

—¿Qué es lo que no entiendes? Hay gente atrapada ahí dentro.

—Sí, y hay tres tipos con armas intentando matarlos. ¿Y adivina qué? Nosotros no tenemos balas.

La lógica de Ethan era implacable, pero Daniel no podía simplemente seguir caminando,

entonces, el hombre de la chaqueta militar miró en su dirección.

Su reacción fue inmediata.

—¡EH! —gritó, apuntándolos con su rifle—. ¡Vosotros!

Daniel se quedó paralizado.

Ethan siseó entre dientes.

—Mierda.

—¡No queremos problemas! —dijo Daniel, levantando las manos.

El hombre lo miró de arriba abajo y frunció el ceño.

—¿Estáis solos?

Ethan le lanzó una mirada a Daniel que decía *si dices que sí, estamos muertos*, pero antes de que Daniel pudiera responder, otro disparo resonó y uno de los tipos que estaban con el hombre cayó al suelo, agarrándose la pierna.

—¡JODER!

La situación se descontroló en segundos, los Hundidos estaban más cerca. La persona en la farmacia disparó de nuevo, hiriendo a otro del grupo atacante.

Ethan maldijo.

—¿Todavía quieres meterte en esto?

Daniel no respondió. Ya no había decisión que tomar, el caos los había arrastrado, la cuestión ahora era si saldrían vivos, fue entonces cuando el caos explotó de golpe.

Los disparos continuaban, pero ahora los Hundidos estaban demasiado cerca. Gruñidos, cuerpos tambaleantes, el eco hueco de huesos golpeando metal y asfalto.

El grupo atacante perdió el foco. Uno de ellos se giró demasiado tarde y una de las criaturas se le echó encima. Un alarido, un disparo al aire, una caída. El hombre de la chaqueta militar maldijo y retrocedió, dejando a su compañero atrás.

En la farmacia, alguien gritó:

—¡Ahora, váyanse!

La persona que estaba dentro intentaba ganar tiempo, pero Daniel sabía que esto no se trataba de ganar, sino de quién sobreviviría la retirada. Los Hundidos invadieron la calle, entonces Ethan le dio un codazo a Daniel.

—Nos largamos.

Daniel observó la escena por un instante que pareció eterno. Podía correr, podía ignorarlo todo y seguir su camino, pero entonces, vio al hombre caído en el suelo, todavía forcejeando con el Hundido encima. Peleaba con todo lo que tenía, pero su rifle estaba mal posicionado y no podía disparar.

Otro del grupo lo vio, pero en lugar de ayudar, corrió en dirección opuesta.

Daniel sintió una presión en el pecho, no tenía por qué meterse, de hecho Ethan ya lo estaba empujando, señalándole el camino libre por un callejón cercano, pero sus piernas se movieron en la dirección opuesta. Cargó contra el Hundido y lo empujó con el hombro, haciéndolo rodar

fuera del cuerpo del hombre. El contacto fue como golpear un saco de carne fría.

—¡Joder! —Ethan siseó detrás de él, pero Daniel ya estaba ayudando al tipo a levantarse.

El hombre lo miró, sorprendido por el gesto, pero Daniel no era un héroe, no se quedó a ver si lo agradecía o si tenía otro disparo en la recámara.

—¡Corre! —le gritó.

Ambos se movieron en direcciones opuestas. El hombre corrió con su grupo y Daniel giró sobre sus talones hacia Ethan, pero este ya no estaba. Giró, buscando, pero lo único que encontró fue la calle inundada de sombras tambaleantes acercándose. La retirada era ahora o nunca.

Se lanzó por el callejón que Ethan había señalado antes, con la adrenalina perforándole el pecho, los gruñidos crecieron a sus espaldas, pero no miró atrás.

El callejón se alargaba en una sucesión de sombras y escombros. Daniel seguía corriendo, sintiendo la adrenalina bombeándole en el cuello, el pulso palpitante en sus sienes. No sabía cuánto tiempo había pasado desde que giró y se lanzó a la carrera, solo sabía que cuando finalmente se detuvo, Ethan ya no estaba.

Mierda.

Se apoyó contra una pared con la respiración entrecortada, tratando de escuchar algo más allá del latido ensordecedor en sus oídos. Silencio. El eco lejano de los Hundidos todavía resonaba desde donde había escapado, pero aquí, en este callejón sucio y oscuro, no había nada, no había disparos, no había voces, no estaba Ethan

Daniel miró en ambas direcciones, buscando algún rastro. Nada, el cabrón se había largado.

Por primera vez en días, se sintió realmente solo. Antes, cuando estaba en su apartamento, cuando salió por primera vez a la calle, cuando incluso se cruzó con Ethan, siempre hubo una certeza de que alguien más estaba ahí, ahora, no tenía a nadie.

Caminó lentamente, sus pasos resonando sobre el asfalto. A su alrededor, la ciudad seguía mostrando su lenta descomposición. Una puerta reforzada con tablones viejos y sangre seca en el pomo, un coche con el parabrisas destrozado y un cuerpo atrapado en el asiento del conductor, un cartel clavado en una pared, escrito con pintura roja: "SI NOS ENCUENTRAS, SIGUE DE LARGO".

Daniel tragó saliva.

Esto no era un mal sueño. Era el mundo ahora.

Se dejó caer sobre los restos de una escalera metálica derrumbada y escondió la cara entre las manos.

¿De verdad valió la pena ayudar a ese tipo? ¿Lo había mirado siquiera? ¿Había agradecido algo? No.

Daniel pasó una mano por su rostro, sintiendo la suciedad y el sudor pegándose a su piel. Ethan tenía razón. Salvar a alguien no significaba nada si al final terminabas muerto.

Un ruido en la distancia lo hizo alzar la cabeza. No era un gruñido. Era algo más, pasos, humanos, Daniel se tensó. Se levantó de un salto, mirando alrededor, buscando una salida.

Estaba solo, sin Ethan, sin nadie, y en este mundo, la soledad no significaba seguridad. Se alejó

de la escalera y comenzó a moverse. Si alguien estaba ahí, no iba a esperarlos.

El sonido de pasos se detuvo. Daniel se quedó inmóvil, la espalda pegada contra una pared desconchada, con el corazón latiéndole en la garganta. Hasta hace un rato, la soledad había sido su mayor preocupación, pero ahora prefería seguir solo antes que encontrarse con quienes estaban ahí afuera.

No eran Hundidos, eran personas. Escuchó murmullos, frases cortadas por la distancia.

—…nada útil aquí.

—Mierda, seguimos buscando.

—Vieron a alguien escapar por esta zona.

Daniel cerró los ojos por un segundo. Lo estaban buscando. ¿Lo habían visto en la pelea de antes? ¿O simplemente estaban cazando a cualquiera que estuviera por la zona?

Respiró hondo y se movió con el mayor sigilo posible, pegándose a la sombra de un edificio derrumbado. Se asomó con cuidado entre los escombros.

Había tres hombres en la calle, revisando los restos de un coche incendiado. Uno tenía una escopeta colgada al hombro, los otros dos llevaban cuchillos y una palanca. Sus movimientos eran mecánicos, calculados, sin rastro de pánico. No eran como él. Ellos estaban acostumbrados a esto.

Uno de ellos pateó algo en el suelo. Daniel tragó saliva cuando vio de qué se trataba. Un cuerpo. No era un Hundido, era una persona, aún fresca, con un disparo en el pecho.

—Nada en los bolsillos —dijo uno de los tipos, agachándose para revisar el cadáver con total indiferencia—. No vale la pena.

El de la escopeta escupió en el suelo.

—Se quedó sin suerte. Como todos.

Daniel sintió un escalofrío. No eran saqueadores desesperados. No parecían gente buscando ayuda. Eran depredadores.

Se encogió un poco más entre los escombros, su mente debatiendo qué hacer. Se estaba metiendo en una situación que no podía manejar. Tenía que largarse antes de que…

Un sonido seco.

Daniel miró hacia abajo. Había pisado una botella de plástico vacía.

La sensación de terror fue inmediata, uno de los hombres levantó la cabeza.

—¿Oyeron eso?

Daniel sintió un nudo en la garganta. Otro del grupo desenfundó el cuchillo.

—Vino de ahí atrás.

El de la escopeta sonrió.

—Vamos a ver quién está espiando.

Daniel sintió su cuerpo tensarse. Ahora sí estaba jodido.

Capítulo 6 - Cazador o presa

Daniel corrió. No porque quisiera, sino porque no tenía opción.

El sonido de pisadas metódicas lo seguía a través de los callejones y calles llenas de escombros. No eran los pasos torpes de los Hundidos ni el caos de una multitud en pánico. Estos tipos no gritaban ni disparaban al aire. No querían llamar la atención. Lo querían a él. Vivo.

Eso era lo que lo aterraba más.

Giró bruscamente por un pasaje estrecho entre dos edificios, con el pecho ardiendo por el esfuerzo. Su respiración estaba descontrolada, pero se obligó a no jadear demasiado fuerte. Si lo escuchaban, estaba jodido.

Los cazadores no corrían como él. Se movían con calma, como si supieran exactamente hacia dónde iba. Daniel apretó los dientes. No lo estaban persiguiendo, lo estaban acorralando.

Los empujones en la dirección correcta, los pasos que parecían alejarse y luego reaparecían en otro punto... Todo era intencional. Si no encontraba una salida pronto, iba a terminar en un callejón sin salida.

Siguió avanzando, girando esquinas sin saber hacia dónde lo llevaban. Pasó junto a un coche volcado, con la puerta entreabierta y el olor a descomposición pegándole en la cara. Más adelante, una tienda saqueada con cristales rotos.

No podía seguir corriendo sin un plan, se obligó a pensar, hay que encontrar un refugio, un escondite. Su mirada recorrió la zona hasta que encontró algo, una estructura a medio derrumbar, con la entrada parcialmente bloqueada por escombros.

No tenía tiempo para dudar.

Se lanzó dentro, usando la poca luz que entraba por las grietas para orientarse. El polvo se arremolinó a su alrededor y se cubrió la boca para no toser. Agazapado, con la espalda pegada contra una columna rota, trató de recuperar el aliento sin hacer ruido.

Si seguía corriendo, tarde o temprano lo atraparían, no podía ser solo la presa.

Miró alrededor, buscando algo, cualquier cosa que pudiera usar a su favor. No tenía un arma de fuego, ni siquiera una forma real de defenderse si lo encontraban, pero el entorno era un arma en sí mismo.

Un ruido lo hizo tensarse, alguien se movía fuera del edificio.

—No ha salido. —La voz era baja, controlada.

—Debe estar cerca.

Se hundió más en las sombras, el cuchillo apretado en su mano temblorosa, el crujido de grava bajo una bota.

Un cazador pasó junto a la entrada, deteniéndose un momento para mirar dentro.

Daniel contuvo la respiración.

El hombre observó el interior, como si estuviera decidiendo si valía la pena buscar más a fondo, entonces, un disparo.

El eco resonó en las ruinas, haciendo que el cazador girara la cabeza de inmediato. Otro disparo.

Daniel aprovechó el momento y se movió, deslizándose hacia otra parte del edificio antes de que el tipo volviera a mirar.

Las pisadas se alejaron, alguien había distraído a los cazadores. Daniel asomó la cabeza con cautela, intentando ver lo que pasaba, y entonces lo vio. Ethan, de pie al otro lado de la calle, con su bate en una mano y una pistola humeante en la otra.

Su expresión era inescrutable. Daniel sintió una mezcla de alivio y desconfianza.

¿Ethan había vuelto para ayudarlo? ¿O solo estaba ajustando la balanza para que todo saliera en su favor? Bajó la pistola lentamente, guardándola en su chaqueta con la misma calma con la que había aparecido. Daniel no se movió. Su respiración seguía acelerada por la persecución, su cuerpo tenso, cada músculo listo para reaccionar si Ethan hacía algo inesperado.

—¿Por qué volviste? —preguntó, con la voz más firme de lo que esperaba.

Ethan se encogió de hombros.

—No me gustan las cuentas pendientes.

Daniel no respondió. Observó al hombre con el bate descansando sobre su hombro, con su mirada analítica como si ya hubiera calculado todas las posibilidades de esa conversación, chasqueó la lengua, dando un par de pasos en su dirección.

—No me mires así, chaval. Te habrías metido en un buen lío si no te sacaba de ahí.

Daniel apretó la mandíbula.

—Podrías haber seguido tu camino.

Ethan sonrió, pero no había humor en su expresión.

—Podría haberlo hecho.

Daniel sintió que el aire se volvía más pesado. Sabía lo que venía después.

—Pero no lo hiciste.

—No —respondió Ethan—. Porque ahora me debes una, nada es gratis en este mundo.

—¿Eso querías? ¿Un favor?

Ethan soltó una carcajada breve.

—No voy a pedirte que me laves la ropa, si es lo que te preocupa. Pero sí, las cosas funcionan así. Te salvé el culo, ahora me lo compensarás cuando lo necesite.

Daniel miró alrededor. No había visto a los cazadores desde el disparo, pero eso no significaba que hubieran desaparecido. Sabía que seguían cerca.

—¿Van a seguir buscándome?

Ethan miró en dirección a la calle y se encogió de hombros.

—Si creen que vales la pena, sí. Si no, encontrarán otra presa.

Daniel tragó saliva.

—Entonces hay que moverse.

—Ah, ¿así que ahora somos un equipo?

Daniel lo miró con el ceño fruncido.

—No tengo muchas opciones, ¿verdad?

Sonrió de lado y comenzó a caminar.

—Ahora vas entendiendo cómo funciona esto.

Daniel suspiró y lo siguió. No sabía si era peor estar solo o tener a alguien como este tipo a su lado, pero por ahora, el miedo a lo que había allá afuera pesaba más.

Se alejaron de la zona sin hablar demasiado.

Los cazadores no los habían seguido, o al menos no lo parecía. Daniel aún sentía la tensión en la nuca, esperando escuchar otro disparo, otra voz llamándolo como si fuera un simple animal al que dar caza. Pero el silencio era absoluto.

Tras unos minutos de caminata cautelosa, Ethan se detuvo frente a un edificio de dos plantas con las ventanas rotas y la puerta principal medio abierta.

—Aquí —dijo, sin esperar la aprobación de Daniel antes de entrar.

Daniel lo siguió con precaución. El lugar parecía haber sido un refugio improvisado. Había restos de fogatas apagadas en las esquinas, colchones viejos cubiertos con mantas sucias y un par de botellas de agua vacías tiradas en el suelo.

Pero lo más importante: estaba vacío.

Por primera vez en todo el día, Daniel sintió que podía respirar.

Ethan se dejó caer sobre una caja de madera, apoyando el bate entre sus rodillas.

—Tenemos unos minutos antes de seguir. Aprovéchalos.

Daniel se sentó en el suelo, apoyando la espalda contra la pared. Su cuerpo dolía por la carrera, por la tensión, por todo.

Por primera vez desde que todo comenzó, no había un peligro inmediato. No Hundidos, no cazadores. Solo ellos dos en medio de un mundo en ruinas.

El silencio se alargó hasta que Daniel habló.

—No puedes vivir así para siempre.

Ethan levantó una ceja, sin apartar la vista del bate.

—¿Así cómo?

—Sobreviviendo solo por el siguiente día.

Ethan se rió entre dientes, pero su expresión no tenía humor.

—Chaval, los que piensan en el mañana no duran mucho en este mundo.

Daniel apretó los labios.

—¿Entonces qué? ¿Sobrevivimos solo porque sí?

Lo miró con una mezcla de burla y lástima.

—Sí. Es exactamente eso.

—No tiene sentido.

Ethan se inclinó un poco hacia adelante.

—Mira a tu alrededor. Dime, ¿qué sentido le ves a todo esto?

Daniel no respondió.

—Aquí solo hay dos tipos de personas —continuó —: los que toman lo que necesitan y los que terminan muertos.

—¿Y eso te funciona?

—Estoy vivo, ¿no?

Daniel pasó una mano por su rostro, sintiendo el sudor seco pegado a su piel.

—Si todo se reduce a ver quién sobrevive más tiempo, ¿para qué seguir?

Ethan lo observó por un segundo, como si analizara si valía la pena responder.

—Porque es lo único que hay.

Daniel sintió que algo en su interior se revolvía, no quería creer eso, no podía.

Antes de que pudiera decir algo más, un sonido los hizo girar la cabeza al mismo tiempo, un golpe seco en la planta superior. No estaban solos.

El golpe en la planta superior resonó con fuerza, quebrando el silencio en la habitación. Daniel y Ethan se quedaron inmóviles, sus cuerpos tensos, la respiración contenida. Otro ruido, como si algo pesado se moviera lentamente sobre el suelo.

Daniel intercambió una mirada con Ethan. No era el sonido de un Hundido chocando contra las paredes sin rumbo, pero tampoco era el movimiento ágil y controlado de alguien consciente de su entorno lo que fuera que estaba ahí arriba, no estaban solos.

Daniel tragó saliva y susurró:

—¿Hundido?

Ethan negó con la cabeza, manteniendo la mirada fija en el techo.

—Podría ser. Podría no serlo.

Otro golpe, más fuerte. Luego, un crujido seco, Daniel sintió un escalofrío recorrerle la espalda. Ethan se enderezó y se dirigió a la puerta sin hacer ruido.

—Nos vamos.

Daniel lo agarró del brazo.

—¿Y si es alguien atrapado?

Ethan lo miró como si acabara de decir la mayor estupidez del mundo.

—¿Y si es alguien que nos quiere muertos?

Daniel dudó, pero no apartó la mano.

—No sabemos lo que es.

—Exacto. Y por eso nos largamos.

El ruido volvió. Esta vez, más cerca, un paso, otro, algo estaba bajando. Ethan ya estaba en la puerta, listo para largarse. Daniel tenía que decidir, quedarse y enfrentar lo que sea que estuviera ahí arriba, o seguir a Ethan antes de que fuera tarde.

Capítulo 7 - La decisión inmediata

El sonido continuó. Daniel lo escuchó más claro esta vez, más cercano. No era solo un golpe seco o un arrastre. Era algo moviéndose con intención.

Ethan ya estaba junto a la puerta.

—Nos largamos.

Daniel no respondió. Su cuerpo quería moverse, pero su mente aún no estaba convencida, si se iban ahora, nunca sabría qué había ahí arriba.

Otro ruido.

Algo cayó con fuerza. El eco retumbó por la escalera. Daniel sintió un escalofrío, no sonaba como un simple Hundido.

Ethan bufó, con el tono de alguien que ya no quiere discutir.

—Si no vienes en tres segundos, te quedas.

Un gruñido bajó desde la planta superior. Pero era diferente. No el quejido seco y vacío de los Hundidos. Era más bajo, más profundo.

Daniel sintió que su piel se tensaba. Ethan empujó la puerta y salió. Daniel tenía que decidir.

Miró la escalera, la oscuridad arriba parecía estar respirando, la puerta seguía abierta. O subía,o se iba. Daniel respiró hondo, no podía ignorarlo, no podía darse la vuelta sin saber qué había ahí arriba.

Apretó el cuchillo en su mano y empezó a subir.

Cada escalón crujía bajo su peso, el sonido delatando su presencia en la penumbra. El aire estaba cargado de un olor agrio, una mezcla de humedad y algo más, algo que le erizó la piel.

El ruido se detuvo.

Daniel se quedó inmóvil, aguantando la respiración, arriba, algo se movió lentamente, como si estuviera esperando que diera otro paso.

Daniel tragó saliva y siguió subiendo, el pasillo del segundo piso estaba sumido en sombras, la única luz provenía de una ventana rota al final del corredor. Se pegó a la pared y avanzó con cautela, siguiendo el sonido. Algo estaba dentro de una de las habitaciones. La puerta entreabierta tembló con un golpe sordo. Algo la había empujado desde el otro lado.

Daniel sintió que su cuerpo se tensaba, pero no retrocedió, con la punta de los dedos, empujó la puerta con suavidad. La habitación estaba casi vacía. Un colchón viejo, muebles rotos y, en la esquina más alejada, una figura encorvada sobre sí misma.

No era un Hundido normal, su respiración era irregular, sus hombros subían y bajaban con espasmos, como si estuviera luchando contra algo dentro de sí mismo.

Daniel avanzó un paso, el ser levantó la cabeza, sus ojos reflejaban la luz de la ventana, pero no estaban vacíos como los de los Hundidos que había visto antes, eran conscientes.

El Hundido ladeó la cabeza, su mandíbula temblaba, como si tratara de articular una palabra, no gruñó, no atacó, solo lo observó.

Daniel apretó los dientes, esto no era normal.

El ser dio un paso hacia adelante y su piel se rasgó con el movimiento, era como si su propio cuerpo no soportara lo que le estaba pasando.

Daniel sintió un instinto primitivo gritarle que saliera de ahí, pero antes de que pudiera decidir qué hacer, el Hundido dejó escapar un gemido bajo, luego, un susurro.

No eran palabras completas, pero Daniel lo escuchó claro.

Un murmullo, roto, como si su propia voz estuviera desmoronándose.

—Ayuda...

Esto no era solo un Hundido, era algo más, algo que no debería estar pasando. Daniel se quedó quieto, el cuchillo en su mano pesaba más de lo normal, el Hundido no se movió de inmediato, ni siquiera hizo el gesto errático de las otras criaturas que había encontrado. Sus ojos lo seguían con algo distinto, algo que no encajaba con lo que había aprendido sobre ellos.

Su boca se abrió levemente, su garganta tembló como si intentara formar palabras, Daniel dio un paso hacia atrás, su instinto le decía que lo rematara antes de que fuera demasiado tarde pero no podía ignorar lo que estaba viendo.

La criatura intentó mover un brazo, pero su propio cuerpo se resistía, como si algo dentro de él peleara contra el impulso de atacar. Su piel estaba destrozada en algunas zonas, no como los demás Hundidos, que parecían simplemente cadáveres animados. Este estaba en un estado de transición, atrapado en un punto en el que parecía que aún quedaba algo humano.

Daniel apretó la mandíbula, no, eso no tenía sentido.

Los Hundidos no pensaban, no dudaban. Eran puro instinto, puro hambre.

Pero este...

—No... quiero...

La voz fue un murmullo áspero, pero la escuchó con claridad.

—¿Qué?

El Hundido inclinó la cabeza, con la mandíbula temblando.

—Ella... sabe...

Daniel no tuvo tiempo de procesar la frase, un golpe en la puerta lo sacó de su trance. Ethan entró con su habitual despreocupación, pero su mirada se endureció al ver lo que estaba pasando.

—¿Qué mierda estás haciendo?

Daniel no respondió.

Ethan miró al Hundido y luego a Daniel, con incredulidad.

—No me digas que estabas dudando.

El Hundido tembló de golpe. Su cuerpo convulsionó, sus músculos se contrajeron y, de repente, su mirada cambió, la consciencia se apagó, la boca se abrió de golpe y se lanzó hacia Daniel.

Daniel reaccionó un segundo tarde. Ethan lo empujó hacia atrás y levantó su bate.

—Decídete, o te matará.

Daniel sintió el peso de la decisión en su pecho, matarlo antes de que fuera demasiado tarde, huir

y dejarlo atrás, o hacer algo que nunca había considerado posible.

El Hundido se lanzó con un movimiento torpe, pero la fuerza de su ataque no tenía nada de errático, Daniel se echó hacia atrás, su mano aún aferrada al cuchillo, pero sin la firmeza para usarlo. Ethan no dudó.

Con un solo movimiento, alzó el bate y golpeó la criatura en la rodilla. El sonido fue seco, brutal, pero el Hundido no cayó. Se tambaleó, como si su cuerpo aún intentara sostenerse pese a estar roto.

—Mátalo y sigamos —gritó Ethan.

Daniel no se movió. El Hundido se giró hacia él.

—No... quiero...

La voz se rompió en un gruñido deformado, como si la última chispa de humanidad se apagara en tiempo real.

Daniel sintió que algo en su interior se congelaba, no era solo un cadáver animado, no era solo un monstruo. Ethan bufó con impaciencia y levantó el bate otra vez.

—Si no lo haces tú, lo haré yo.

Daniel cerró los ojos, no había decisión, el mundo ya había elegido por él.

El cuchillo se hundió en el cráneo del Hundido, y este cayó sin un último sonido.

La voz se apagó.

Daniel se quedó mirando el cuerpo, con la hoja todavía clavada en la cabeza.

Ethan resopló.

—Tardaste demasiado.

Daniel no respondió. Solo retiró el cuchillo y se puso de pie, las manos ya no le temblaban al verlas llenas de sangre, pero las palabras seguían en su cabeza.

“No quiero”.

Ethan ya se dirigía a la puerta.

—No vas a durar si sigues dudando.

Daniel lo siguió sin una palabra, no sabía si acababa de volverse más fuerte, o si acababa de perder algo que nunca podría recuperar.

Capítulo 8 – Bienvenidos…(o no)

El aire olía a ceniza y tierra húmeda.

Daniel y Ethan avanzaban con cautela, siguiendo los rastros de una presencia reciente. Un fuego apagado aún humeaba entre las ruinas de una tienda saqueada, con algunos restos de latas abiertas y pisadas que no eran de Hundidos.

Ethan se detuvo, estudiando el entorno con su mirada calculadora.

—No estamos solos.

Daniel asintió. Frente a ellos, un edificio con las ventanas reforzadas con tablones de madera se alzaba como un vestigio de que alguien estaba lo suficientemente vivo como para intentar protegerse.

En la calle, dos cuerpos yacían sobre el asfalto. Humanos, no Hundidos. Uno tenía un disparo en la cabeza, el otro aún tenía el cuchillo clavado en el costado.

Daniel sintió un nudo en el estómago.

—¿Esto te parece buena señal? —murmuró Ethan.

Antes de que Daniel pudiera responder, una voz los interrumpió.

—No se muevan.

Ambos se congelaron.

A la derecha, una mujer con el rostro cubierto por un pañuelo los apuntaba con un rifle desde la entrada de un callejón. Desde la izquierda, dos hombres más se acercaban, con armas desenfundadas pero sin disparar todavía.

—No queremos problemas —dijo Daniel, levantando lentamente las manos.

—Genial —respondió la mujer—. Entonces sigan su camino.

Ethan suspiró.

—Ahí lo tienes, chaval. Nos largamos.

Pero Daniel no se movió.

—Podemos hablar.

Uno de los hombres se rió entre dientes.

—¿Hablar? ¿Con un cañón en la cara?

La tensión se mantenía en el aire.

Daniel sintió que había algo en sus rostros, en su postura, que no era hostilidad directa. No querían disparar, pero tampoco estaban dispuestos a bajar las armas.

Uno de ellos, un hombre mayor con el cabello gris y un machete en la mano, miró a la mujer del pañuelo.

—Podrían ser útiles.

Ella negó con la cabeza.

—O podrían ser un problema

Ethan entrecerró los ojos.

—Voto por la segunda opción.

Daniel lo ignoró.

—No buscamos pelea. Solo necesitamos saber si hay algún lugar seguro.

La mujer bajó un poco el rifle, pero no lo suficiente.

—Aquí no damos comida gratis.

El hombre del machete intervino.

—Si quieren quedarse, tienen que demostrar que valen la pena.

Ethan chasqueó la lengua.

—Mira qué sorpresa.

La mujer no le prestó atención.

—Si aceptan, tendrán una oportunidad. Si no, sigan caminando.

Daniel miró a Ethan, este negó con la cabeza.

—Es una trampa.

Pero Daniel ya había tomado su decisión.

—Lo haremos.

Los dos hombres del grupo se miraron, y la mujer del rifle suspiró.

—Espero que no se arrepientan.

Daniel tampoco estaba seguro de que no lo haría.

El refugio no era lo que Daniel había imaginado, el grupo los llevó a través de un callejón oculto entre edificios en ruinas hasta llegar a lo que en su día había sido un almacén. Las ventanas estaban tapiadas con tablones de madera y trozos de metal, la entrada principal había sido reforzada con muebles viejos y la única forma de entrar era a través de una puerta lateral asegurada con una cadena.

Desde fuera no parecía gran cosa, pero en cuanto cruzaron el umbral, Daniel sintió algo que no había sentido en mucho tiempo.

Organización.

Había señales claras de que esta gente llevaba aquí un tiempo. Unas mantas y colchones esparcidos por el suelo indicaban que varias personas dormían en el mismo espacio. En una mesa improvisada con cajas, alguien revisaba una libreta con anotaciones. Al fondo, una fogata apagada servía como punto de reunión.

Lo que más le llamó la atención fue el silencio. No el de miedo o incertidumbre, sino el de un grupo que sabía que hacer ruido significaba morir.

Apenas entraron, los ojos de los supervivientes se posaron en ellos.

No con curiosidad. Con desconfianza.

—¿Quiénes son estos? —preguntó un hombre alto, con la cabeza rapada y un rifle colgado de un hombro.

La mujer que los había encontrado afuera, la del pañuelo en el rostro, no se molestó en responder de inmediato. Caminó hasta la mesa y dejó su rifle apoyado sobre ella antes de hablar.

—Son los nuevos.

Las reacciones fueron mixtas.

—¿Otra vez? —murmuró alguien desde la esquina.

—Estamos tomando un riesgo —dijo el tipo del rifle.

—Más gente significa más bocas que alimentar —añadió una mujer de piel oscura y expresión

severa.

—También significa más gente para salir ahí fuera —replicó el hombre mayor con el machete, el único que había mostrado algo de interés en ellos desde el principio.

La tensión flotaba en el ambiente.

Ethan, como siempre, no parecía afectado. Se cruzó de brazos y dejó caer su bate contra su hombro.

—Relájense. No hemos venido a dormir en sus camas ni a que nos den de comer.

La mujer del pañuelo lo miró fijamente.

—No, no lo han hecho.

Daniel sintió que era el momento de hablar.

—Solo queremos un sitio seguro. No somos una carga.

El tipo del rifle soltó una carcajada seca.

—Eso lo dicen todos.

—No tenemos recursos para compartir con cualquiera que pase por aquí —agregó la mujer de expresión severa.

El hombre del machete los observó en silencio antes de encogerse de hombros.

—Hay una forma de probar si realmente valen algo.

Ethan resopló.

—Vaya, qué sorpresa.

La mujer del pañuelo señaló hacia el fondo del almacén.

—El lado este del edificio solía ser seguro, pero en los últimos días hemos escuchado ruidos ahí. Puede que haya entrado algo o alguien. No podemos dormir tranquilos si no sabemos qué es.

Daniel asintió.

—Lo revisaremos.

Ethan lo miró de reojo, pero no dijo nada.

—Si mienten, los echaremos sin pensarlo —añadió la mujer de piel oscura.

Daniel no tenía dudas de que lo harían.

Se giró hacia Ethan.

—Vamos.

Ethan suspiró y recogió su bate del suelo.

—Espero que valga la pena.

No estaban dentro todavía, primero, tenían que demostrar que no serían un problema.

Daniel y Ethan cruzaron el umbral del pasillo que llevaba al lado este del refugio, nadie los acompañó.

Mark, el hombre del machete, se quedó junto a la puerta con los brazos cruzados, su expresión

impenetrable. Sarah, la mujer del pañuelo, no se molestó en ocultar su desinterés mientras revisaba su rifle. Aaron, el del rifle y la actitud hostil, simplemente murmuró algo sobre que estaban perdiendo el tiempo.

Solo Olivia, la mujer de piel oscura que había hablado en contra de aceptarlos, los observó en silencio mientras desaparecían en la oscuridad del pasillo.

El olor a polvo y humedad los envolvió.

El lugar había sido parte del refugio, pero ahora estaba en completo abandono, mesas volcadas, cajas rotas y escombros bloqueando parte del acceso. La poca luz que se filtraba por las grietas de las paredes proyectaba sombras alargadas en el suelo, deformadas, inquietantes.

Ethan avanzó sin dudar.

—Si algo está aquí, lo matamos y listo.

Daniel iba un poco más atrás, con el cuchillo en la mano y la vista recorriendo cada detalle.

—Si esto era seguro antes, ¿qué cambió?

Ethan se encogió de hombros.

—Alguien la cagó. O algo entró y nadie quiso averiguar qué era.

Daniel frunció el ceño. No había sangre en las paredes ni señales evidentes de una pelea reciente. Pero sí algo extraño, cajas movidas. Un colchón enrollado en la esquina, como si alguien hubiera dormido ahí y luego intentado ocultarlo. Restos de comida seca en una lata abierta.

Ethan lo notó también.

—¿Crees que alguien estuvo aquí?

—No lo sé.

—Si lo estuvo, ya se largó. Así que nos vamos.

Daniel no estaba convencido, algo no encajaba. Antes de que pudiera responder, un golpe fuerte rompió el silencio. Los dos se giraron al mismo tiempo, venía de una puerta cerrada al final del pasillo.

Otro golpe, más fuerte.

Luego, un sonido. Algo entre un susurro y un quejido. Ethan apretó el bate con fuerza. Daniel sintió que el aire en la habitación se volvía más pesado. Lo que fuera que estaba ahí dentro, sabía que no estaba solo.

El pasillo seguía sumido en una oscuridad densa, cargada de polvo y ese olor agrio que se había vuelto demasiado común en este mundo en ruinas. Pero esta vez había algo más en el aire. Una sensación extraña que hacía que la piel de Daniel se tensara sin razón aparente.

El sonido detrás de la puerta persistía, cambiando de intensidad con cada segundo que pasaba. Había comenzado como golpes esporádicos, como si algo estuviera probando la resistencia de la madera. Pero ahora había mutado en algo más inquietante.

Un arañazo, largo y pausado, recorrió la superficie desde el otro lado.

Daniel sintió que su respiración se volvía más lenta, su mente procesando cada mínimo detalle. No era un golpe sin sentido como los que hacían los Hundidos cuando chocaban contra

obstáculos, era calculado.

Ethan, a su lado, no se movió, pero su mano derecha apretó con más fuerza el mango del bate.

—Nos largamos —dijo en un tono bajo, aunque la firmeza en su voz no dejaba espacio para la discusión. Daniel apenas lo escuchó, su atención estaba clavada en la puerta, otro sonido, un murmullo.

—No…

La palabra llegó distorsionada, débil, como si la voz que la emitía estuviera atrapada en una garganta que ya no servía.

Daniel no retrocedió, sin embargo Ethan sí reaccionó.

—Joder…

Daniel se mojó los labios y miró a su compañero.

—¿Lo escuchaste?

Ethan lo fulminó con la mirada.

—No tengo ganas de juegos, chaval. Nos vamos.

Daniel no respondió. Volvió la vista a la puerta. Su mano derecha recorrió la superficie áspera de la madera, palpando la pintura descascarada y las marcas de uñas.

Algo o alguien había intentado salir.

Otro susurro.

—No… deberían…

El sonido se quebró al final, perdiéndose en la nada.

Ethan se movió hacia atrás, su instinto gritándole que se alejara.

—Vamos, Daniel. Lo dejamos aquí y listo.

Daniel negó con la cabeza.

—¿Y si hay alguien ahí dentro?

—¿Y si hay algo peor?

Daniel no apartó la mirada de la puerta.

Si se iba ahora, no iba a poder sacarse esto de la cabeza, tomó aire y empujó con el hombro, la puerta cedió con un crujido seco y una ráfaga de aire viciado escapó de la habitación.

El olor era diferente.

A pesar de la oscuridad, pudo distinguir una figura en la esquina más alejada la cual no se movió de inmediato.

Estaba sentada en el suelo, con la espalda contra la pared, las rodillas recogidas contra el pecho y la cabeza inclinada hacia un lado, como si su propio cuerpo no pudiera sostenerse correctamente.

Ethan maldijo en voz baja, su bate listo para golpear.

Daniel dio un paso al frente, la luz tenue de la linterna que sostenía iluminó el rostro de la figura.

No era un Hundido común.

La piel no tenía la palidez cerosa de los cadáveres animados que había visto hasta ahora. Estaba seca y agrietada, con cicatrices recientes, como si la carne se hubiera rasgado y vuelto a cerrar más de una vez.

Los ojos se abrieron lentamente.

Daniel se quedó inmóvil, no eran ojos muertos pero tampoco del todo humanos, eran algo intermedio.

Ethan siseó entre dientes.

—Dime que esta mierda no te da mala espina.

Daniel no podía apartar la mirada.

El ser tembló levemente, su boca se entreabrió, pero no habló de inmediato, parecía estar luchando consigo mismo.

El aire en la habitación se volvió más pesado cuando, finalmente, la criatura susurró con voz rota.

—No… deberían… estar aquí…

Ethan levantó el bate.

Daniel sintió su pulso acelerarse.

Los Hundidos no hablaban. No dudaban.

Esto… esto no tenía sentido.

La figura dejó de moverse. Su respiración se volvió entrecortada, como si le faltase el aire, luego, sonrió.

Daniel sintió un pánico frío recorrerle el cuerpo, no porque fuera una sonrisa amenazante, sino porque había algo **tristemente humano** en ella y no tenía idea de qué significaba eso.

Capítulo 9 - Nada es lo que parece

Daniel no podía apartar la vista de la criatura.

El ser seguía encorvado en la esquina, con la piel pálida marcada por cicatrices irregulares. Su pecho subía y bajaba de manera desigual, como si respirar le costara un esfuerzo titánico. Sus labios se movieron de nuevo, pero no emitieron sonido alguno.

Ethan no tardó en reaccionar.

—No sé qué mierda sea esto, pero no pienso quedarme a averiguarlo.

Apretó el bate con más fuerza y avanzó un paso, pero Daniel levantó una mano para detenerlo.

—Espera.

Ethan resopló.

—¿Para qué? ¿Para ver si nos cuenta su historia?

Daniel ignoró la burla, algo no encajaba, no era solo la criatura, era la prueba.

—Nos dijeron que revisáramos la zona, pero nunca dijeron exactamente qué había aquí.

Ethan frunció el ceño.

—¿Y qué?

—Que si sabían de esto y no nos lo dijeron, nos estaban usando.

Ethan soltó una carcajada corta.

—Por supuesto que nos estaban usando. Nos mandaron aquí porque no querían ensuciarse las manos.

Daniel negó con la cabeza.

—No. Esto no era solo para ver si podíamos eliminar una amenaza. Era para ver qué haríamos con ella.

Ethan lo miró con incredulidad.

—Escucha, chaval. Da igual lo que piensen ellos, lo que importa es lo que vamos a hacer ahora.

Daniel sintió que su pecho se tensaba, no quería simplemente aceptar que todo se reducía a matar o huir. Algo más había pasado en esta habitación.

Su mirada recorrió el espacio, buscando cualquier pista. La habitación no estaba completamente vacía, había restos de muebles destruidos, una vieja estantería volcada contra la pared y algunas cajas apiladas en una esquina.

Entonces lo vio.

En el suelo, medio oculto bajo una capa de polvo y papeles rotos, había una carpeta manchada, Daniel se agachó y la recogió.

—¿Qué haces? —preguntó Ethan con impaciencia.

Daniel no respondió. Abrió la carpeta y pasó las páginas rápidamente. La mayoría de los documentos estaban ilegibles, cubiertos de humedad o desgarrados, pero algunas palabras resaltaban entre el desorden.

“Fase avanzada del virus…”

“Actividad cerebral residual…”

“No responde como los sujetos anteriores…”

Daniel sintió un escalofrío recorrerle la espalda, no era una simple infección, esto era algo más.

Levantó la vista hacia la criatura.

Su cuerpo temblaba con pequeños espasmos, como si estuviera atrapado en un estado intermedio entre la vida y la muerte.

Ethan suspiró, exasperado.

—¿Quieres explicarme qué es lo que tanto te impresiona?

Daniel le mostró la carpeta.

—Esto no es un caso aislado.

Ethan miró los papeles con desinterés.

—¿Y eso qué cambia?

Daniel apretó los dientes.

—Cambia que no sabemos en qué nos estamos metiendo.

Antes de que Ethan pudiera responder, la criatura se estremeció violentamente, su respiración se aceleró, su cuerpo se arqueó y sus dedos se crisparon contra el suelo.

Entonces, abrió la boca. El sonido que emergió de su garganta no fué un gruñido, fué un grito, un grito de dolor puro, como si algo dentro de él se estuviera desgarrando.

Daniel se cubrió los oídos por instinto.

Ethan ya había retrocedido varios pasos.

—Se acabó.

Levantó el bate y avanzó.

Daniel sintió el peso de la decisión caer sobre él como una losa, no quería matarlo sin entender más, pero si no hacían algo, lo que fuera que estaba ocurriendo con esta criatura podía terminar de la peor manera.

El tiempo se había acabado, ahora tenía que decidir.

Daniel tenía el cuchillo en la mano, pero no lo levantó.

La criatura convulsionaba en el suelo, su cuerpo sacudido por espasmos incontrolables. Su respiración, entrecortada, sonaba como si cada bocanada de aire fuera una batalla perdida.

Ethan se mantenía a un lado, con el bate en alto, la expresión endurecida por la impaciencia.

—Acábalo o lo hago yo.

Daniel tragó saliva.

—No es tan simple.

Ethan resopló.

—Claro que lo es. No es una persona. Ya no.

Daniel lo sabía. Lo sabía desde el momento en que abrió la puerta y vio a ese ser encogido en la esquina. Pero había algo en su mirada, algo en la forma en que había intentado hablar, en la manera en que su cuerpo parecía atrapado entre dos estados, que lo hacía dudar.

La criatura gimió, su garganta vibrando con un sonido quebrado, y de repente sus labios se movieron.

—No… quería…

Daniel sintió que el mundo se detenía. Ethan también se quedó en silencio por un instante, aunque su agarre en el bate no se aflojó.

—¿Qué mierda fue eso? —susurró.

Daniel no respondió.

Los ojos de la criatura se enfocaron en él, sus pupilas dilatadas como si estuviera viendo más allá del presente.

—Ellos… nos hicieron esto…

La voz era débil, pero las palabras fueron claras.

Daniel sintió el peso de la revelación golpeándolo como una ráfaga de aire helado, nos hicieron esto. No era solo un virus descontrolado, alguien lo había provocado.

Ethan dio un paso adelante, rompiendo el momento.

—Esto se acabó.

Daniel sintió que su cuerpo se tensaba.

—Espera.

—No.

Ethan bajó el bate con toda su fuerza, pero la criatura reaccionó. Su cuerpo, hasta ahora inestable y torpe, se movió con una rapidez antinatural, apartándose del golpe en el último segundo.

Ethan se tambaleó por el impacto fallido, sorprendido por la velocidad del ser.

—¡Mierda!

La criatura se incorporó parcialmente, su cuerpo aún temblando, pero ahora con una postura diferente. Su mirada ya no transmitía súplica. Era depredadora.

Daniel se preparó para lo inevitable.

La criatura se lanzó hacia ellos.

Ethan fue el primero en reaccionar, levantando el bate de nuevo y golpeando con un impacto seco en el costado del ser. Este gruñó, pero no cayó al suelo como un Hundido normal.

Daniel aprovechó el momento, pero no con la misma brutalidad de Ethan.

Se movió instintivamente, esquivando los movimientos de la criatura, intentando encontrar un punto débil. Pero su mente aún se resistía a aceptar que lo que estaba enfrente era solo otro monstruo más.

Los Hundidos no hablaban ni recordaban, pero este sí lo había hecho.

Ethan no dudó. Se abalanzó sobre la criatura y esta vez el golpe impactó de lleno en su cabeza. Un chasquido seco retumbó en la habitación y la criatura cayó de rodillas.

Daniel vio su oportunidad y se movió antes de que Ethan pudiera rematarlo.

Hundió el cuchillo en la base del cráneo con más fuerza de la que creyó posible.

El cuerpo dejó de moverse. Se desplomó en el suelo, sus miembros aún temblando con espasmos involuntarios. Daniel se quedó mirando la escena, con el cuchillo aún clavado en la carne.

Ethan lo observó por un segundo antes de soltar un resoplido.

—Tardaste demasiado.

Daniel no respondió, sacó el cuchillo con un movimiento firme y se puso de pie.

Sus manos temblaban, pero no de miedo, no sabía qué era exactamente lo que sentía. Antes de salir de la habitación, echó un último vistazo al cadáver.

Los ojos, aunque vidriosos, aún parecían retener un fragmento de algo que no debería estar ahí, algo que le decía que no todo estaba perdido cuando el virus tomaba el control.

Pero ya no tenía forma de confirmarlo. Había tomado su decisión y esa decisión lo seguiría por

mucho tiempo.

El camino de regreso al grupo fue silencioso.

Daniel todavía sentía el peso del cuchillo en su mano, aunque hacía rato que lo había limpiado. La imagen del ser, de su mirada vacía pero no del todo muerta, seguía grabada en su cabeza. “Nos hicieron esto”. Las palabras se repetían como un eco incómodo, resonando con cada paso.

Ethan iba unos metros adelante, caminando con la misma confianza relajada de siempre, como si nada de lo que habían visto importara realmente. Pero Daniel sabía que sí importaba.

El refugio apareció en su campo de visión, sus barricadas improvisadas proyectando sombras largas bajo la luz mortecina del cielo. A medida que se acercaban, las figuras del grupo se hicieron más nítidas.

Sarah estaba en la entrada, con el rifle cruzado sobre el pecho y la misma expresión impasible con la que los había recibido la primera vez. Aaron, sentado en un barril metálico, se puso de pie en cuanto los vio, su ceño fruncido reflejando la hostilidad habitual. Mark, de pie junto a la fogata apagada, levantó la mirada con interés, aunque sin mostrar emoción. Olivia, más alejada, los observaba en silencio, su postura relajada pero con los ojos demasiado atentos.

Cuando llegaron al centro del campamento, Aaron fue el primero en hablar.

—¿Y bien? ¿Qué encontraron?

Ethan y Daniel se miraron por un instante.

Ethan respondió primero, con su tono despreocupado de siempre.

—Nada especial. Un Hundido encerrado en una habitación. Lo liquidamos y volvimos.

Aaron soltó una carcajada seca.

—Vaya. Qué novedad.

Mark, sin embargo, no apartó los ojos de ellos.

—¿Nada fuera de lo común?

Daniel sintió cómo la tensión se acumulaba en su pecho, podía seguir la mentira de Ethan. Era lo más seguro, pero no podía olvidar lo que había visto.

—No era como los demás —dijo sin pensar.

El ambiente cambió de inmediato.

Aaron resopló.

—¿Y ahora qué? ¿Te salió uno con alas?

Daniel lo ignoró y miró a Mark.

—Se movía distinto. Y habló.

Sarah inclinó la cabeza con una expresión difícil de leer.

—¿Habló?

Ethan chasqueó la lengua.

—Si hablar se le puede llamar a balbucear cosas sin sentido.

Daniel apretó los puños.

—Dijo nos hicieron esto.

El silencio que siguió fue diferente al anterior. No era solo sorpresa, sino algo más profundo, más incómodo. Sarah y Mark intercambiaron una mirada rápida. Olivia entrecerró los ojos, estudiándolos.

Aaron soltó una risa sin humor.

—Seguro que también te pidió un abrazo.

Daniel sintió que la atmósfera del grupo se volvía más pesada. Sarah habló primero.

—La ciudad está llena de cosas peores que los Hundidos.

Mark cruzó los brazos.

—Antes del colapso, había grupos que jugaban con el virus, experimentaban con él. No sería raro que alguien haya terminado peor que los demás.

Daniel frunció el ceño.

—¿Cómo lo sabes?

Mark mantuvo su expresión neutra.

—Porque no eres el primero en contar algo así.

Daniel sintió que su piel se tensaba. Ethan suspiró con frustración.

—Bueno, misterio resuelto. ¿Ya podemos comer?

Sarah no sonrió.

—Hicieron lo que se les pidió. Busquen algo y tomen un lugar donde dormir.

Aaron soltó un gruñido bajo, pero no discutió más.

Cuando los demás comenzaron a dispersarse, Olivia se acercó a Daniel.

Habló en voz baja, sin apartar la vista del campamento.

—No todos aquí te dirán la verdad.

Daniel la miró con atención.

—¿Tú sí?

Olivia sonrió, pero no respondió.

—Ten cuidado en quién confías.

Daniel vio cómo se alejaba, dejándolo con más preguntas que respuestas.

La criatura, sus palabras, la reacción del grupo.

Todo le decía que lo que habían encontrado era solo el principio.

El almacén se sentía más grande de lo que realmente era, después de la tensa conversación con el grupo, Daniel y Ethan fueron llevados a un rincón del refugio, donde se les permitió quedarse por la noche. No era un espacio propio, solo un hueco entre otras pilas de mantas y cajas donde algunos de los supervivientes dormían. Aun así, era la primera vez en mucho tiempo que Daniel sentía la posibilidad de cerrar los ojos sin preocuparse por ser atacado en cualquier momento.

Pero eso no significaba que pudiera confiarse.

La primera noche en un lugar relativamente seguro se sintió extraña. El ambiente era silencioso, pero no el tipo de silencio que traía paz, era la calma tensa de un grupo que había aprendido a vivir con la paranoia.

Daniel se acostó sobre una manta raída, con la cabeza apoyada en su mochila. Desde donde estaba, podía ver a los demás repartidos por el almacén, unos durmiendo, otros murmurando en voz baja. Sarah seguía con su rifle cerca, apoyada contra una pared, observando como si esperara que algo saliera mal en cualquier momento. Aaron dormía con un cuchillo en la mano, como si incluso en el refugio no pudiera permitirse bajar la guardia. Olivia estaba en su propio rincón, con los ojos cerrados pero sin parecer realmente dormida.

Daniel sintió que algo en este sitio no encajaba.

—Sigues despierto —murmuró Ethan a su lado.

Daniel giró la cabeza. Ethan estaba tumbado con los brazos cruzados detrás de la cabeza, con la misma expresión despreocupada de siempre, aunque Daniel sabía que no lo era tanto.

—Es raro —susurró Daniel—. Estar aquí.

—Sí. No sentir que alguien quiere comerte la cara en cuanto cierras los ojos es un lujo en estos días.

Daniel miró hacia el techo, donde un par de luces débiles parpadeaban intermitentemente.

—¿Tú crees que podamos quedarnos?

Ethan giró la cabeza y lo miró con una sonrisa cansada.

—¿Eso piensas? ¿Que este es un buen sitio?

Daniel se encogió de hombros.

—Es mejor que la calle.

Ethan se estiró, dejando escapar un suspiro.

—Mañana pueden decidir que ya no nos quieren aquí.

—Tal vez. Pero si nos dejan quedarnos…

Ethan lo interrumpió con un tono más serio.

—No hay hogar en este mundo, solo lugares donde puedes respirar un rato.

Daniel sintió un peso en su pecho.

—No podemos estar solos para siempre.

Ethan lo miró fijamente durante un segundo antes de soltar una leve carcajada sin humor.

—Eso es lo que decimos al principio. Luego nos damos cuenta de que la gente solo trae problemas.

Daniel no quiso responder.

El murmullo en otro extremo del refugio lo hizo girarse, no era el sonido normal de alguien acomodándose para dormir. Era una discusión.

Se sentó un poco y miró entre las sombras, Sarah y Mark estaban hablando con voz baja pero tensa. Aaron estaba sentado en su barril, pero su postura indicaba que estaba escuchando con

atención. Olivia estaba de pie con los brazos cruzados, observando en silencio.

—No podemos seguir recogiendo a todo el que aparece —dijo Sarah, su tono más duro de lo habitual.

—No estamos recogiendo a todo el que aparece —respondió Mark, sin alterarse—. Pero no podemos sobrevivir solos.

—No podemos sobrevivir confiando en cualquiera.

Daniel miró a Ethan.

—Qué sorpresa. Otro grupo de personas que no sabe cómo ponerse de acuerdo.

Daniel se acostó de nuevo, pero su mente seguía dándole vueltas a lo que había escuchado.

Después de un rato, notó que alguien se acercaba.

Abrió los ojos y vio a Olivia, que se agachó junto a él.

—Hace mucho que dejamos de confiar en la gente —murmuró, sin mirarlo directamente.

Daniel la observó en la penumbra.

—¿Tú tampoco confías en nosotros?

Olivia sonrió, pero no era una sonrisa de burla.

—Algunos aquí aún creen en la comunidad. Otros solo en la supervivencia.

Daniel sintió que la tensión en su pecho se hacía más densa.

—¿Y tú?

Olivia lo miró por fin.

—No tardes demasiado en decidir en qué lado estás.

Se levantó y se alejó sin decir nada más. Daniel cerró los ojos, pero el sueño no llegó fácil. Por primera vez en mucho tiempo, estaba en un lugar donde no tenía que correr, pero eso no significaba que estuviera a salvo. Este refugio podía ser una oportunidad, o una trampa esperando a cerrarse.

Capítulo 10 - Estabilidad frágil

Habían pasado casi cuatro semanas desde que Daniel y Ethan llegaron al refugio.

Cuatro semanas sin correr cada día por sus vidas, sin dormir a la intemperie con el miedo constante de que un ruido en la oscuridad significara la muerte. Cuatro semanas en las que, por primera vez desde que el mundo colapsó, habían encontrado una rutina.

Pero Daniel sabía que la estabilidad en este lugar era tan frágil como un cristal a punto de romperse.

El refugio seguía siendo el mismo almacén destartalado con paredes reforzadas, un techo con goteras y ventanas tapiadas con tablones viejos. La distribución de la gente no había cambiado demasiado, pero ahora él y Ethan tenían su propio espacio, una pequeña esquina en la que habían dejado algunas mantas y lo poco que poseían.

No era un hogar.

Pero era lo más cercano a uno que había tenido en mucho tiempo.

Aun así, el aire seguía cargado de la misma tensión de la primera noche. El grupo no los había expulsado, pero eso no significaba que confiaran en ellos. Seguían siendo los recién llegados, los que todavía tenían que demostrar que valían la pena.

Daniel se había acostumbrado a la dinámica del refugio. Había aprendido cuándo hablar y cuándo quedarse callado, con quién podía contar y de quién debía mantenerse alejado. A estas alturas, ya había notado que los verdaderos conflictos dentro del grupo no tenían que ver con él y Ethan.

Tenían que ver con lo que venía después.

—Nunca pensé que llegaríamos a pasar más de tres semanas en un mismo sitio —dijo en voz baja mientras revisaba su cuchillo.

Ethan estaba sentado a su lado, apoyado contra la pared con los brazos cruzados.

—Yo tampoco —respondió, aunque su tono no mostraba entusiasmo.

—¿No es mejor así?

Ethan soltó una carcajada seca.

—Es más fácil. No significa que sea mejor.

Daniel miró alrededor del almacén.

En esas cuatro semanas, había conocido mejor a la gente con la que convivían.

Mark seguía siendo el mismo líder pragmático, alguien que parecía tener todo bajo control aunque nunca mostrara emoción alguna. Sarah, por su parte, no había cambiado demasiado. Su desconfianza hacia ellos no se había disipado del todo, aunque al menos ya no los veía como una amenaza inmediata.

Aaron, en cambio, no había intentado ocultar su desagrado en ningún momento. Cada vez que pasaba junto a ellos, dejaba caer algún comentario sarcástico, siempre con la intención de recordarles que no eran parte del grupo.

La única que seguía siendo un enigma era Olivia.

A veces, parecía estar de su lado. Otras, simplemente observaba.

Daniel había tenido varias conversaciones con ella, aunque nunca le decía demasiado.

Esa noche, mientras el refugio se sumía en su habitual silencio, Daniel salió a la parte trasera del almacén, donde Olivia estaba de pie, mirando la ciudad en penumbras.

—¿No puedes dormir? —preguntó él.

—¿Y quién puede en este mundo? —respondió Olivia sin voltear.

Daniel se apoyó contra la pared.

—He estado pensando en algo.

—Mala idea —dijo Olivia con una sonrisa leve.

Daniel sonrió por primera vez en días, pero su expresión se desvaneció rápido.

—¿Hasta cuándo crees que podamos seguir aquí?

Olivia se tomó su tiempo para responder.

—La ciudad se está volviendo más peligrosa. No podemos vivir siempre escondidos.

Daniel asintió.

—Entonces tendremos que salir.

Olivia lo miró por fin.

—Cuando llegue el momento, más de uno no estará de acuerdo.

Daniel no tuvo que preguntar a quién se refería.

Miró el almacén detrás de ellos, donde la mayoría dormía sin saber que la verdadera amenaza no eran los Hundidos.

Sino lo que ocurriría cuando el refugio ya no pudiera sostenerse más.

No era una decisión firme aún, pero estaba claro que el tiempo dentro de esas paredes tenía un límite.

El refugio aún seguía en pie, pero la sensación de seguridad se había convertido en una ilusión frágil.

Las rutinas que habían establecido durante las últimas semanas seguían, pero cada día se notaban más grietas en la convivencia. No era solo el peso de la escasez, ni siquiera el miedo a lo que acechaba fuera de esas paredes. Era algo más profundo.

Algo estaba cambiando.

Daniel lo sintió cuando el grupo de expedición regresó aquella tarde.

Él estaba sentado en su rincón habitual del almacén, repasando su cuchillo con la mirada perdida, cuando la puerta lateral se abrió de golpe y varios de los que habían salido entraron con pasos pesados y rostros sombríos.

Mark iba al frente, su machete colgado del cinturón, el rostro cubierto de polvo y sudor. Olivia entró detrás de él, con la mirada baja y los labios apretados.

Sarah, que estaba cerca de la entrada, se enderezó de inmediato.

—¿Qué pasó?

Mark dejó caer su mochila en el suelo con un golpe seco.

—La ciudad está peor.

Aaron, que se acercaba desde el otro extremo del almacén, frunció el ceño.

—¿Hundidos?

Mark asintió, pero Olivia fue la que habló.

—No solo eso. Nos cruzamos con otro grupo. No eran amigables.

El silencio se extendió por la habitación. Daniel vio la forma en la que algunos se tensaron. Sarah avanzó un paso.

—¿Os siguieron?

—No lo sabemos —respondió Mark—. Pero no nos vieron con buena cara. Y tuvimos que gastar más munición de la que queríamos.

Aaron gruñó y se pasó la mano por la cabeza.

—Genial. Nos estamos quedando sin balas y encima vamos llamando la atención.

—¿Tenían armas? —preguntó Sarah.

Olivia asintió.

—Y parecían organizados.

Mark se agachó y sacó una de las pocas latas de comida que había en la mochila.

—No encontramos suficiente. Nos vamos a quedar sin provisiones más rápido de lo que pensamos.

Daniel sintió que una presión invisible se instalaba en el ambiente.

Ethan, que hasta ese momento había estado apoyado contra una de las paredes con los brazos cruzados, soltó una risa breve, sin humor.

—Qué sorpresa.

Sarah lo fulminó con la mirada.

—¿Te parece gracioso?

Ethan se encogió de hombros.

—Me parece predecible. La gente siempre piensa que los refugios van a durar para siempre.

Aaron lo miró con desprecio.

—Tú sigues aquí.

—Porque es fácil —respondió Ethan con tranquilidad—. Hasta que deje de serlo.

Sarah ignoró el comentario y se volvió hacia Mark.

—No podemos seguir saliendo así. Cada vez es más peligroso.

—Y si nos quedamos aquí esperando, solo estaremos cavando nuestra tumba —respondió Mark con un tono firme.

—Tenemos que reforzar las defensas —intervino Aaron—. Y dejar de aceptar gente.

Daniel sintió que la conversación iba en círculos.

Todos hablaban de lo que debían hacer, pero nadie tenía una solución clara.

—Tarde o temprano, tendremos que salir de aquí —dijo Olivia de repente.

Todos se giraron hacia ella.

—¿Irnos? —preguntó Sarah con incredulidad.

—Este lugar ya no es sostenible —respondió Olivia—. Tenemos comida para unas semanas si racionamos. Pero después, ¿qué?

El silencio fue la única respuesta. Daniel sintió que la realidad se asentaba sobre ellos como una losa, no podían quedarse, no para siempre.

Algo iba a romperse.

Lo supo cuando esa noche, mientras intentaba dormir, escuchó algo en la distancia.

Un sonido diferente a los habituales ruidos de la ciudad muerta. No eran Hundidos ni era el viento. Era el eco de un disparo.

Daniel abrió los ojos en la oscuridad, con la certeza de que el refugio estaba a punto de enfrentar su mayor prueba.

El sonido del disparo cortó la noche como un cuchillo.

Daniel abrió los ojos de golpe, el eco aún vibraba en sus oídos mientras su cuerpo reaccionaba por instinto, incorporándose sobre la manta que le servía de cama. En la oscuridad del almacén, el resto del grupo también despertó.

El ambiente cambió en segundos. Se escuchó el sonido de armas siendo desenfundadas, botas moviéndose con prisa y murmullos tensos.

Ethan se levantó a su lado, frotándose el rostro con una mano.

—Genial. Justo lo que necesitábamos.

Aaron fue el primero en hablar en voz alta.

—¿Qué mierda fue eso?

Sarah ya estaba de pie, rifle en mano, observando la entrada del refugio como si esperara que algo irrumpiera en cualquier momento.

—Pudo haber sido lejos —dijo Mark, intentando evaluar la situación sin caer en la paranoia.

—O pudo haber sido una señal —replicó Olivia con seriedad.

Las palabras de Olivia dejaron un peso en el aire.

El disparo podía haber sido un simple incidente en la ciudad o podía significar que alguien estaba marcando territorio. O peor aún, que alguien venía hacia ellos.

Sarah miró a Mark.

—Tenemos que cerrar el refugio. Nadie sale.

—No podemos quedarnos sin saber qué está pasando —respondió Mark, cruzando los brazos.

Aaron, sentado en su barril habitual, golpeó el metal con el mango de su cuchillo.

—Estamos bien aquí dentro. Si alguien está allá afuera disparando, que se maten entre ellos.

Olivia negó con la cabeza.

—No saber es peor.

—¿Para qué? —bufó Aaron—. ¿Para que salgamos y nos vuelen la cabeza?

Ethan soltó una risa breve y cansada.

—Podrían discutir toda la noche y no llegar a nada.

Daniel observó el cruce de palabras, sintiendo la tensión subir con cada argumento. Sarah quería cerrar el lugar y esperar. Mark y Olivia querían información antes de tomar decisiones. Aaron solo pensaba en mantener a cualquiera afuera. Por primera vez desde que había llegado, sintió que estaba en medio de algo más grande que una simple discusión de grupo.

Ethan lo miró de reojo.

—No estarás pensando en salir, ¿verdad?

Daniel no respondió de inmediato.

—Si no sabemos qué pasa, podríamos estar sentados aquí esperando que nos maten.

Ethan sonrió con incredulidad.

—Si sales, estás jugando a ser el héroe otra vez.

Antes de que Daniel pudiera decir algo más, otro sonido se filtró en la noche.

No fue otro disparo, fue algo más, un golpe metálico, fuerte, seco.

Como si algo pesado chocara contra un contenedor o una puerta.

Las voces se apagaron. Sarah levantó una mano, pidiendo silencio.

Desde el otro lado de la barricada, en la calle, se escucharon muchos pasos, el sonido de gente corriendo, seguido de otro golpe.

Daniel sintió su pulso acelerarse, el refugio ya no se sentía tan impenetrable.

Aaron murmuró una maldición.

—Nos encontraron.

La tensión se convirtió en urgencia, la discusión había terminado, el grupo tenía que decidir qué hacer y esperar no parecía la mejor opción.

El sonido de algo golpeando la barricada reverberó en el almacén como un aviso de que el tiempo para discutir se había agotado.

La tensión en la habitación era un nudo que amenazaba con ahogar a todos.

Sarah ya tenía su rifle en mano, los nudillos blancos por la fuerza con la que lo sostenía. Aaron se movía de un lado a otro, como un animal enjaulado, con la mandíbula apretada y la mirada clavada en la entrada del refugio.

—Tenemos que reforzar la barricada —dijo Sarah con firmeza—. No sabemos cuántos son ni qué quieren, pero si entran, será una masacre.

—¿Y si nos quedamos esperando y son más de los que podemos manejar? —preguntó Olivia, con el ceño fruncido.

—Si corremos sin saber qué hay afuera, podríamos terminar en una emboscada —intervino Aaron.

Mark, que hasta ese momento había permanecido en silencio, habló con calma, pero con determinación.

—No podemos quedarnos aquí. La ciudad está infestada, no podemos sobrevivir encerrados esperando a que los problemas desaparezcan.

—¿Y qué sugieres? —preguntó Sarah con frialdad—. ¿Salir y rendirnos?

—Salir, pero con un plan.

Un nuevo golpe en la barricada los hizo callar, el sonido era distinto a los golpes de los Hundidos. No era errático ni constante, eran golpes medidos, no eran solo Hundidos, había alguien afuera.

Ethan, hasta ahora apoyado contra una mesa con los brazos cruzados, soltó un resoplido.

—Todo esto es muy entretenido, pero en algún momento van a decidir qué hacer, ¿verdad?

Daniel no respondió de inmediato, por primera vez desde que llegó al refugio, sintió que su voz importaba. Todos lo miraban, esperando su respuesta.

Se pasó una mano por la cara, intentando organizar sus pensamientos en medio del caos.

—Si creen que nos van a dejar en paz, están soñando —dijo, su voz firme.

Sarah lo miró con atención.

—¿Eso significa que quieres salir?

Daniel vaciló por un momento.

—Si nos quedamos, nos van a rodear.

Mark asintió, como si ya esperara esa respuesta.

—Si salimos sin un plan, podemos terminar peor —añadió Aaron.

Ethan lo observó con una media sonrisa, como si encontrara interesante que Daniel estuviera tomando una posición.

Otro golpe sacudió la barricada.

Un sonido seco, como si algo pesado hubiera impactado contra la madera con más fuerza que antes. Un escalofrío recorrió la sala.

Fue Olivia quien notó el cambio primero.

—Eso no vino de la entrada.

Todos se quedaron quietos, el ruido no provenía de la barricada, era otra puerta.

Una que no habían asegurado.

Sarah giró sobre sus talones, apuntando su rifle hacia la parte trasera del almacén.

—Mierda…

El refugio ya no era seguro, el grupo tenía que moverse ahora.

La decisión había sido tomada por ellos, ya no se trataba de elegir si quedarse o salir, se trataba de sobrevivir.

Capítulo 11 - La grieta final

El disparo aún resonaba en la noche cuando la tensión en el refugio explotó por completo.

Daniel se preparó rápidamente, sintiendo el ambiente cargado de electricidad estática, de esa sensación de peligro que paraliza a algunos y acelera a otros.

El silencio se apoderó en la penumbra del almacén. Algunos ya estaban en pie, con las manos aferradas a cuchillos, pistolas o cualquier cosa que sirviera como arma.

Sarah estaba cerca de la barricada principal, con su rifle listo. Su mandíbula estaba tensa, su dedo cerca del gatillo. Mark se movía con rapidez, intentando calmar los ánimos antes de que alguien

hiciera una estupidez. Aaron, en cambio, tenía los ojos clavados en la puerta con la expresión de alguien que ya había tomado una decisión.

—Alguien está ahí fuera —dijo, su voz baja pero afilada.

—Aún no sabemos eso —respondió Mark, sin dejar de moverse.

Aaron lo ignoró.

—Si nos han encontrado, estamos jodidos.

El silencio fue la única respuesta por un momento, luego, la discusión comenzó de verdad.

Sarah giró hacia Mark.

—No podemos salir a lo loco sin saber qué está pasando.

—Si nos quedamos, nos arriesgamos a que nos acorralen.

—¿Y si no es nada?

—¿Y si lo es?

Aaron dió un paso adelante.

—Dejen de perder el tiempo. Si no actuamos, alguien más decidirá por nosotros.

Daniel observaba todo desde su rincón, sintiendo la grieta en el grupo abrirse más y más con cada palabra. No había consenso, algunos querían cerrar el refugio y esperar. Otros querían moverse antes de que fuera demasiado tarde.

La estabilidad del grupo, la misma que había intentado creer que existía, ya no era más que una ilusión.

Ethan estaba apoyado contra la pared, con los brazos cruzados. No parecía preocupado en lo más mínimo.

—Esto es un problema suyo. Que se maten entre ellos si quieren.

Daniel lo miró con frustración.

—No podemos quedarnos sentados mientras esto se desmorona.

Ethan se encogió de hombros.

—Lo hemos hecho antes.

Daniel sintió que su paciencia se agotaba. Antes de que pudiera responder, un nuevo sonido en el exterior lo interrumpió, no fué otro disparo, fueron pasos, voces, sombras moviéndose entre los edificios, y luego, otro golpe seco contra la barricada.

Sarah levantó el rifle de inmediato.

—Nos encontraron.

Nadie discutió esta vez.

Mark apretó los dientes.

—Ya no hay tiempo.

El refugio estaba en cuenta regresiva, o se quedaban y luchaban, o encontraban una forma de salir antes de que fuera demasiado tarde.

El golpe contra la barricada fue solo el principio. La madera crujió con el impacto, un recordatorio de lo frágil que era la supuesta seguridad del refugio. Todos se quedaron en silencio por un segundo, conteniendo la respiración. Luego, se escuchó otro golpe más fuerte.

Desde afuera, las sombras seguían moviéndose en la penumbra. No había forma de saber cuántos eran ni qué buscaban.

Mark se adelantó, con el machete en la mano, y se asomó por una rendija entre las barricadas.

—¿Cuántos? —preguntó Sarah, sin apartar el rifle de la entrada.

—No lo sé —respondió Mark—. Una decena

Aaron maldijo y se pasó una mano por la cabeza.

—Nos van a rodear.

—No podemos abrir fuego si no sabemos qué hay afuera —dijo Sarah.

—Si esperamos demasiado, lo averiguaremos cuando sea tarde —respondió Olivia.

Ethan se quedó observando la escena con una expresión que oscilaba entre el fastidio y la resignación.

—Nos mandaron a la mierda en cuanto llegamos —murmuró—. Ahora necesitan ayuda, qué conveniente.

Daniel lo fulminó con la mirada.

—Si esto se descontrola, nadie saldrá de aquí con vida.

—No me gusta elegir bandos.

Otro golpe sacudió la barricada, luego, se escuchó algo más, un grito ahogado.

—¡Alguien está ahí afuera! —exclamó uno de los vigías.

El grupo entero se tensó.

—¿Hundidos? —preguntó Mark.

El vigía negó con la cabeza.

—No lo sé. Se movió demasiado rápido.

Aaron desenfundó su pistola.

—¿Qué estamos esperando?

Sarah levantó una mano.

—No dispares si no estamos seguros.

Pero ya era tarde, uno de los más jóvenes del grupo, con el rostro desencajado por el miedo, levantó su rifle y disparó a ciegas a través de la barricada. El eco del disparo retumbó en todo el refugio.

—¡Mierda! —rugió Mark, empujándolo contra la pared.

—¿En qué estabas pensando? —gritó Olivia.

El chico temblaba.

—Yo… yo vi algo…

Pero ya no importaba, el sonido había roto el frágil equilibrio. Desde afuera, una oleada de gruñidos resonó en la oscuridad.

Hundidos.

Se habían delatado.

Aaron se giró hacia Mark.

—Nos van a caer encima.

—Ya no tenemos opción —respondió Mark—. Tenemos que decidir ahora.

Sarah no se movió.

—Podemos pelear. Podemos defender el refugio.

Olivia negó con la cabeza.

—No contra una horda.

Daniel sintió que la decisión pesaba sobre ellos como una losa.

No había plan, no había estrategia, o se quedaban y luchaban hasta el final, o intentaban escapar antes de que fuera demasiado tarde. Pero lo único seguro era que el refugio ya había caído.

El rugido de los Hundidos ya no era un eco lejano, estaban cerca, demasiado cerca.

El disparo había sido como un faro en la oscuridad, guiándolos directamente hasta la puerta del refugio. Lo que había empezado como sombras moviéndose en la distancia ahora era una amenaza real.

Sarah y Mark estaban en la entrada, discutiendo con el mismo fervor con el que llevaban días chocando, pero esta vez, no tenían tiempo para medir sus palabras.

—Si salimos ahí fuera sin un plan, estamos muertos —dijo Sarah, su rifle aún apuntando a la barricada, como si con la mirada pudiera evitar que cediera.

—Si nos quedamos, es cuestión de tiempo para que entren —respondió Mark, la frustración filtrándose en su voz.

Aaron, que hasta ahora había permanecido en su rincón con los dientes apretados, tomó una decisión antes que el resto.

—Se acabó —gruñó.

Se giró y corrió hacia la parte trasera del almacén.

—¡Aaron! —gritó Olivia.

Pero no se detuvo.

—¿A dónde crees que vas? —rugió Sarah, pero su voz apenas se escuchó sobre el estruendo de otro golpe contra la barricada.

La madera empezó a ceder.

Daniel sintió la adrenalina dispararse por su cuerpo, el refugio ya no era un refugio.

Ethan se acercó a él con su habitual calma, aunque esta vez había un brillo en sus ojos que delataba urgencia.

—No voy a morir por este sitio.

Daniel miró a su alrededor. Sarah estaba decidida a pelear, Mark intentaba organizar a los que querían salir y Aaron ya había tomado su propio camino pero Olivia evaluaba la situación con el ceño fruncido.

El rugido de los Hundidos se intensificó.

—No hay tiempo para pensar —dijo Ethan—. O nos quedamos y peleamos, o nos largamos ahora.

Daniel sintió que cada músculo de su cuerpo se tensaba, no había una respuesta correcta, solo la certeza de que todo estaba por romperse.

El rugido de los Hundidos y el eco de los disparos rebotaban en las paredes del refugio como un aviso de que el final había llegado.

Daniel sintió el caos en cada latido acelerado de su corazón, en cada grito cortado por la confusión, en cada sombra moviéndose fuera de la barricada.

Sarah apretó su rifle y se giró hacia Mark con una mirada cargada de rabia y desesperación.

—No decías que eran humanos?

Mark, que hasta ahora había intentado mantener la compostura, apartó la vista de la barricada apenas un instante, con la respiración agitada.

—No hemos escuchado voces? Se movían demasiado rápido afuera.

Sarah negó con la cabeza, su dedo aún cerca del gatillo.

—Nos equivocamos. O peor, alguien nos hizo equivocarnos.

El golpe contra la barricada sacudió la estructura del almacén con la fuerza de un camión embistiendo una pared, pero esta vez no vino solo. Un disparo seco resonó desde fuera, no fue uno de los suyos, era preciso, calculado.

Aaron, que estaba cargando su pistola, frunció el ceño.

—¿Quién está disparando?

Otro disparo. Luego otro. Sarah corrió hacia la barricada y se asomó por una de las rendijas entre los tablones.

—Mierda…

Mark la imitó, pero su expresión no reflejaba el mismo horror, sino confusión.

—No son solo Hundidos.

—¿Entonces qué son?

Sarah retiró la mirada de la barricada y se giró hacia el grupo.

—Alguien está luchando contra ellos.

Olivia fue la primera en reaccionar.

—¿Otro grupo?

Sarah asintió.

—Son organizados. No disparan sin sentido.

Ethan entornó los ojos.

—Y eso significa que no van a ser precisamente amigables.

Otro disparo, y luego, el golpe final.

La barricada se rompió en un estruendo de madera astillada y metal retorcido.

Un Hundido se estrelló contra el suelo con la inercia de la embestida, sus huesos quebrándose con el impacto, pero detrás de él, más figuras se agolpaban en la entrada. El refugio había caído. La reacción fue instantánea.

Sarah disparó la primera bala y acertó en la frente de la criatura más cercana. Mark empuñó su machete y avanzó con los otros que aún querían defender el lugar.

Daniel sintió que su cuerpo se movía por instinto, no era solo una horda, había algo más en el caos. Las sombras en el exterior se movían con demasiada precisión para ser solo criaturas sin mente.

Alguien más estaba ahí afuera, pero dentro del refugio, la lucha por la supervivencia ya había comenzado. Un grito desgarrador le indicó que alguien del grupo había caído.

Ethan se acercó a él y le gritó por encima del ruido.

—Tenemos que largarnos ya.

Daniel se quedó mirando la escena, viendo cómo el refugio se consumía en el mismo caos que había visto tantas veces en la ciudad, pero antes de poder moverse, vio a Olivia en medio de la confusión.

—No deberíamos estar aquí.

Las palabras de la criatura en la habitación volvieron a su mente como un susurro maldito.

Se acercó a Olivia y la agarró del brazo con fuerza.

—Tú sabías algo.

Ella lo miró con la misma expresión calculadora de siempre, pero esta vez había algo más en sus ojos, algo parecido a la culpa.

Daniel la sacudió.

—Dijiste que alguien aquí sabía más de lo que decía. ¿Qué es lo que realmente está pasando?

Olivia apretó los labios, pero antes de que pudiera hablar, otro disparo resonó, esta vez, demasiado cerca. Daniel sintió una fuerza invisible tirando de él.

Ethan lo estaba arrastrando.

—Después preguntas lo que quieras. Si nos quedamos, morimos aquí.

Daniel miró una última vez a Olivia, pero la mujer no dijo nada, no era el momento, el refugio había caído, la única opción era huir. La pregunta era si confiar en el grupo que acababa de intervenir o si seguir su propio camino y Daniel sabía que cualquiera de las dos decisiones podía ser la última que tomara.

Capítulo 12 - Un nuevo comienzo

El refugio ya no existía.

Las llamas aún iluminaban la distancia, proyectando sombras sobre las ruinas de la ciudad. El humo se mezclaba con el aire espeso de la noche, cargado de ceniza y pólvora. Detrás de ellos, el eco de los disparos se apagaba poco a poco, pero el peligro no había desaparecido.

Daniel corría sin mirar atrás, había pasado tanto tiempo dentro del almacén que había olvidado la sensación de estar al descubierto en la ciudad. Apretó la mandíbula y siguió avanzando, con la mente enfocada en una única idea: seguir con vida.

A su lado, Ethan se movía con rapidez, su bate aún manchado de sangre. Olivia iba unos metros adelante, con la mirada alerta, guiando al grupo que había logrado escapar del refugio antes de que todo colapsara.

Mark y Sarah seguían juntos, aunque sus expresiones reflejaban algo más que cansancio. Habían perdido más que un refugio esa noche.

Aaron no estaba.

No sabían si había escapado o si había muerto en el caos, y nadie tenía tiempo para averiguarlo.

Cada cruce de calles era un riesgo, cada sombra una posible amenaza y la ciudad era un cementerio abierto, plagado de restos de un mundo que ya no existía.

Daniel escuchó un ruido a su derecha y giró de inmediato, con el cuchillo listo, solo era una rata escarbando entre los escombros.

Ethan lo miró de reojo y sonrió con burla.

—Relájate. Si fueras tan rápido con los Hundidos como con los roedores, serías imparable.

Daniel ignoró el comentario y siguió corriendo. Cuando por fin se detuvieron, estaban en una intersección bloqueada por autos abandonados. Mark se apoyó contra un vehículo con el pecho subiendo y bajando, tratando de recuperar el aliento.

—¿Y ahora qué? —preguntó Sarah, con el rifle aún aferrado a sus manos.

Olivia se giró, con la mirada afilada.

—Esperamos.

—¿Esperamos a qué? —gruñó Mark—. No tenemos refugio, no tenemos plan.

Daniel estaba a punto de hablar cuando un nuevo sonido se filtró a través del silencio, no eran gruñidos, no eran sonidos de pies arrastrando, eran pisadas firmes. Humanas. Se giró con rapidez, pero antes de que pudiera reaccionar, una luz lo cegó por un instante.

—No se muevan.

Las voces llegaron con autoridad. Daniel entrecerró los ojos y vio las figuras avanzando entre los coches, no eran saqueadores, no eran solitarios con hambre de recursos. Eran un grupo organizado, vestían ropa de combate, con mochilas bien equipadas y armas en posiciones de fácil acceso. Sus movimientos eran precisos, no titubeaban ni parecían nerviosos.

Uno de ellos, un hombre de complexión robusta con barba de varios días, se adelantó con un rifle colgando del pecho.

—¿Son los del refugio?

Mark se tensó.

—Éramos.

El hombre asintió con calma.

—Lo vimos caer. Llegamos tarde.

Sarah entrecerró los ojos.

—¿Quiénes son ustedes?

El hombre intercambió una mirada rápida con otro de su grupo antes de responder.

—Somos parte de un asentamiento fuera de la ciudad. Hemos estado monitoreando este sector desde hace semanas.

—¿Monitoreando? —preguntó Olivia.

El hombre no perdió la calma.

—No somos una amenaza. Si lo fuéramos, ya lo sabrían.

Daniel sintió que la tensión en el aire se volvía más pesada.

—¿Y qué quieren?

El hombre suspiró.

—Ofrecerles una opción.

Sarah no se relajó.

—¿Qué tipo de opción?

—Tenemos un lugar fuera de la ciudad. Recursos, seguridad. No estamos invitando a cualquiera, pero ustedes parecen gente que sabe defenderse.

Mark cruzó los brazos.

—¿Y qué ganan ustedes con esto?

El hombre sonrió de lado.

—Somos muchos, pero podríamos ser más. Mientras más manos capaces tengamos, más posibilidades hay de sobrevivir.

Sarah miró a los demás.

Daniel observó las expresiones de todos. Mark parecía dispuesto a considerar la opción, Olivia estaba pensativa, pero no rechazaba la idea, Ethan, en cambio, tenía los brazos cruzados, observando la escena con la misma desconfianza de siempre.

—Huele a trampa —murmuró.

El hombre lo miró con seriedad.

—No tienen muchas opciones.

Silencio. Finalmente, Mark asintió.

—Vamos a escucharlos.

El grupo comenzó a moverse.

Daniel miró la ciudad una última vez antes de seguirlos, el refugio era historia.

Y lo que venía ahora era un salto al vacío.

Salir de la ciudad no era tan simple como alejarse de los escombros, Daniel lo entendió en cuanto pusieron un pie fuera del refugio destruido, con la espalda aún caliente por las llamas que seguían devorando lo que una vez fue su hogar temporal. A su alrededor, la ciudad muerta seguía susurrando sus advertencias a través de los edificios vacíos y las calles cubiertas de cuerpos que nadie había enterrado.

El nuevo grupo avanzaba con pasos seguros, como si este no fuera su primer recorrido por un campo de cadáveres. El líder, un hombre de unos cuarenta años con el cabello oscuro salpicado de canas y la mirada firme de alguien que había visto demasiado, iba al frente. Se llamaba Nathan, y a pesar de su actitud tranquila, su mera presencia emanaba autoridad.

A su lado caminaba Emma, la médica del grupo, una mujer de treinta y tantos con el cabello recogido y un aura de pragmatismo que la hacía parecer más dura de lo que realmente era.

Detrás de ellos iba David, un joven atlético con mirada analítica y una forma de moverse que recordaba a un depredador midiendo su entorno. Su mano siempre estaba cerca de su cuchillo, listo para cualquier amenaza.

Y luego estaba Maggie, una mujer mayor con el cabello completamente canoso y una expresión de paciencia que parecía haber lidiado con demasiados conflictos en su vida. No hablaba mucho, pero cuando lo hacía, sus palabras llevaban peso.

Había otros miembros, pero estos cuatro eran los que destacaban.

—¿Y cuántos más tienen en su comunidad? —preguntó Ethan mientras caminaban.

Nathan lo miró de reojo.

—Los suficientes para que esto funcione.

—Eso no es una respuesta.

—No damos información gratuita. No hemos sobrevivido siendo ingenuos.

Ethan sonrió, pero su mirada era afilada.

—Sabia política.

Daniel observó el intercambio en silencio. Ethan ya no estaba tan indiferente como antes. No estaba simplemente esperando largarse en cuanto viera la oportunidad. Ahora evaluaba la situación, midiendo a estas personas con la misma desconfianza con la que había medido a los del refugio.

Pero había una diferencia, esta vez, parecía interesado en la respuesta.

La marcha siguió en silencio por un rato. Sarah y Mark se mantenían juntos, aunque su lenguaje corporal revelaba que aún no estaban convencidos de esta nueva alianza. Olivia, como siempre, observaba con la misma mirada calculadora de siempre.

Daniel sintió que, por primera vez en mucho tiempo, tenía un objetivo más allá de simplemente sobrevivir otro día, entonces, escucharon el ruido. Era lejano, pero suficiente para que todos se detuvieran en seco.

Nathan levantó una mano, indicando que se quedaran quietos.

—¿Qué fue eso? —susurró Mark.

David se adelantó un poco, mirando entre los edificios.

—Fuego en la distancia —murmuró—. Y algo más.

Daniel siguió su mirada y vio lo mismo, una columna de humo se alzaba en el horizonte, demasiado fina para ser un incendio espontáneo. Alguien había hecho eso.

—No estamos solos —dijo Maggie por primera vez.

No sonaba sorprendida. Nathan miró al grupo.

—Manténganse alerta. El camino aún no está asegurado.

Y con eso, siguieron avanzando, dejando la ciudad atrás, pero sin estar seguros de qué encontrarían adelante.

El aire era espeso y caliente mientras el grupo avanzaba por las ruinas de la ciudad. A su alrededor, los edificios destruidos parecían vigilar cada paso, como testigos mudos del colapso del mundo. El silencio solo era interrumpido por el crujido del vidrio bajo sus botas y el susurro del viento arrastrando restos de papeles y ceniza.

Daniel ajustó la mochila sobre su hombro, sintiendo la tensión acumulada en los músculos después de horas de caminar. La adrenalina de la huida se había disipado, pero la incertidumbre seguía presente.

No podía dejar de mirar la columna de humo en la distancia.

No sabía si era una advertencia o una oportunidad perdida.

Nathan, el líder del nuevo grupo, caminaba al frente, con David a su lado, intercambiando señales con los demás para asegurarse de que el camino seguía despejado.

Ethan iba unos pasos más atrás, observando todo con su habitual actitud relajada, pero Daniel sabía que no era descuido. Lo conocía lo suficiente como para saber que estaba evaluando cada palabra, cada movimiento de sus nuevos acompañantes.

Finalmente, Daniel decidió romper el silencio.

—¿Cómo es el lugar?

Nathan no tardó en entender a qué se refería.

—Es lo más cercano a un hogar que hemos encontrado.

—¿Eso significa que han estado en otros lugares?

Nathan asintió sin girar la cabeza.

—Antes de esto, intentamos varias veces establecernos en distintos sitios. Ninguno funcionó a largo plazo. O nos quedábamos sin recursos o nos encontraban.

Daniel sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

—¿Nos encontraban quiénes?

Nathan lo miró por primera vez.

—Depende, a veces eran saqueadores, a veces eran grupos que intentaban imponer sus propias reglas.

Daniel notó la elección cuidadosa de palabras. Nathan estaba diciendo la verdad, pero sin dar demasiados detalles.

Más adelante, Ethan se acercó a David, el rastreador del grupo.

—¿Por qué nos aceptaron? —preguntó sin rodeos.

David no pareció sorprendido por la pregunta.

—Más gente capaz significa más posibilidades de sobrevivir.

Ethan sonrió, pero su expresión no mostraba confianza.

—O significa más bocas que alimentar.

David lo miró por un segundo antes de responder.

—Solo aceptamos a quienes creemos que pueden aportar algo.

Ethan no discutió más, pero su mirada dejó claro que aún no estaba convencido.

La marcha continuó sin interrupciones hasta que llegaron a una intersección bloqueada. Frente a ellos, un antiguo puente de cemento colapsado bloqueaba el paso. A la izquierda, una calle infestada de coches abandonados formaba un laberinto que sería difícil de cruzar sin hacer ruido.

Nathan se detuvo y observó la escena.

—No vamos a poder cruzar por aquí.

David asintió.

—Podemos rodear la zona, pero nos costará tiempo.

Sarah, que hasta ahora había permanecido en silencio, frunció el ceño.

—¿Y si despejamos el camino?

Mark sacudió la cabeza.

—Eso nos expondría demasiado tiempo.

Nathan miró al grupo y evaluó las opciones.

—Tenemos que decidir.

Daniel sintió que, por primera vez en mucho tiempo, alguien más tomaba el control de la situación, no estaba acostumbrado a eso.

Se permitió imaginar cómo sería quedarse en un sitio estable, tener una rutina, no tener que correr cada día sin saber si llegaría al siguiente amanecer.

A su lado, Ethan también parecía pensativo.

—Dime que no estás considerando quedarte en ese sitio —murmuró.

Daniel lo miró.

—¿Por qué no?

Ethan bufó.

—Porque lugares así no duran.

Daniel no respondió, no estaba tan seguro de eso, pero tampoco estaba seguro de que este camino los llevaría a un lugar mejor. El grupo decidió rodear la zona. El viaje no sería fácil, pero

al menos ahora tenían un destino. Lo que encontrarían allí aún era un misterio.

Queda completamente claro. A partir de ahora, Ethan dejará de ser un personaje pasota y protestón para evolucionar en un verdadero amigo de Daniel, mostrando más interés y compromiso con la supervivencia del grupo. Aquí tienes el bloque desarrollado con la extensión y profundidad que merece.

El sol ya había comenzado a descender cuando el grupo alcanzó una zona donde la carretera se volvía más irregular, con grietas que se extendían como cicatrices en el asfalto. Llevaban horas caminando y la fatiga comenzaba a notarse en algunos.

Daniel sintió el ardor en las piernas, la tensión en los hombros por cargar la mochila durante tanto tiempo. Miró a los demás y vio la misma sensación reflejada en sus rostros. Sarah limpiaba el sudor de su frente con el dorso de la mano, Mark mantenía su machete cerca y Olivia, aunque no lo demostraba, tenía el ceño fruncido de puro agotamiento.

Nathan se detuvo en seco, mirando hacia el horizonte con expresión seria.

—Descansaremos cinco minutos —anunció.

Ethan se dejó caer sobre una roca cercana con un suspiro. Pero esta vez no hubo queja, ni comentario sarcástico. Daniel se sentó a su lado, dejando caer la mochila en el suelo.

—No estamos tan lejos, ¿verdad?

Nathan lo miró por encima del hombro antes de responder.

—Si seguimos a este ritmo, llegaremos antes del anochecer.

Daniel asintió y bebió un trago de agua, sintiendo cómo el líquido frío calmaba su garganta seca. Luego se giró hacia Ethan.

—No te he escuchado decir nada cínico en un buen rato.

Ethan soltó una leve risa y negó con la cabeza.

—Tampoco hay mucho que decir. Sigues caminando, te duelen los pies, sigues caminando. No hay gran misterio.

Daniel levantó una ceja.

—Eso suena a resignación.

Ethan lo miró de reojo, pero su expresión era diferente. No la de alguien que simplemente quería huir de todo, sino la de alguien que, por primera vez en mucho tiempo, no estaba solo por elección propia.

—Solo digo que no es la peor opción que hemos tenido.

Daniel sonrió.

—Eso es lo más optimista que te he escuchado decir.

Ethan cerró los ojos, pero no discutió.

Nathan aprovechó la pausa para hablar.

—Ya que están aquí, es mejor que sepan algo sobre el asentamiento antes de llegar.

Mark cruzó los brazos.

—Sería buena información antes de que entremos a ciegas.

Nathan asintió.

—No aceptamos a cualquiera. No somos un grupo enorme, pero funcionamos porque tenemos reglas claras. Quien entra, contribuye. Quien traiciona, no sigue con nosotros.

Sarah lo miró con desconfianza.

—¿Y quién decide qué es traición?

Nathan mantuvo su expresión impasible.

—Todos.

Daniel lo observó con interés.

—¿Cómo han logrado mantener un lugar seguro tanto tiempo?

—Tomamos decisiones juntos, pero siempre hay un grupo que mantiene el orden. Y no dejamos que la gente entre y salga como le da la gana.

—Eso suena más a un control que a una comunidad —murmuró Mark.

—Suena a que estamos vivos.

El silencio se apoderó del grupo por unos segundos.

Ethan miró a David, que permanecía tranquilo, pero siempre alerta.

—¿Y qué les hace pensar que nosotros somos una buena adición?

David se encogió de hombros.

El descanso terminó cuando Nathan indicó que debían seguir avanzando.

Las horas de caminata acumulaban peso en los cuerpos de todos, pero la promesa de un lugar seguro les daba un impulso silencioso. El sol descendía poco a poco, bañando las ruinas de la ciudad con un resplandor anaranjado que hacía que todo pareciera más irreal.

Daniel miró a su alrededor.

Por primera vez desde que salieron del almacén, el ambiente no estaba completamente tenso. Nadie hablaba demasiado, pero ya no era solo por la cautela. Era como si, después de tanto correr y luchar, el cansancio los hubiera atrapado a todos a la vez.

Ethan caminaba a su lado, más callado que de costumbre.

—¿En qué piensas? —preguntó en voz baja.

Ethan tardó en responder.

—No lo sé. En que llevo demasiado tiempo sin dormir en un sitio donde no tenga que estar con un ojo abierto.

Daniel asintió.

—Lo sé.

—Y en que, si este lugar es realmente seguro… tal vez no sería tan mala idea quedarnos.

Daniel levantó una ceja, sorprendido por la honestidad.

Ethan sonrió de lado.

—No me mires así. No estoy diciendo que me haya convertido en un tipo confiado. Solo que estoy cansado de moverme sin rumbo.

Daniel no dijo nada, pero por primera vez sintió que no estaba solo en esa sensación.

Nathan, que iba unos pasos más adelante, miró a los demás y habló en voz alta.

—Nos queda poco. Si mantenemos el ritmo, llegaremos en un par de horas.

Sarah suspiró aliviada.

—Al fin.

David miró hacia atrás, como si aún esperara que algo los siguiera, pero no había nada más que el silencio de la ciudad desmoronada.

Maggie, la mujer mayor del grupo, rompió el silencio con una sonrisa ligera.

—Será bueno estar en casa.

Daniel se quedó con esas palabras en la cabeza, hogar. Aún no sabía si ese era el término correcto, pero al menos, por primera vez en mucho tiempo, había un destino claro al que llegar.

Capítulo 13 - La llegada a un nuevo hogar

El sonido del portón metálico deslizándose sobre su riel oxidado resonó en el aire. Daniel sintió un leve escalofrío al cruzar la entrada, como si al dar ese paso dejara atrás un mundo y entrara en otro. Sus botas golpearon el suelo firme, y por primera vez en mucho tiempo, no tuvo que preocuparse por lo que había detrás de él.

El asentamiento era más grande de lo que imaginó. Una barrera alta, reforzada con placas de metal, vigas de madera y escombros bien colocados, lo rodeaba por completo. No era una fortaleza perfecta, pero tenía solidez, como si quienes la construyeron supieran que aquí no había margen para errores.

Dentro, la comunidad se movía con un orden que resultaba casi ajeno a todo lo que habían vivido en las últimas semanas. Había casas improvisadas, algunas reforzadas con tablones y lonas gruesas, otras con paredes de ladrillo reparadas como pudieron. Varios grupos trabajaban en distintas tareas: un par de personas revisaban un generador con herramientas improvisadas, mientras otros cargaban cajas con provisiones. A lo lejos, algunos niños jugaban en un espacio despejado, riendo entre ellos.

Era... estabilidad.

Daniel sintió algo en el pecho, una presión extraña, como si su cuerpo no supiera cómo reaccionar ante la sensación de estar en un lugar que no parecía estar a punto de derrumbarse.

A su lado, Ethan observaba todo con el ceño fruncido, pero no con el desdén con el que solía mirar el mundo. Había un atisbo de curiosidad en su expresión. Mark y Sarah, en cambio, permanecían alerta, sus miradas analizando cada detalle, buscando posibles amenazas. Olivia, como siempre, no dejaba entrever lo que pensaba.

—No está mal —murmuró Ethan, finalmente.

Nathan los guió hacia el edificio central, una construcción más grande que las demás y reforzada con materiales de mejor calidad. Era más que un simple explorador; alguien con la suficiente confianza de los líderes como para decidir quién entraba y quién no**.** A medida que avanzaban, algunas personas se detenían a mirarlos, algunas con simple curiosidad, otras con la evidente desconfianza de quien ha aprendido a no confiar en extraños.

En la entrada, varios miembros del asentamiento los esperaban. Un hombre se adelantó entre ellos, sus ojos oscuros evaluando al grupo con frialdad. Se llamaba Robert Chase. Era alto y de complexión fuerte, con el cabello entrecano y una barba bien cuidada. Sus ropas eran simples, pero estaban en mejor estado que las de la mayoría, lo que hablaba de su posición dentro del asentamiento. Lo que más destacaba en él no era su físico, sino la forma en que los demás lo miraban: con respeto, con cautela, con la certeza de que su palabra era ley en este lugar.

Robert posó su mirada en Nathan primero.

—¿Son de fiar?

—Si no lo fueran, no estarían aquí —respondió Nathan sin titubear.

Robert lo observó un segundo más antes de girarse hacia los recién llegados.

—Aquí hay normas —dijo, sin preámbulos—. Si se quedan, deben seguirlas. No podemos darnos el lujo de excepciones.

Daniel mantuvo la mirada firme. No esperaba otra cosa.

—Lo entendemos.

Ethan no dejaba de analizar cada rincón del lugar.

—¿Cuánto tiempo lleva esto funcionando?

Robert ladeó la cabeza levemente, midiendo la pregunta.

—Desde el principio. Con altibajos, como todos. Pero aquí seguimos.

—¿Y qué hacen si alguien rompe las reglas?

El aire en la sala se volvió denso. Nathan desvió la mirada, una mujer en la esquina se tensó apenas y otro de los presentes bajó la vista.

Finalmente, Robert respondió con un tono neutro:

—Sigan las reglas —fue todo lo que dijo.

Daniel sintió la incomodidad en su grupo, pero no insistieron. No ahora.

Después de algunas instrucciones, les señalaron un lugar donde podrían descansar y acomodarse. Mientras los demás se dirigían hacia allí, Daniel se quedó un momento más, observando el asentamiento, los movimientos de su gente, la forma en que la vida aquí parecía tener un orden.

No era solo un refugio. Era algo más.

Y por primera vez en mucho tiempo, sintió que podría haber un futuro.

El asentamiento tenía un orden al que Daniel y los demás no estaban acostumbrados.

Después de tantas semanas en la ciudad, siempre en movimiento, siempre con la sensación de que cualquier noche podía ser la última, estar dentro de un lugar con reglas, con horarios, con una rutina estructurada… era extraño.

Pero también era lo más cercano a la estabilidad que habían tenido en mucho tiempo.

Robert Chase los llevó a un sector donde los recién llegados podían establecerse. No era más que un edificio rehabilitado con habitaciones separadas por biombos y tablones de madera. No tenían privacidad real, pero al menos era un techo sólido sobre sus cabezas y una cama que no estaba hecha con mantas sobre el suelo frío.

Daniel dejó caer su mochila sobre el catre que le habían asignado y pasó la mano por la superficie. No era cómodo, pero era mejor que cualquier refugio improvisado en el que había dormido en los últimos meses.

Ethan entró detrás de él y miró alrededor con una mueca de aprobación.

—Bueno, al menos no hay ratas —dijo, dejándose caer en el catre junto a él.

Sarah y Mark también estaban cerca, aunque ninguno dijo nada. Ambos observaban el lugar con la cautela de quien no confía en que algo sea realmente seguro.

—Aprovechen el descanso —dijo Nathan, apoyado contra la puerta—. Mañana empieza su prueba real.

—¿Nuestra prueba? —preguntó Mark.

—Todos tienen que contribuir de alguna manera —respondió Nathan—. Si no son útiles, no se quedan.

Robert, que los había acompañado, cruzó los brazos y los miró con seriedad.

—Aquí nadie recibe nada gratis.

El tono en su voz dejó claro que no era una amenaza, era una regla establecida.

—Tenemos nuestras normas —continuó—. Todos trabajan. No tenemos recursos ilimitados, cada quien recibe lo que aporta.

Daniel asintió.

—Parece justo.

—Lo es —afirmó Robert—. Pero si alguien pone en peligro a la comunidad, no dudamos en actuar.

Ethan, que hasta ahora había estado en silencio, apoyó un brazo detrás de su cabeza y preguntó con fingida despreocupación:

—¿Y qué pasa con los que rompen las reglas?

El aire en la habitación pareció volverse más denso.

Robert lo miró fijamente por un momento antes de responder.

—Depende de la regla que rompan.

Ethan sonrió con su habitual actitud relajada, pero Daniel notó que esta vez no era una burla. Solo estaba midiendo a Robert, igual que Robert lo medía a él.

Después de un momento de silencio incómodo, Robert dio un paso atrás.

—Mañana tendrán asignadas sus tareas. Úsenlo para demostrar si pueden quedarse.

Con eso, se marchó.

Nathan se quedó un instante más.

—Si necesitan algo, hablen con Emily. Ella maneja los suministros.

—¿Y si necesitamos algo que no nos quieran dar? —preguntó Ethan.

Nathan lo miró sin inmutarse.

—Entonces probablemente no lo necesiten.

Ethan sonrió levemente y Nathan salió, dejándolos solos.

Daniel miró a los demás y suspiró.

—Supongo que mañana descubriremos si realmente podemos quedarnos aquí.

Sarah se cruzó de brazos.

—No voy a confiar en nadie hasta ver cómo funcionan las cosas.

—No tienes que confiar en ellos —dijo Olivia, desde la esquina—. Solo demostrar que no somos una carga.

Daniel miró el techo con cansancio, por primera vez en mucho tiempo, no tenía que preocuparse por lo que pasaría en las próximas horas. Mañana, sin embargo, sería otra historia.

El amanecer en el asentamiento llegó con un ritmo muy diferente al que Daniel estaba acostumbrado.

No había disparos lejanos ni gruñidos inhumanos rompiendo el silencio. No despertó con el corazón acelerado ni con la urgencia de empacar sus cosas para seguir huyendo. En su lugar, lo recibió el murmullo de voces, el sonido de herramientas chocando contra metal y el aroma tenue de algo cocinándose en alguna parte del asentamiento.

Por primera vez en mucho tiempo, no tuvo que pensar en sobrevivir de inmediato, pero eso no significaba que bajaría la guardia.

Ethan se removió en su catre a su lado, frotándose los ojos con una expresión de cansancio.

—¿Cómo es posible que haya tanto ruido y aún así se sienta… tranquilo?

Daniel se incorporó y miró a su alrededor. Los demás recién llegados también estaban despertando. Sarah ya estaba de pie, con la postura rígida de quien no se acostumbra a estar en un sitio fijo. Mark estaba más relajado, pero su mirada aún era calculadora. Olivia, como siempre, ya parecía completamente despierta, sentada en su catre con la espalda recta y la mirada fija en la puerta.

Antes de que pudieran intercambiar más palabras, Nathan apareció en la entrada del edificio.

—Arriba. Hora de trabajar.

Ethan soltó un suspiro exagerado.

—¿Ya estamos en la nómina?

Nathan lo miró sin cambiar su expresión.

—Si quieres comer, sí.

Ethan se puso de pie sin quejarse más. Daniel notó el cambio en su actitud. Antes habría hecho un comentario sarcástico y habría arrastrado los pies. Ahora, simplemente aceptó la realidad.

Los llevaron al edificio principal, donde Robert Chase los esperaba junto a algunos de los miembros más veteranos del asentamiento.

—Todos aquí cumplen una función —dijo Robert, sin perder tiempo en discursos innecesarios —. No es una democracia abierta, pero todos tienen voz. Sin embargo, antes de que puedan integrarse por completo, tienen que demostrar que pueden aportar algo.

Les entregó un papel con sus asignaciones.

Daniel leyó su nombre junto a la palabra "seguridad y exploración".

Ethan estaba en logística y abastecimiento.

Sarah y Mark habían sido asignados a defensa y planificación.

Olivia ayudaría en la administración del refugio y comunicación con grupos externos.

—Cada uno de ustedes reportará con alguien de su equipo. Escuchen, aprendan y hagan lo que se espera de ustedes.

Uno a uno, fueron dirigidos a sus respectivas áreas.

A Daniel lo llevó Derek, un hombre de complexión robusta y rostro severo, con cicatrices en los brazos que hablaban de demasiadas peleas en el pasado.

—¿Has patrullado antes? —preguntó sin rodeos mientras caminaban por el perímetro del asentamiento.

—He sobrevivido lo suficiente —respondió Daniel.

Derek esbozó una sonrisa ladeada.

—Eso no es lo mismo. Aquí no puedes solo huir cuando las cosas se ponen feas.

Daniel miró la barrera que protegía el asentamiento. Desde ahí, la ciudad se veía como una bestia dormida, esperando despertar en el peor momento.

—¿Y qué tan seguido se ponen feas?

Derek se encogió de hombros.

—Suficiente como para que nadie duerma del todo tranquilo.

Mientras caminaban por la muralla, Daniel notó algo en el aire. No era la misma tensión de la ciudad, pero tampoco era completa tranquilidad.

Más tarde, cuando terminó su turno, encontró a Ethan en el área de almacenamiento, ayudando a Emily a organizar los suministros.

—No te ves tan miserable como esperaba —comentó Daniel.

Ethan se rió entre dientes.

—Es raro, ¿no? No estar esperando el siguiente desastre.

Daniel asintió.

—¿Y qué te parece este sitio?

Ethan se apoyó contra una estantería.

—Mejor de lo que pensé.

Daniel sintió que esas palabras pesaban más de lo que Ethan admitía. Por primera vez, su amigo consideraba la posibilidad de quedarse.

Por primera vez en mucho tiempo, Daniel y Ethan se sentaron a comer sin preocuparse de quién los estaba acechando.

El comedor del asentamiento era un espacio amplio, improvisado dentro de lo que alguna vez fue un almacén. Largas mesas de madera estaban alineadas en el centro, rodeadas de sillas desparejas y bancos rústicos. No era un lugar lujoso ni mucho menos, pero había algo en la rutina de la gente comiendo junta, en la forma en que las voces se mezclaban en un murmullo constante, que hacía que el sitio se sintiera más vivo de lo que Daniel había visto en mucho tiempo.

Cuando llegaron, algunos de los residentes los miraron con curiosidad.

Helen, la mujer que supervisaba la cocina y la distribución de los alimentos, les entregó su porción sin demasiados rodeos. Era una mujer de mediana edad, con un rostro endurecido por la experiencia, pero con una voz firme que mantenía el orden en su espacio.

—No desperdicien nada —dijo mientras les entregaba sus platos—. La comida cuesta trabajo conseguirla.

Daniel asintió en agradecimiento.

Ethan, en cambio, sonrió.

—No soy de los que dejan sobras.

Helen lo miró por un instante y luego se alejó para atender a los demás.

Se sentaron en una mesa junto a Mark y Sarah, aunque no tardaron en unirse otros miembros del asentamiento. Entre ellos estaba Isaac, un hombre alto con manos encallecidas por el trabajo en la reconstrucción del asentamiento. Su voz era calmada, y cuando habló, lo hizo con la confianza de alguien que había estado allí desde el principio.

—No los culpo por haber aceptado la oferta —dijo mientras cortaba su trozo de carne con un cuchillo desgastado—. Nadie sobrevive solo mucho tiempo ahí fuera.

—Lo hemos hecho hasta ahora —respondió Sarah, aún sin relajar su postura.

Isaac sonrió.

—¿Y cómo les ha ido?

El silencio que siguió fue suficiente respuesta.

Otra persona se unió a la conversación. Sophia, una joven que patrullaba junto a Derek, con el cabello atado en una trenza y una mirada afilada, dejó su plato sobre la mesa con un gesto de fastidio.

—No se acostumbren demasiado a la calma. Este lugar funciona, pero no es perfecto.

Ethan alzó una ceja.

—¿Problemas con la dirección?

Sophia bufó.

—Algo así. Nathan y Robert han hecho un buen trabajo manteniéndolo en pie, pero no todos aquí están de acuerdo con su forma de hacer las cosas.

Daniel notó cómo Mark y Sarah intercambiaban una mirada.

—¿División? —preguntó Mark.

—Algo así —respondió Isaac, sin apartar la vista de su comida—. Algunos piensan que deberíamos cerrar las puertas y dejar de aceptar gente. Otros creen que deberíamos expandirnos antes de que alguien más nos encuentre primero.

Daniel sintió un nudo en el estómago, siempre era lo mismo. No importaba cuán seguro pareciera un sitio, siempre había algo que lo ponía en riesgo.

Sin embargo, había una diferencia.

Aquí no se trataba solo de sobrevivir.

Había algo más grande en juego.

Ethan, que hasta ahora había escuchado en silencio, dejó su tenedor sobre la mesa y se apoyó en el respaldo de su silla.

—¿Y ustedes qué piensan?

Isaac se encogió de hombros.

—Lo que sea que mantenga este sitio funcionando.

Sophia, en cambio, no respondió de inmediato, sus ojos se encontraron con los de Daniel por un instante antes de apartar la vista.

—No creo que quedarnos quietos sea la respuesta.

Daniel se quedó con esa frase en la cabeza.

Cuando terminó de comer, salió del almacén y observó la comunidad bajo la tenue luz de la luna. El asentamiento era real, ¿cuanto duraría?

Capítulo 14 - La rutina del asentamiento

Dos semanas sin sobresaltos innecesarios. Dos semanas en las que, por primera vez en mucho tiempo, el peligro no era inmediato.

Daniel despertó antes del amanecer, como lo había hecho desde que llegó al asentamiento. Su cuerpo se había acostumbrado a la nueva rutina, a levantarse con la primera luz del día y seguir las instrucciones del equipo de seguridad.

El asentamiento funcionaba como un sistema bien engrasado, cada persona tenía un rol y lo cumplía sin necesidad de recordatorios constantes. Había estructuras reforzadas, equipos organizados y, lo más importante, una rutina que mantenía todo en orden.

Después de ponerse la chaqueta y ajustarse el cinturón con la navaja y la radio, salió de la habitación y se dirigió al punto de encuentro de los patrulleros. Derek ya estaba allí, revisando su equipo con su habitual precisión meticulosa.

—Vas entendiendo cómo funcionan las cosas —dijo Derek al ver a Daniel acercarse.

—¿Esperabas que no lo hiciera? —respondió Daniel con una leve sonrisa.

—Muchos han pasado por aquí creyendo que la seguridad es solo estar armado. La vigilancia es mucho más que eso.

Daniel asintió y tomó su rifle, revisando el cargador como había aprendido en estos días. No se trataba solo de disparar cuando algo aparecía, sino de prevenir que algo llegara en primer lugar.

El asentamiento tenía varios equipos cumpliendo sus funciones.

Las patrullas vigilaban los alrededores, revisaban puntos de acceso y mantenían un control sobre lo que ocurría fuera de las murallas.

Los equipos de reconstrucción se encargaban de fortalecer las casas y reparar las defensas cuando era necesario.

Los encargados del abastecimiento organizaban las raciones y planificaban futuras expediciones para conseguir recursos.

Ethan, que al principio había sido reticente a integrarse, se había adaptado mejor de lo que nadie habría imaginado. Ahora trabajaba junto a Emily en la logística del asentamiento, asegurando que los suministros se distribuyeran de manera eficiente.

—Mira quién está comprometido con la comunidad —bromeó Daniel cuando vio a Ethan revisar una caja con latas de comida.

Ethan sacudió la cabeza.

—Me acostumbré. Y si voy a comer, prefiero saber de dónde viene la comida.

Daniel sonrió y continuó con su ronda.

Fue entonces cuando tuvo su primera conversación con Sophia, la patrullera con la que había coincidido en varias ocasiones, pero con quien nunca había hablado demasiado.

—¿Preparado para la patrulla de mañana? —preguntó Sophia mientras revisaba su rifle.

—Siempre.

—No lo pareces.

Daniel la miró con curiosidad.

—¿Por qué lo dices?

—Todavía miras el asentamiento como si no estuvieras seguro de si es real o no.

Daniel se quedó en silencio por un momento.

Sophia sonrió levemente. —No eres el único. Todos hemos pasado por eso.

Era la primera conversación que tenían más allá de órdenes o comentarios sobre las rondas. Y aunque fue breve, Daniel sintió que la conexión con las personas del asentamiento se hacía un poco más fuerte.

Al final del día, Robert los reunió para informarles sobre la próxima expedición.

—Mañana, un grupo saldrá a patrullar más allá de nuestra zona segura. Necesitamos información sobre las rutas cercanas y los posibles movimientos de otros grupos.

Daniel y Ethan se miraron.

Su primera salida desde que llegaron, el asentamiento les había dado un respiro, pero afuera, la

realidad seguía siendo la misma.

Desde que habían llegado, el mundo exterior se había convertido en una amenaza lejana, algo que podía ignorarse mientras cumplieran con sus tareas dentro de la comunidad. Pero ahora, mientras ajustaban sus mochilas y revisaban el equipo, Daniel sintió esa vieja presión en el pecho. La misma que había sentido en cada momento de peligro desde que todo colapsó.

El grupo de expedición se reunió en la entrada.

Nathan estaba al frente, organizando los detalles del recorrido. Junto a él estaban Sophia y Derek, ambos armados y con expresiones serias. También los acompañaban dos hombres más: Jonas, un veterano en patrullas, con un machete en la espalda y un rifle en las manos, y Eric, un joven con menos experiencia, pero con la misma determinación en la mirada.

—Nuestro objetivo es doble —dijo Nathan—. Primero, exploraremos una de las rutas principales para asegurarnos de que sigue despejada. Segundo, revisaremos un almacén donde podríamos encontrar provisiones útiles.

Ethan, que hasta ahora había estado atando su mochila, levantó la vista.

—Déjame adivinar, no vamos a entrar al almacén sin asegurarnos de que no sea una trampa.

—Exacto —asintió Nathan—. Nos moveremos rápido y en silencio. Sin riesgos innecesarios.

Daniel miró a Sophia.

—¿Esto es algo que hacen seguido?

—Cada semana. No podemos depender solo de lo que ya tenemos —respondió ella.

Cuando todo estuvo listo, abrieron la puerta lateral del asentamiento y salieron en fila, avanzando con cautela.

El aire fuera se sentía diferente.

El asentamiento tenía su propio ritmo, sus sonidos constantes que daban una sensación de orden. Pero aquí afuera, el mundo estaba en silencio, un recordatorio de que la civilización había desaparecido.

Las calles estaban llenas de escombros, con coches oxidados bloqueando algunos accesos y edificios medio derrumbados que hacían que todo pareciera más estrecho.

A medida que avanzaban, Daniel notó que algunos de los cuerpos en el suelo no estaban allí la última vez que había salido.

—Esto es reciente —dijo Jonas en voz baja, señalando un cadáver con una herida de bala en la cabeza.

Derek se agachó y revisó el cuerpo.

—Munición gastada hace poco.

—No somos los únicos explorando esta zona —murmuró Sophia.

Ethan miró a Nathan.

—¿Y eso es un problema?

Nathan no respondió de inmediato.

—Depende de quién más esté por aquí.

Siguieron caminando hasta llegar al cruce donde la ruta debía continuar, pero se detuvieron en seco.

Una barricada improvisada bloqueaba el camino.

Coches volcados, restos de madera clavados en la calle y bolsas de arena colocadas estratégicamente.

—Esto no es accidental —dijo Eric.

Daniel sintió que su respiración se volvía más lenta.

—¿Saqueadores?

Nathan miró el bloqueo con detenimiento.

—Es posible. O simplemente otro grupo protegiendo su territorio.

—¿Y qué hacemos? —preguntó Jonas.

—Podemos rodearlo o arriesgarnos a revisar —dijo Nathan.

Ethan cruzó los brazos.

—Déjame adivinar, vamos a revisar.

Nathan sonrió apenas.

—No podemos dejar una posible amenaza sin evaluar.

Daniel miró a los demás, nadie en el grupo parecía nervioso, pero tampoco tomaban la situación a la ligera. Era un recordatorio de que, por mucho que el asentamiento fuera un refugio, allá fuera seguían en un mundo sin garantías.

Nathan hizo un gesto para que avanzaran.

Fuera lo que fuera lo que los esperaba más adelante, estaban a punto de averiguarlo.

El grupo se mantuvo en silencio, observando la barricada como si fuera una advertencia en lugar de un simple obstáculo.

Nathan levantó una mano, indicando que se detuvieran.

—Vamos a revisar primero. Jonas, Derek, asegúrense de que no haya trampas. Daniel, Ethan, atentos a cualquier movimiento.

Jonas asintió y avanzó por la derecha, su machete desenfundado. Derek lo siguió con el rifle en posición, los ojos recorriendo cada detalle del terreno.

Daniel se acercó un poco más, observando la forma en que las estructuras habían sido colocadas. Esto no era el caos de un grupo de supervivientes improvisando una defensa. Había orden, intención.

—No es solo una pila de escombros —murmuró.

—No, no lo es —respondió Sophia, que estaba a su lado.

Se agachó y tocó una de las tablas con el pie.

—Está clavada. Esto no lo hizo el viento.

Derek se giró hacia Nathan.

—Huellas en el polvo. Son recientes.

Jonas levantó una lata oxidada.

—Fogata apagada hace poco. Puede que ayer, máximo antes de ayer.

Ethan, que hasta el momento había permanecido en la retaguardia, dejó escapar un suspiro.

—Bien, ya tenemos claro que esto no es casualidad. Ahora, ¿qué hacemos?

Nathan no apartó la mirada de la barricada.

—Si hay un grupo asentado cerca, tenemos que saberlo.

—O podríamos dar la vuelta y no provocar a quien sea que haya hecho esto.

—¿Y si bloquean más rutas? —preguntó Daniel—. No podemos movernos en la zona sin saber quién está controlando qué.

Ethan le lanzó una mirada que oscilaba entre el fastidio y la resignación.

—Lo sabía. Sabía que ibas a decir eso.

Daniel le sonrió levemente.

—No podemos vivir con la cabeza enterrada, ¿no?

Antes de que Ethan pudiera responder, un sonido interrumpió la conversación.

Un golpe seco. Algo había caído cerca.

Derek levantó el rifle de inmediato. Jonas se movió en dirección al ruido, con pasos calculados.

El grupo se quedó en silencio, otro golpe, más cerca.

Nathan levantó la mano para indicar que se quedaran quietos.

Daniel sintió que su respiración se volvía más pausada. **No podían ver a nadie, pero alguien estaba allí.**

—Nos están observando —susurró Sophia.

La sensación de peligro latente se volvió más real.

—Esto es una advertencia —dijo Jonas en voz baja—. Nos están dejando claro que saben que estamos aquí.

Nathan exhaló y tomó una decisión.

—No retrocedemos, pero tampoco vamos a avanzar sin un plan. Nos movemos con precaución.

Daniel miró a Ethan. Esta vez, su amigo no discutió.

Sabían que estaban entrando en territorio de alguien más.

Y lo que fuera que había detrás de esa barricada, no iba a ser un simple obstáculo en el camino.

El grupo avanzaba en completo silencio. El aire estaba cargado de tensión mientras cruzaban las calles semidestruidas, con la sensación de estar cruzando un umbral invisible. No había señales evidentes de peligro, pero Daniel sabía que no estaban solos.

Nathan levantó una mano en señal de alto y el grupo se detuvo al instante.

—Nos movemos con cautela —susurró—. No sabemos cuántos son ni qué tan cerca están.

Todos asintieron.

Sophia y Derek avanzaron primero, revisando cada esquina con meticulosidad. Nathan y Jonas cubrían los flancos, mientras que Daniel, Ethan y Eric cerraban la formación.

A medida que se adentraban más en la zona, los rastros de actividad humana reciente se volvían más evidentes.

Un mensaje pintado en una pared con letras gruesas y descuidadas llamó la atención de Daniel.

"Zona restringida. No avances."

—Eso no es un adorno —murmuró Ethan.

Daniel pasó la mano por la pintura. Todavía estaba fresca.

—Han estado aquí hace poco.

Sophia, que inspeccionaba el suelo a unos metros, hizo un gesto para que se acercaran.

—Fogata apagada hace menos de un día. Y restos de comida.

Jonas frunció el ceño.

—No están improvisando. Saben lo que hacen.

Nathan se agachó y tomó un puñado de ceniza entre los dedos.

—Esto no es obra de simples saqueadores.

Daniel miró a su alrededor. Todo estaba demasiado bien organizado. Había restos de empaques de comida, pero no estaban tirados sin orden. Los rastros de pisadas en el polvo sugerían que la gente que había estado allí no se movía en desorden, sino con disciplina.

—Estamos en su territorio —susurró Sophia.

Ethan dejó escapar un suspiro

—Díganme que ahora sí nos vamos.

—No podemos ignorarlo —replicó Nathan—. Si hay otra comunidad en la zona, tenemos que saber quiénes son.

—Claro, porque esas historias siempre terminan bien.

Daniel ignoró la ironía y miró a Nathan.

—¿Cómo quieres seguir?

—Observamos primero. Si encontramos algo más, decidimos.

Antes de que pudiera dar la orden de moverse, un sonido los puso en alerta, un disparo, lejano, pero lo suficientemente claro para congelar a todos en su sitio.

El grupo se agachó de inmediato, con las armas listas. No les habían disparado a ellos, pero alguien estaba cerca.

Daniel sintió su pulso acelerarse. Era la confirmación de que no estaban solos.

Ethan se inclinó hacia él y murmuró:

—Nos han visto.

Desde uno de los edificios cercanos, algo se movió rápido.

No era un Hundido.

Daniel apenas pudo distinguir una sombra antes de que desapareciera entre los escombros.

—Nos están observando —dijo Derek en voz baja.

Nathan apretó los dientes.

—Nos mantenemos juntos. No retrocedemos.

El grupo intercambió miradas, ya no estaban explorando, habían invadido el territorio de alguien más, y quien quiera que estuviera allí, no los iba a ignorar.

Capítulo 15 - La primera advertencia

El disparo aún flotaba en el aire cuando el grupo de Nathan se quedó inmóvil, ocultos tras los restos de un viejo vehículo volcado en la calle.

Daniel sintió la tensión recorriendo cada músculo de su cuerpo. Alguien los estaba observando, pero aún no había atacado.

El viento sopló entre los edificios destruidos, arrastrando consigo el polvo y la ceniza acumulada en las calles. Las sombras seguían allí, entre los restos del mundo antiguo, pero esta vez, no era solo una sensación.

No estaban solos.

Nathan alzó una mano, señalando a todos que se mantuvieran en posición.

—No disparen —susurró.

El grupo acató la orden de inmediato. Sabían que el menor movimiento en falso podía convertir esta situación en una masacre.

Fue entonces cuando apareció.

Una figura surgió de entre los escombros, caminando con calma, sin la urgencia ni la brutalidad de un atacante impulsivo.

Era un hombre alto, vestido con ropas de combate gastadas y una chaqueta oscura con parches que Daniel no reconoció. Se detuvo a unos diez metros de ellos, con una postura relajada, pero calculada.

No era un simple saqueador. Sabía lo que estaba haciendo.

—No han entendido la advertencia —dijo el hombre con voz firme.

El eco de sus palabras se propagó en la calle vacía.

Daniel sintió que el aire se volvía más denso.

Nathan fue el primero en hablar.

—No estamos aquí para pelear.

El hombre sonrió de lado.

—Eso es bueno. Porque nosotros tampoco queremos matarlos. Pero eso no significa que sean bienvenidos.

Daniel intercambió una mirada con Ethan, que se mantenía más callado de lo habitual. El hombre que tenían delante no actuaba como alguien que improvisaba. Esto estaba planeado, desde las barricadas hasta la advertencia escrita en la pared, desde la fogata apagada hasta el disparo lejano, todo era una estrategia.

Nathan se mantuvo firme.

—No queremos problemas, solo necesitamos saber quiénes son.

El hombre los miró con diversión.

—No es de mi interés dar explicaciones.

El hombre no pareció inmutarse.

—Solo hay dos opciones. Se dan la vuelta y desaparecen, o nosotros tomamos la decisión por ustedes.

Nathan apretó la mandíbula.

—¿Esto es su territorio?

El hombre inclinó la cabeza.

—Digamos que tenemos el control de lo que pasa aquí.

Daniel notó que había otros en las sombras, observándolos desde la distancia, pero no hicieron movimientos bruscos. No estaban esperando atacar, solo asegurándose de que la conversación siguiera su curso, entonces, uno de ellos habló.

—No queremos repetir lo de la doctora Vargas

La frase llegó con el peso de algo que Daniel no esperaba escuchar.

Su mente se congeló por un segundo. ¿La doctora Vargas?

Miró al hombre con una expresión confusa.

—¿Qué dijiste?

El otro hombre, un sujeto más joven con el rostro cubierto por una bufanda negra, lo miró con una mezcla de sospecha y sorpresa.

—Dije que no queremos repetir lo de la doctora Vargas

Daniel sintió su estómago encogerse, no podía ser una coincidencia.

Antes de que pudiera preguntar más, el primer hombre levantó una mano, silenciando a su compañero.

—No son preguntas que debas hacer.

Daniel apretó los dientes, esto no era solo una expedición, esto estaba conectado con su madre, pero antes de que pudiera insistir, el hombre volvió a hablar.

—Se les ha dado una advertencia. No regresen.

Nathan mantuvo la mirada firme.

—¿Y si lo hacemos?

El hombre sonrió, pero no había calidez en su expresión.

—Entonces ya no hablaremos.

El mensaje era claro, Nathan entendió que no iban a conseguir más información.

—Nos vamos.

Sin bajar la guardia, el grupo empezó a retroceder.

Daniel quería seguir presionando, quería preguntar, quería exigir respuestas, pero sabía que no era el momento.

No cuando sus vidas dependían de no cometer un error.

Cuando el grupo de Nathan se alejó lo suficiente, el hombre se quedó observándolos, asegurándose de que se marcharan.

No dispararon. No los persiguieron. Porque no era necesario.

Ya habían dejado claro quién tenía el control.

Mientras caminaban de regreso, Daniel sintió que lo que habían descubierto era más grande que solo un territorio prohibido.

Ethan, que había permanecido en silencio, finalmente habló.

—Esto no es solo sobre ellos.

Daniel asintió.

—No. Esto es sobre algo más, y tengo que averiguar que es.

El camino de regreso al asentamiento no se parecía en nada al de ida. Si antes habían salido con la intención de explorar, ahora volvían con la certeza de que ya no eran los únicos en la zona. Y lo peor de todo, Daniel había escuchado el nombre de su madre salir de la boca de un desconocido.

Doctora Vargas.

Ese nombre se repetía en su cabeza, como un eco que no podía ignorar.

La marcha era silenciosa, cada uno sumido en sus propios pensamientos. Los únicos sonidos eran el crujir de sus botas sobre el asfalto y el viento que arrastraba polvo y hojas secas entre los escombros.

Finalmente, Ethan fue el primero en romper el silencio.

—Lo viste, ¿no? No estaban improvisando. Es una comunidad organizada.

Daniel asintió sin mirarlo.

—Sí.

—Y nos dejaron ir.

Daniel frunció el ceño.

—Nos dieron una advertencia.

Ethan soltó un resoplido.

—Exacto. Y la próxima vez no hablarán.

Jonas, que iba unos pasos adelante, miró por encima del hombro.

—¿Crees que nos atacarán?

—No lo sé —respondió Nathan, con la mirada fija en el horizonte—. Pero lo que sí sé es que no van a ignorarnos.

Daniel apretó el paso y finalmente habló.

—Uno de ellos mencionó a la Doctora Vargas.

Ethan se detuvo en seco y lo miró fijamente.

—¿Qué?

Daniel asintió.

—No puede ser una coincidencia.

—¿Y qué significa eso? —preguntó Ethan, su tono ahora más serio.

—No lo sé. Pero si realmente es mi madre… ¿qué está haciendo con ellos?

Ethan pasó una mano por su cara, claramente incómodo con lo que acababa de escuchar.

—Esto se está volviendo más raro de lo que pensaba.

Nathan, que había estado escuchando en silencio, se acercó.

—Dijiste que mencionaron a la Doctora Vargas. ¿Estás seguro?

—Sí —afirmó Daniel—. No fue un comentario al azar. La conocían.

Nathan intercambió una mirada con Sophia y Jonas antes de hablar.

—Entonces tenemos un problema más grande del que creíamos.

Siguieron caminando hasta que las puertas del asentamiento aparecieron en la distancia.

Cuando cruzaron la entrada, Robert Chase ya estaba esperándolos.

—¿Qué encontraron?

Nathan se acercó y le entregó un informe rápido.

—No están improvisando. Tienen territorio marcado, puestos de vigilancia y disciplina militar. No son saqueadores.

Robert no reaccionó de inmediato.

—¿Y su intención?

Nathan negó con la cabeza.

—No lo sabemos. Pero nos dejaron ir con una advertencia.

Daniel se quedó atrás, observando la escena, sabía que había más detrás de esta historia, y sabía que, tarde o temprano, iba a necesitar respuestas.

El asentamiento estaba más silencioso de lo habitual.

Después del informe de Nathan, Robert había ordenado una reunión con los miembros clave del asentamiento. No era algo que hicieran a menudo, y eso solo aumentaba la tensión en el aire. Todos sabían que lo que habían descubierto no podía ser ignorado.

Daniel no había dicho nada desde que regresaron, no podía dejar de pensar en la Doctora Vargas.

El nombre de su madre había salido de la boca de un desconocido, de alguien que, claramente, sabía quién era y qué representaba. Eso no era una coincidencia, pero no podía hablar de eso. No todavía.

Se sentó en un rincón del almacén principal, donde se llevaba a cabo la reunión, con la espalda apoyada contra la pared. Ethan estaba a su lado, más serio de lo que solía estar.

—Esto no va a terminar bien —susurró Ethan.

Daniel no respondió.

Mark, Sarah, Sophia, Jonas y los otros miembros importantes del asentamiento estaban reunidos frente a Robert y Nathan, que discutían en voz baja antes de empezar. Finalmente, Robert alzó la mirada y habló con firmeza.

—No hay una decisión inmediata que tomar, pero no podemos actuar como si esto no hubiera pasado.

Sarah frunció el ceño.

—¿Estamos seguros de que esta gente representa una amenaza?

—No nos atacaron —dijo Mark, mesuradamente—. Si realmente fueran un peligro, habrían acabado con nosotros cuando tuvieron la oportunidad.

Sophia se cruzó de brazos.

—Nos dieron una advertencia, Mark. No nos atacaron porque no fue necesario.

—Tal vez solo quieren que los dejemos en paz —insistió Mark.

—O tal vez nos dejaron ir para vigilarnos mejor —dijo Jonas.

Un silencio tenso se apoderó del grupo.

—No podemos ignorarlos —dijo Nathan, con los ojos fijos en Robert—. Sabemos que están organizados, que tienen recursos y que están protegiendo su territorio.

—¿Qué tan bien armados están? —preguntó Sophia.

—Suficiente para que no queramos probar suerte sin prepararnos —respondió Nathan.

Robert inhaló profundamente.

—Por ahora, reforzaremos la vigilancia y evitaremos nuevas expediciones hacia esa zona. No buscamos una guerra, pero tampoco podemos permitir que nos tomen desprevenidos.

Nadie discutió.

Daniel sintió que la conversación giraba en torno a una sola preocupación: ¿cuándo atacarían?, pero para él, la pregunta era otra. ¿Por qué su madre estaba relacionada con ellos?

Ethan, que hasta ese momento había estado en silencio, lo miró con curiosidad.

—Desde que mencionaron a esa doctora, no has dicho una palabra.

Daniel mantuvo la mirada en el suelo.

—Necesito saber más.

Ethan suspiró.

—Si realmente es tu madre… significa que sigue viva.

Daniel apretó los puños.

—Y significa que no tengo opción.

Ethan asintió lentamente.

—Entonces averigüemos.

La reunión continuaba, pero para Daniel, la decisión ya estaba tomada, no podía esperar a que las respuestas llegaran, iba a buscarlas él mismo.

El asentamiento se había sumido en un silencio espeso tras la reunión.

Robert había dado su veredicto, Nathan y Sophia lo habían aceptado, y todos habían vuelto a sus rutinas, pero Daniel no podía sacarse de la cabeza lo que había escuchado. La Doctora Vargas. Su madre.

No podía dejarlo pasar.

Se quedó sentado en la oscuridad de la habitación asignada a los recién llegados, con la espalda apoyada contra la pared, sintiendo el peso de la noche a su alrededor.

Ethan estaba cerca, tumbado sobre su colchón, pero no dormía.

—Dime qué estás pensando —murmuró sin abrir los ojos.

Daniel exhaló.

—Necesito respuestas.

Ethan giró la cabeza y lo miró con cautela.

—Lo sé. Pero no podemos simplemente salir a buscarlas sin más.

Daniel apoyó los codos sobre las rodillas y enterró el rostro en las manos por un segundo antes de levantar la vista.

—Alguien aquí sabe más de lo que nos han dicho.

Ethan se incorporó lentamente.

—¿Y quién, exactamente?

Daniel pensó en los que habían estado en la reunión. Robert, Nathan, Sophia… Olivia.

—Olivia —dijo en voz baja.

Ethan ladeó la cabeza.

—¿Por qué ella?

—Porque es la única que nunca parece sorprendida por nada.

Ethan sonrió levemente.

—Buen punto.

Ambos se quedaron en silencio por un instante.

—No podemos preguntarle directamente —dijo Ethan—. Si sabe algo, no nos lo va a decir solo porque lo pidamos.

Daniel asintió.

—Necesitamos otra forma de averiguarlo.

—¿Registros?

Daniel lo pensó.

—Si hay información sobre ella, debería estar en algún lado.

Ethan suspiró y se pasó una mano por la cara.

—Dios, me estoy metiendo en otro lío contigo, ¿verdad?

Daniel sonrió.

—Sí.

Ethan negó con la cabeza.

—Bien. Hagámoslo bien, entonces.

No podían moverse aún ni podían actuar de inmediato, pero el primer paso estaba dado.

Iban a encontrar la verdad, costara lo que costara.

Capítulo 16 - Espiando en la oscuridad

El asentamiento estaba en calma, pero Daniel y Ethan no podían dormir.

Desde la reunión con Robert y Nathan, Daniel había sentido que todo el asentamiento se había vuelto más pequeño, como si cada sombra ocultara una verdad que no estaban dispuestos a revelar. La Doctora Vargas, ese nombre resonaba en su cabeza una y otra vez, una prueba de que ella seguía viva y que estaba del otro lado de esta historia.

Pero ¿cómo encontrar respuestas sin levantar sospechas?

Ethan lo miró desde su colchón.

—No vamos a esperar, ¿verdad?

Daniel negó con la cabeza.

—Si dejamos que pase el tiempo, perderemos la oportunidad.

Ethan suspiró y se levantó lentamente.

—Bien. ¿Dónde empezamos?

Daniel había estado pensando en eso. Si el asentamiento tenía información sobre la comunidad de su madre, tenía que estar en algún lado.

—Los registros —dijo en voz baja—. Robert y Nathan deben tener algo.

—¿Y cómo piensas conseguirlo?

Daniel miró hacia la puerta.

—Entrando.

Ethan lo observó con escepticismo, pero luego sonrió.

—Bueno, al menos la vida aquí no se está volviendo aburrida.

Esperaron hasta que el asentamiento quedó completamente en silencio. La mayoría de los residentes dormía, las patrullas nocturnas se movían en intervalos predecibles y solo algunos vigías se mantenían en alerta en las torres de vigilancia.

Se deslizaron entre las sombras, manteniéndose pegados a las paredes, cada paso era un riesgo, cada sonido podía delatarlos.

Cuando llegaron al edificio principal donde Robert y Nathan manejaban la administración del asentamiento, Daniel sintió la adrenalina recorrerle la espalda.

Ethan revisó la puerta.

—Cerrada.

Daniel esperaba eso. Miró alrededor hasta encontrar una ventana ligeramente abierta en el costado del edificio.

—Por aquí.

Ethan negó con la cabeza.

—No sé cómo siempre terminamos haciendo esto.

Pero lo siguió.

Una vez dentro, se movieron con rapidez, sabían que no podían quedarse demasiado tiempo.

Daniel revisó los archivos en una mesa. Papeles desordenados, registros de patrullas, reportes sobre recursos… hasta que encontró algo diferente.

Un mapa.

Había varias rutas marcadas en él, pero una en particular le llamó la atención. Una que llevaba fuera de la ciudad, con un nombre escrito a un costado. “Doctora Vargas.”

Daniel sintió un nudo en el estómago.

—La tienen localizada —susurró.

Ethan miró sobre su hombro y frunció el ceño.

—Esto significa que saben más de lo que han dicho.

Antes de que pudieran seguir revisando, un ruido los alertó, pasos, alguien se acercaba.

Ethan reaccionó de inmediato.

—Hora de largarnos.

No tuvieron opción. Dejaron los papeles como estaban y salieron por donde entraron, moviéndose entre las sombras. Cuando llegaron a su habitación, Daniel sintió que su respiración seguía acelerada.

Ethan lo miró con seriedad.

—Esto es más grande de lo que pensábamos.

Daniel sostuvo el mapa entre sus manos, su mente procesando lo que acababan de encontrar.

—No hay vuelta atrás.

Ahora solo quedaba decidir qué hacer con la información.

El mapa aún pesaba en las manos de Daniel cuando él y Ethan regresaron a su habitación, se aseguraron de que nadie los viera al entrar, cerraron la puerta con cautela y se quedaron en silencio, escuchando los sonidos del asentamiento dormido.

No había pasos apresurados, ni alarmas, ni señales de que alguien los hubiera descubierto, pero eso no significaba que estaban a salvo.

Daniel se sentó en su rincón y desenrolló el papel con cuidado. La ruta marcada en el mapa era clara. Un camino que salía de la ciudad y se dirigía a un punto desconocido. Y al lado, escrito con una caligrafía rápida, el nombre de su madre.

Ethan se dejó caer en su lado con un suspiro.

—Dime que no estás pensando en ir directo a Robert con esto.

Daniel no respondió de inmediato.

Ethan lo miró fijamente.

—Tenemos que pensar bien qué hacemos.

—¿Y qué propones? ¿Sentarnos sobre esto y esperar a que alguien más lo descubra?

Ethan negó con la cabeza.

—No. Pero si nos equivocamos y hablamos con la persona equivocada, podríamos meternos en un problema serio.

Daniel sabía que tenía razón. Robert, Nathan, Sophia… alguien en este asentamiento sabía más de lo que decía.

—Olivia —murmuró.

Ethan alzó una ceja.

—¿Crees que podemos confiar en ella?

—No lo sé. Pero si alguien en este lugar guarda secretos, ella tiene que estar en la lista.

Ethan resopló.

—Eso no significa que vaya a contarnos algo.

—No. Pero puedo intentarlo.

Ethan se frotó la cara y se sentó más erguido.

—Bien. Hagámoslo paso a paso. No vamos a tirarnos de cabeza. Primero, observamos.

Daniel frunció el ceño.

—¿Observar qué?

—Si hay alguien más pendiente de esto.

Daniel sintió que el comentario de Ethan no era solo paranoia.

¿Realmente estaban solos en su búsqueda?

Durante el resto del día, Daniel intentó seguir con su rutina como si nada. Patrulló, habló con los demás, pero su atención estaba en otra parte. Se fijó en Nathan y en Robert. Ninguno parecía actuar de forma diferente, pero eso no significaba que no estuvieran ocultando algo.

Cuando encontró a Olivia en la zona de almacenamiento, decidió acercarse con cautela.

—¿Descansaste después de la reunión? —preguntó casualmente.

Olivia le dedicó una mirada rápida.

—No soy de las que duermen bien cuando hay demasiadas preguntas en el aire.

Daniel se cruzó de brazos.

—¿Sobre la otra comunidad o sobre lo que sabemos y no decimos?

Olivia esbozó una media sonrisa.

—¿Y qué crees que es más peligroso?

Antes de que pudiera responder, escucharon un ruido detrás de ellos.

Un golpe leve, como si algo se hubiera movido en la esquina del almacén.

Daniel se giró de inmediato.

No vio a nadie, pero la sensación de que alguien estaba escuchando se quedó con él.

Olivia recogió una caja y la acomodó en la estantería sin inmutarse.

—Ten cuidado con lo que buscas, Daniel. A veces las respuestas no son lo que queremos escuchar.

Daniel sintió un escalofrío, no sabía si Olivia le estaba dando un consejo… o una advertencia.

Pero una cosa estaba clara, no estaban solos en esto, y alguien más ya estaba prestando atención.

La sensación de ser observado no desapareció. Desde que escucharon aquel ruido en el almacén, Daniel sintió que algo había cambiado en el asentamiento, no era una amenaza abierta, no había miradas evidentes ni movimientos sospechosos, pero el aire estaba cargado de algo más sutil: la certeza de que ya no eran los únicos buscando información.

Ethan también lo había notado.

—No sé si es paranoia o si realmente alguien nos está siguiendo —susurró mientras caminaban por la zona de almacenamiento.

Daniel fingió revisar unas cajas de suministros mientras hablaban en voz baja.

—No es paranoia. Hay alguien más detrás de esto.

Ethan miró alrededor con disimulo.

—Lo peor es que no sabemos quién.

Desde la distancia, vio a Robert hablando con Nathan. Nada en su lenguaje corporal indicaba que supieran que ellos estaban investigando.

Sophia revisaba su rifle mientras conversaba con Derek.

Olivia estaba de pie cerca de la zona de distribución, aparentemente concentrada en una conversación con Emily.

Daniel meditó, si alguien estaba vigilándolos, era alguien que sabía moverse sin ser detectado.

—Necesitamos una forma de averiguarlo —dijo Ethan.

Daniel asintió.

—Y rápido.

Ethan observó el asentamiento en silencio durante un momento.

—¿Y si Olivia ya lo sabe?

Daniel pensó en ello. Olivia nunca parecía sorprendida por nada. Si alguien más estaba husmeando, probablemente ya lo había notado.

Decidió arriesgarse.

Esa misma noche, cuando el asentamiento se calmó, Daniel se acercó a Olivia en la zona de descanso.

—Dime la verdad —dijo sin rodeos.

Olivia lo miró con curiosidad.

—¿Sobre qué?

—Alguien más está buscando lo mismo que nosotros, ¿verdad?

Olivia sostuvo su mirada durante un segundo antes de responder.

—No eres el único con preguntas, Daniel.

Daniel sintió que la respiración se le aceleraba.

—¿Quién más?

Olivia sonrió, pero no respondió.

—Ten cuidado con lo que buscas.

Daniel frunció el ceño.

—Eso ya me lo dijiste.

—Y lo digo en serio.

Daniel supo que no sacaría más información de ella esa noche.

Cuando volvió con Ethan, su amigo lo estaba esperando con los brazos cruzados.

—¿Y bien?

Daniel se sentó con pesadez.

—No estamos solos en esto.

Ethan asintió lentamente.

—Entonces hay que moverse antes que los demás.

El asentamiento ya no se sentía tan seguro como antes.

Ahora, la búsqueda de la verdad no solo era una cuestión de descubrir respuestas.

También se había convertido en una carrera contra el tiempo.

La noche había caído sobre el asentamiento, pero el sueño no llegaba para Daniel ni para Ethan.

Ambos estaban en su habitación, sentados en silencio mientras la luz tenue de la luna se filtraba por una pequeña abertura en la pared. Habían pasado días tratando de recopilar información sin levantar sospechas, pero sabían que no podían seguir así para siempre.

Daniel miró el mapa que aún tenía en sus manos. El nombre de su madre estaba allí, una prueba de que la otra comunidad sabía exactamente quién era y dónde estaba.

Ethan suspiró y se pasó una mano por el cabello.

—Tenemos que decidir qué hacer con esto.

Daniel asintió.

—No podemos seguir esperando.

Ethan se inclinó hacia adelante, con los codos apoyados en las rodillas.

—¿Sigues pensando en irte?

Daniel no respondió de inmediato.

—No lo sé.

—No podemos simplemente salir y esperar que todo salga bien —dijo Ethan—. Si nos vamos sin un plan, podríamos terminar en peor situación.

Daniel sabía que tenía razón, pero la idea de quedarse sin hacer nada lo carcomía.

—Si nos quedamos, también corremos un riesgo —dijo con voz baja—. Alguien más en el asentamiento está investigando lo mismo que nosotros.

Ethan asintió con seriedad.

—Y no sabemos si es amigo o enemigo.

La conversación quedó en el aire hasta que un sonido afuera los alertó.

Daniel se tensó. No era un ruido normal.

Ethan se puso de pie de inmediato y caminó hasta la puerta, abriéndola lentamente para asomarse. Nada, pero cuando Daniel salió detrás de él, escucharon algo más.

Voces, lejanas, pero lo suficientemente cerca como para poder enterarse.

—Espera —susurró Daniel.

Se movieron con sigilo, siguiendo el sonido, las voces venían de la zona donde Robert y Nathan solían reunirse. No eran conversaciones de rutina.

Se quedaron en las sombras, escuchando.

—¿Estás seguro? —preguntó una voz que reconocieron como la de Nathan.

—Absolutamente —respondió otra voz—. Han estado husmeando.

Daniel sintió que su estómago se hundía.

—¿Y qué hacemos?

Un silencio tenso.

—Aún no.

Daniel intercambió una mirada con Ethan.

—Nos descubrieron —susurró Ethan.

Daniel sintió un nudo en la garganta, no podían quedarse más tiempo.

Habían cruzado la línea y ahora el asentamiento no era seguro.

Ethan se giró hacia él con expresión grave.

—Tenemos que prepararnos.

Daniel asintió, la decisión estaba tomada, no podían seguir esperando.

Era hora de actuar.

Capítulo 17 - Seis meses después

Seis meses de trabajos forzados. Seis meses sin hablar abiertamente sobre lo que sabían. Pero ahora, por fin, estaban fuera.

Daniel se detuvo en la torre de vigilancia, observando el horizonte con los brazos apoyados en la barandilla de metal oxidado. Desde ahí, el mundo seguía pareciendo un lugar hostil, aunque el asentamiento había logrado mantenerse en pie.

Seis meses atrás, él y Ethan habían sido descubiertos husmeando en los registros del asentamiento. Desde entonces, su vida cambió por completo.

El castigo había sido claro: trabajos forzados. No fueron expulsados, pero tampoco se les permitió seguir con sus tareas habituales. Fueron relegados a los trabajos más duros del asentamiento: matar Hundidos en las afueras, limpiar los desperdicios de la comunidad, cargar suministros pesados, cualquier tarea que demostrara que aún eran útiles, pero bajo constante vigilancia.

Daniel apretó los labios.

Había pasado mucho tiempo desde que pudo moverse con libertad dentro del asentamiento.

Ahora, esa libertad había vuelto. Pero sabía que la confianza en él y Ethan no era total.

El asentamiento había cambiado en estos meses.

La tensión con la otra comunidad había crecido. No había estallado una guerra abierta, pero habían ocurrido incidentes. Algunas expediciones fueron interceptadas. Hubo desapariciones. Los recursos estaban disminuyendo.

La sensación de estabilidad se volvía más frágil cada día.

—Pensativo otra vez —dijo una voz detrás de él.

Daniel sonrió levemente antes de girarse.

Sophia lo miraba con los brazos cruzados, apoyada contra la estructura de la torre. En estos meses, su relación había cambiado.

Lo que comenzó como un trabajo en equipo durante las patrullas se convirtió en algo más. Algo que, a pesar del mundo en el que vivían, se sentía real.

—Siempre estoy pensativo —respondió él.

—No es bueno pensarlo todo demasiado.

Daniel la miró a los ojos.

—¿Y qué propones?

Sophia se acercó y lo besó con suavidad.

—Que vivas el presente, por una vez.

Daniel cerró los ojos por un momento. No respondió. No hacía falta.

A lo lejos, el asentamiento seguía funcionando.

Las patrullas vigilaban, las expediciones se preparaban, y en algún lugar dentro de esas murallas, Ethan y Emily seguramente estaban en la misma conversación de siempre, pero Daniel ya sabía que, por mucho que hubiera cambiado su vida en estos meses, su objetivo no había desaparecido.

Su madre seguía allá afuera, y tarde o temprano, tendría que seguir buscándola.

Daniel dejó la zona de patrulla y se dirigió hacia el almacén, donde sabía que encontraría a Ethan y Emily. Desde que volvieron a tener libertad dentro del asentamiento, habían tratado de recuperar su lugar, pero la sombra de lo ocurrido seis meses atrás seguía pesando sobre ellos.

Entró en el almacén y vio a Ethan apoyado contra una mesa de madera, revisando una lista de suministros con expresión seria. Emily le pasaba datos de la última expedición mientras anotaba

en una libreta gastada.

—Espero que no estés esperando buenas noticias —dijo Ethan sin apartar la vista de la lista.

Emily negó con la cabeza y cerró la libreta con un golpe seco.

—Cada vez traemos menos y gastamos más.

—¿Han dicho algo Robert o Nathan? —preguntó Daniel, adelantándose un paso.

—No oficialmente —respondió Emily—. Pero he escuchado que están considerando cerrar las expediciones más lejanas.

Ethan resopló.

—Genial. Menos exploraciones, menos comida, menos opciones.

Daniel miró a su alrededor. El asentamiento seguía funcionando, pero la sensación de estabilidad era más frágil que nunca. En las últimas semanas, las patrullas volvían con más informes de emboscadas en las rutas, señales de advertencia dejadas por la otra comunidad y desapariciones que nadie quería discutir abiertamente.

—Si siguen bloqueándonos las rutas —dijo Daniel—, van a estrangular este asentamiento sin necesidad de un solo disparo.

Ethan cruzó los brazos.

—Es lo que haría yo si quisiera deshacerme de un grupo sin perder recursos.

Emily frunció el ceño.

—¿Y cuál es la solución?

—La solución es salir de aquí antes de que nos quedemos sin opciones —dijo Ethan.

Daniel se giró hacia él.

—¿Estás diciendo que debemos irnos?

Ethan negó con la cabeza.

—Estoy diciendo que tenemos que hacer algo antes de que nos lo impongan.

Emily los miró con cautela.

—Tengan cuidado con lo que dicen. Hay gente aquí que ya los ve como un problema.

Daniel se quedó en silencio por un momento. No podían quedarse de brazos cruzados, pero tampoco podían actuar sin pensar.

Entonces, una idea se formó en su cabeza.

—Necesitamos información. No solo sobre la otra comunidad, sino sobre lo que Robert y Nathan realmente planean.

Ethan lo miró con interés.

—¿Y cómo propones conseguirla sin que nos maten en el intento?

Daniel miró a Emily.

—Tú tienes acceso a más información que nosotros.

Emily se tensó.

—Eso no significa que pueda compartirlo.

—No queremos poner a nadie en peligro —dijo Daniel—. Solo queremos saber en qué punto estamos antes de que sea demasiado tarde.

Emily suspiró y pasó una mano por su cabello.

—Déjenme ver qué puedo averiguar. Pero si me descubren, no esperen que los cubra.

Ethan sonrió de lado.

—No lo haríamos.

Daniel sintió que la conversación había cambiado algo. Por primera vez en meses, estaban dando un paso adelante en lugar de simplemente reaccionar.

Pero sabían que esto solo era el comienzo.

La noche en el asentamiento era tranquila, pero Daniel sabía que era una calma engañosa.

Desde su conversación con Emily, sentía que el tiempo se estaba agotando. La situación en el asentamiento se volvía más inestable con cada día que pasaba. Las expediciones traían menos suministros, los enfrentamientos con la otra comunidad se volvían más frecuentes, y Robert y Nathan estaban moviéndose en silencio.

Demasiados cambios, demasiados indicios de que algo estaba a punto de romperse.

Ethan se sentó en la cama y pasó una mano por su cara con cansancio.

—No podemos seguir esperando.

Daniel asintió.

—Emily nos ayudará, pero no podemos depender solo de ella.

Ethan apoyó los codos en las rodillas.

—Necesitamos averiguar qué están planeando Robert y Nathan. Si se preparan para la guerra, lo sabremos antes de que pase.

—Mi prioridad sigue siendo encontrarla.

Ethan exhaló.

—Lo sé. Pero si esta comunidad entra en guerra, nos arrastrará con ella.

El peso de esas palabras se quedó en el aire, Daniel lo sabía pero podrían investigar ni moverse con libertad si el asentamiento se volvía un campo de batalla. Antes de que pudieran continuar, alguien golpeó la puerta con suavidad.

Daniel se tensó.

Ethan se puso de pie, llevando la mano a su cuchillo antes de abrir con cautela.

Era Emily.

Cerró la puerta tras de sí y se cruzó de brazos.

—Tengo algo.

Daniel se incorporó de inmediato.

—¿Qué encontraste?

Emily sacó un papel doblado de su bolsillo y se lo entregó.

Daniel lo desdobló y vio una lista de nombres, entre ellos, en la parte superior, estaba Doctora Vargas.

Ethan se acercó y miró el papel con el ceño fruncido.

—¿Qué es esto?

—Un documento de las primeras semanas del asentamiento —susurró Emily—. Cuando Robert y Nathan empezaron a organizar todo, hicieron una lista de personas que consideraban valiosas.

Daniel pasó la vista por los nombres. Algunos los reconocía, pero otros no.

—¿Qué significa esto?

Emily tomó aire.

—Significa que desde el principio sabían que tu madre estaba viva.

Daniel sintió el mundo tambalearse, no solo era una sospecha, Robert y Nathan lo habían sabido todo este tiempo.

Ethan miró a Daniel.

—Esto cambia todo.

Emily se cruzó de brazos.

—Si van a hacer algo, háganlo pronto. No creo que tengamos mucho tiempo antes de que todo explote.

Daniel cerró los ojos por un instante, la decisión ya estaba tomada y no podían esperar más.

Desde que habían encontrado la lista con el nombre de la Doctora Vargas, Daniel no había podido dejar de pensar en lo que significaba. Su madre seguía viva. Robert y Nathan lo habían sabido todo este tiempo y nunca lo mencionaron.

La pregunta no era por qué lo ocultaron, sino cuál era su verdadero papel en todo esto.

Ethan estaba sentado en la cama, revisando el mapa que Daniel había guardado.

—Si nos quedamos quietos, nos van a ganar la partida —murmuró.

Daniel se frotó la cara con las manos.

—Lo sé.

Ethan levantó la vista y lo miró fijamente.

—Entonces dime qué hacemos.

Daniel respiró hondo y miró hacia la puerta, asegurándose de que nadie estuviera cerca antes de hablar.

—Necesitamos salir. Pero no podemos hacerlo sin un plan.

Ethan apoyó los codos en las rodillas y se pasó las manos por la cara.

—No podemos simplemente desaparecer.

—Exacto —asintió Daniel—. Tenemos que hacer que parezca que formamos parte de una expedición.

Antes de que pudieran seguir discutiendo, la puerta se abrió sin previo aviso.

Sophia entró y cerró detrás de ella, con los brazos cruzados y una expresión severa.

—¿Qué están tramando?

Ethan miró a Daniel con fastidio.

—Genial. Ya nos descubrieron.

—No han descubierto nada —dijo Sophia—, pero los conozco lo suficiente para saber que algo se traen entre manos.

Daniel miró a Ethan antes de responder.

—No podemos quedarnos aquí para ver qué pasa cuando esto se desmorone.

Sophia los observó en silencio durante un largo momento antes de hablar.

—Si piensan hacer algo, háganlo rápido. Robert y Nathan están reuniendo a la gente de seguridad. Algo está pasando.

Daniel sintió un escalofrío.

Emily entró detrás de Sophia, con la misma expresión de preocupación.

—La patrulla nocturna está más activa de lo normal. Están organizando algo.

Ethan se puso de pie de inmediato.

—Eso significa que el tiempo se nos acabó.

Daniel tomó aire y miró a los demás.

—Nos vamos.

Esta vez no había dudas, no iban a esperar a ver qué pasaba con el asentamiento.

Había llegado el momento de actuar.

Capítulo 18 – Sombras en el almacén

El asentamiento se estaba desmoronando poco a poco. No por un ataque directo, no por un evento catastrófico, sino por algo más lento, más silencioso: el hambre.

Cada día era más evidente en las caras de la gente. Los ojos hundidos, los cuerpos más delgados, las discusiones más frecuentes. Un asentamiento podía sobrevivir a un ataque, pero no podía resistir indefinidamente sin comida.

Por eso, cuando Nathan y Robert convocaron a todos en la sala de planificación, se sintió diferente a otras reuniones. Esta vez no era una discusión sobre el futuro. Era sobre la supervivencia inmediata.

Nathan extendió un mapa sobre la mesa de madera, con marcas en las áreas que ya habían explorado.

—Esto no es sostenible —dijo, su voz dura como siempre—. Nos quedan pocas opciones.

Robert señaló una zona en el mapa, un sector industrial en las afueras de la ciudad.

—Un almacén logístico. Antes del colapso, surtía supermercados y tiendas en toda la región. Es el único sitio que aún no hemos tocado.

El silencio en la sala se sintió como un golpe seco.

—Si es tan importante, ¿por qué nadie ha ido antes? —preguntó Ethan, con los brazos cruzados.

Nathan lo miró fijamente.

—Porque está lejos, porque no sabemos en qué estado está y porque, si alguien más lo descubrió antes que nosotros, puede que ya no quede nada.

Daniel observó la marca en el mapa. Era una apuesta. Una última carta que, si salía mal, significaría el principio del fin para todos.

—No estamos diciendo que vayamos a saquearlo hoy mismo —intervino Robert—. Solo queremos asegurarnos de que el camino es seguro y de que realmente hay provisiones ahí dentro.

—Y si lo está, organizamos una expedición grande y lo vaciamos —agregó Nathan.

Sarah y Mark asintieron, sin decir nada.

—¿Quién va? —preguntó alguien en el fondo.

Robert no dudó.

—Mark, Sarah, Daniel, Sophia y Emily.

Daniel sintió la tensión en el aire, la presión en los hombros de los seleccionados.

—Salimos en una hora —dijo Nathan—. Descansen, si pueden.

El camino hacia el almacén fue largo y silencioso. Las carreteras estaban inquietantemente desiertas, como si algo hubiera vaciado el planeta de todo rastro de vida.

Daniel caminaba junto a Sophia, pero ella estaba extrañamente callada. Normalmente, cuando salían juntos, compartían comentarios en voz baja, observaban su entorno, se aseguraban de que ambos estaban bien.

Pero esta vez, Sophia tenía el rostro tenso y la mirada perdida.

—No has abierto la boca en todo el camino —murmuró Daniel.

Sophia apretó los labios.

—Porque no sé cómo hacerlo.

Daniel frunció el ceño.

—¿Cómo hacer qué?

Ella se detuvo, el resto del grupo siguió avanzando unos metros, sin notar que se habían quedado atrás.

Sophia respiró hondo.

—Estoy embarazada.

Daniel sintió como si el mundo se detuviera. Las palabras no parecían encajar con la realidad que los rodeaba.

—¿Qué…?

Sophia bajó la mirada.

—Lo supe hace unos días. No quería decírtelo en este momento, pero… no podía seguir

guardándolo.

Daniel sintió un nudo en la garganta. No en este mundo. No ahora.

—¿Estás segura?

Ella asintió lentamente.

—Sí.

Daniel se pasó una mano por el rostro, tratando de pensar. Su mente se llenó de pensamientos desordenados: comida, seguridad, los Hundidos, el asentamiento al borde del colapso…

Sophia lo miró con una expresión amarga.

—No sé qué esperas que diga, pero ya está hecho.

Daniel cerró los ojos un segundo, tratando de procesarlo.

—No puedo prometerte que esto vaya a ser fácil —murmuró al fin.

Sophia esbozó una sonrisa triste.

—Nunca pensé que lo fuera.

Daniel inspiró hondo.

—Entonces encontraremos la forma de hacerlo funcionar.

Sophia lo miró, sorprendida.

—¿Eso crees?

Daniel sintió el peso de sus propias palabras. No sabía si era cierto. Pero no podía dejar que el miedo lo paralizara.

—Lo vamos a intentar.

Sophia le apretó la mano un segundo antes de que volvieran a caminar.

Pero dentro de él, Daniel sentía el miedo crecer.

El almacén logístico se alzaba frente a ellos como un monstruo dormido.

La entrada estaba cerrada con una gran puerta metálica oxidada, pero no parecía haber sido forzada. Solo bloqueada por el tiempo y la falta de mantenimiento.

—Nos aseguramos de que es seguro y volvemos —recordó Mark.

El problema fue abrir la puerta. No tenían llaves ni forma de hacerlo sin ruido. Los golpes de la palanca contra el metal retumbaban en el aire como disparos.

—Si algo está aquí dentro, lo sabrá en segundos —murmuró Daniel

Finalmente, la cerradura cedió y la puerta se abrió con un chirrido metálico.

Dentro, el almacén era una caverna de sombras y metal.

Estanterías inmensas, palets apilados, cajas sin abrir. Y en todas ellas…

—Dios… —susurró Emily.

Comida.

Montones de conservas, arroz, pasta, productos no perecederos. Más de lo que habían visto en

meses.

—Si conseguimos sacar esto… —empezó Sarah, pero se quedó en silencio.

Porque entonces lo escucharon, un sonido húmedo, un arrastre lento.

Daniel giró la linterna hacia la entrada.

Los Hundidos estaban entrando.

—¡Mierda! —gritó Mark, levantando su rifle.

Pero lo peor vino después.

Uno de los camiones dentro del almacén se movió.

Y luego otro.

Los portones traseros se abrieron y una marea de cuerpos putrefactos cayó al suelo con un estruendo sordo.

El caos estalló.

Emily disparó, pero no había munición suficiente para acabar con todos.

Daniel sintió la desesperación en cada disparo, en cada gruñido.

Vio a Sophia y Emily atrapadas entre las estanterías, rodeadas.

Solo podía salvar a una.

Corrió hacia Sophia. Emily extendió la mano, con los ojos abiertos en puro terror.

Pero los Hundidos ya la habían alcanzado. Los gritos de Emily duraron solo unos segundos.

Cuando lograron salir del almacén, Sophia cayó de rodillas, jadeando.

Mark y Sarah estaban detrás, con las caras desencajadas. Daniel solo podía pensar en Emily, en sus gritos, en su mano extendida, en que, si hubieran sido más rápidos, quizás la historia habría sido diferente.

Capítulo 19 – La cuenta regresiva

El camino de vuelta se hizo eterno, no era la distancia lo que lo hacía pesado, era el silencio.

El grupo avanzaba por la carretera secundaria, flanqueada a ambos lados por un bosque denso que parecía aún más oscuro que cuando llegaron. El sol ya estaba alto, pero sus rayos apenas lograban atravesar el enmarañado techo de hojas.

Daniel miró al suelo. La carretera, aunque vieja y llena de grietas, todavía marcaba un sendero claro en mitad de la naturaleza salvaje. Era lo único que parecía real en ese momento.

Los pasos de los supervivientes resonaban sobre el asfalto, un ritmo lento y monótono que a nadie le importaba romper. El grupo estaba allí físicamente, pero sus mentes seguían atrapadas en el almacén.

La sensación de haber fracasado pesaba sobre todos.

Pero en Sophia, dolía más.

—Emily siempre estaba sonriendo.

Su voz se rompió en mitad del silencio. Nadie respondió. Pero todos la escuchaban.

—Incluso cuando las cosas iban mal —continuó—. Siempre encontraba algo de lo que reírse.

Daniel giró la cabeza hacia ella, pero no dijo nada.

Sophia no lo miraba a él, ni a nadie. Tenía la vista fija en el suelo, caminando sin realmente ver lo que tenía delante.

—Cuando llegué al asentamiento, ella fue la primera que me habló. Me enseñó a moverme por el campamento, me ayudó a encontrar un sitio donde dormir… Me defendió cuando algunos dudaban de si merecía estar aquí.

Un resoplido escapó de su garganta, casi una risa vacía.

—Siempre decía que mientras quedara alguien que supiera hacer reír a los demás, el mundo no se había ido completamente a la mierda.

Cerró los ojos un momento y tragó saliva.

—Supongo que ahora sí lo ha hecho.

El sonido de los pasos sobre la carretera siguió siendo lo único que los acompañaba. Daniel notó que algunos del grupo desviaban la mirada, tensando la mandíbula o bajando la cabeza. No porque no les importara Emily, sino porque escuchar a Sophia decirlo en voz alta hacía que todo se volviera más real.

Los árboles crujían con el viento. Pero no había pájaros. No había ruidos de pequeños animales entre los arbustos.

—Siento que nos están observando —susurró alguien detrás de Daniel.

—Nosotros también nos hemos dado cuenta —respondió Mark en voz baja, sin detenerse.

Había algo inquietante en el aire. Las sombras entre los troncos parecían moverse.

A la derecha, algo crujió entre la maleza.

Varias personas se giraron al instante con las armas listas.

Pero no vieron nada.

—Si son hundidos, no los hemos escuchado gruñir —dijo Olivia.

—Si son humanos, ya habrían disparado —añadió Sarah.

—Entonces, ¿qué mierda es? —preguntó alguien.

Nadie lo sabía. Pero tampoco podían detenerse. Siguieron avanzando.

El asentamiento apareció en la distancia.

Los vigías, al verlos acercarse, desaparecieron tras las barricadas para avisar a los demás. Segundos después, la puerta empezó a abrirse lentamente, con el sonido áspero de los tablones de madera rozando el suelo.

Ethan estaba esperando,Daniel lo vio de inmediato.

Estaba de pie, con los brazos cruzados, observando al grupo con el ceño fruncido.

Su mirada saltaba de un rostro a otro, buscando una persona en particular.

Emily.

La expresión en su rostro cambió cuando comprendió.

Su respiración se paralizó, dió un paso adelante.

—¿Dónde está?

Su voz era tensa, áspera, pero aún contenida.

Silencio.

Su mirada se clavó en Sophia.

—¿Dónde está Emily?

Nadie respondía.

Daniel sintió el peso de la responsabilidad sobre sus hombros, inspiró profundamente y dio un paso al frente.

—Ethan…

Pero no pudo seguir.

Ethan entendió antes de que Daniel pudiera decirlo en voz alta.

Su expresión pasó de preocupación a negación absoluta.

—No.

Dio un paso atrás, sacudiendo la cabeza lentamente.

—No.

Su voz se quebró, como si su garganta se cerrara con cada sílaba.

—No.

Sus puños se cerraron con tanta fuerza que las palmas de la mano empezaron a sangrarle.

—¿La dejaron ahí?

Silencio.

Daniel intentó hablar, pero las palabras se le atoraron en la garganta.

Ethan giró la cabeza hacia Sophia, buscando respuestas en ella.

Sophia intentó acercarse.

—No pudimos…

Pero Ethan ya no escuchaba.

—¿No pudiste qué?

Su voz subió de volumen, su tono pasó del dolor a la furia.

—¡No pudiste salvarla! ¿No pudiste traerla? ¡No pudiste hacer nada!

Golpeó el suelo con el puño cerrado, sin importarle que sus nudillos se abrieran por el impacto.

Sophia intentó tocarle el brazo, pero él retrocedió de inmediato.

—No… No puede ser…

Daniel dio un paso adelante, pero Ethan giró sobre sus talones y salió corriendo.

—¡Ethan! —gritó Sophia.

Pero no miró atrás.

En cuestión de segundos, desapareció entre los árboles. Robert resopló.

—Mierda.

El grupo cruzó la puerta del asentamiento en completo silencio, el eco de la madera rechinando al cerrarse detrás de ellos fue lo único que interrumpió el momento.

Algunos se acercaron al verlos regresar. Los ojos de la gente recorrieron los rostros de los que volvían, buscando respuestas sin necesidad de hacer preguntas. Pero cuando vieron la ausencia de Emily, la tensión se instaló en el aire como una nube de tormenta.

Sophia tenía la mirada perdida. Mark y Sarah se mantuvieron en la retaguardia. Olivia, con el rostro cubierto de polvo, evitaba hacer contacto visual con nadie. Daniel sintió el peso de cada mirada sobre ellos.

Ethan ya no estaba. Se había marchado sin decir nada, y nadie tenía fuerzas para ir tras él.

El murmullo de la gente comenzó a elevarse.

—¿Qué ha pasado?

—¿Dónde está Emily?

—¿Por qué vuelven sin nada?

—¿Qué ha salido mal?

La sensación de que estaban a punto de perder el control de la situación empezó a crecer. Algunos miraban a Nathan y Robert, esperando respuestas, otros miraban con recelo a los que habían ido a la expedición.

Fue Daniel quien rompió el ciclo antes de que la duda se transformara en algo peor.

—El almacén está lleno de comida.

La frase detuvo la conversación de inmediato.

Un silencio casi tan pesado como el de la marcha de regreso se apoderó del asentamiento.

—¿Qué? —preguntó uno de los habitantes del asentamiento.

Daniel tragó saliva y respiró hondo antes de responder.

—El almacén está repleto de suministros. Comida enlatada, agua embotellada, material de higiene… todo lo que necesitamos.

Las reacciones fueron inmediatas, algunos rostros reflejaban esperanza, otros, escepticismo.

Robert, que hasta ahora había permanecido en silencio con los brazos cruzados, habló con voz firme.

—¿Qué tan lleno?

Daniel lo miró.

—Suficiente para llenar tres camiones.

El murmullo volvió, pero esta vez no era de duda, sino de ansiedad contenida.

Nathan, que hasta ahora había estado observando en silencio, frunció el ceño.

—¿Y por qué regresaron con las manos vacías?

Sarah se adelantó.

—Porque está lleno de hundidos.

Las reacciones volvieron a dividirse.

Algunos bajaron la cabeza. Otros intercambiaron miradas nerviosas. Sabían lo que significaba un almacén lleno de hundidos.

Pero la comida… La comida lo cambiaba todo.

Robert miró a Nathan.

—Tenemos que ir.

Nathan asintió.

—Sí. Pero esta vez, no será una simple exploración.

El asentamiento se reunió en la plaza central, justo delante de la barricada principal. Nathan y Robert se subieron a una de las estructuras de madera para hablar con todos.

El grupo se dividió en dos facciones claras. Los que creían que ir al almacén era una locura, que la munición escaseaba demasiado y que debían proteger lo poco que tenían, y los que sabían que sin provisiones, el asentamiento no sobreviviría otro mes.

Robert levantó la voz.

—Esta expedición no es opcional.

Algunos murmuraron entre ellos, pero nadie se atrevió a interrumpir.

Nathan tomó la palabra.

—Sabemos que perdimos a Emily, sabemos que ese almacén es peligroso. Pero lo que hay dentro vale el riesgo. Se giró hacia la multitud.

—Cualquiera que pueda luchar, viene.

Algunas miradas se endurecieron.

—Quienes no tengan experiencia en combate, se quedan aquí.

Los niños, las mujeres sin entrenamiento, los heridos y los más mayores no participarían en la expedición. Nathan los recorrió con la mirada.

—Y si alguien cree que esto es demasiado arriesgado, también puede quedarse.

El silencio fue absoluto.

No todos estaban de acuerdo con la misión. Pero nadie quería admitirlo en voz alta.

Un hombre de unos cuarenta años llamado Greg, apretó los dientes y habló finalmente.

—La munición escasea.

Algunos asintieron.

Greg miró a Nathan con el ceño fruncido.

—Si gastamos lo que nos queda en esa expedición, ¿qué nos queda para defendernos aquí?

Nathan no titubeó.

—No vamos a gastar munición.

Greg frunció más el ceño.

—¿Cómo piensas matar a cientos de hundidos sin disparar?

Robert se cruzó de brazos.

—De la misma forma en que lo hicimos antes, con estrategia.

Sarah se adelantó y explicó el plan.

—Usaremos vallas y vehículos como barreras. Crearemos un cuello de botella en la entrada del almacén.

Olivia completó la idea.

—Haremos ruido afuera. Los hundidos saldrán y se atascarán en el embudo. Ahí los eliminamos uno por uno con armas blancas.

Hubo una pausa.

—Cuerpo a cuerpo.

—Uno a uno.

—Sin balas.

La estrategia no era descabellada, pero sí peligrosa.

Uno de los más jóvenes del grupo, Adam, apenas de veinte años, tragó saliva.

—¿Y si algo sale mal?

Robert lo miró fijamente.

—Si algo sale mal, improvisamos.

Las palabras se quedaron flotando en el aire, los líderes sabían que no había alternativa, los demás sabían que no podían vivir con miedo eternamente.

Nathan terminó la discusión.

—Madrugamos y partimos al amanecer.

El asentamiento tenía un objetivo claro, nadie sabía si todos regresarían, pero todos sabían que no podían permitirse fallar otra vez.

El sol aún no había asomado cuando la expedición se puso en marcha, el aire matutino era frío y denso, impregnado de la humedad del bosque que rodeaba la carretera. La brisa arrastraba el olor de la vegetación, mezclado con el rastro rancio de muerte que parecía impregnar cada rincón del mundo.

El grupo avanzaba en silencio absoluto. No era solo una cuestión de precaución. Todos sabían que este viaje era diferente. Habían salido a buscar comida antes, habían explorado otros edificios abandonados, pero nunca habían marchado con la certeza de que tendrían que matar a cientos de hundidos para sobrevivir.

Daniel miraba hacia adelante, concentrado en cada paso. A su derecha, Sophia caminaba con la mirada clavada en el suelo, aún lidiando con la pérdida de Emily. A su izquierda, Ethan no estaba. Y esa ausencia se sentía más fuerte que cualquier amenaza externa.

Robert y Nathan lideraban el grupo, seguidos por Mark y Sarah. Olivia y otros más experimentados cerraban la formación, asegurándose de que nadie quedara rezagado.

Nadie hablaba, solo el sonido de sus botas rozando el asfalto interrumpía la quietud. La carretera estaba desierta, pero el bosque… El bosque no estaba en calma.

Daniel lo notó primero. A su derecha, en mitad de los árboles, algo se movió.

Se tensó instintivamente y giró levemente la cabeza, sin cambiar el ritmo de la marcha.

Sophia lo notó.

—¿Lo has visto? —susurró, apenas moviendo los labios.

Daniel asintió. No fueron los únicos. Robert se detuvo en seco, levantando una mano para señalar al grupo que se congelara.

Silencio absoluto.

El viento soplaba entre las hojas, pero el sonido seguía allí, un crujido entre la maleza, un roce de algo moviéndose entre los troncos.

No eran ramas cayendo, no era el viento, era algo.

—¿Hundidos? —susurró Mark.

—No lo sé —respondió Sarah, con la mano en el cuchillo que llevaba en la cadera.

Daniel miró al bosque sin pestañear, pero no vio nada, y eso era peor.

Nathan se giró lentamente y habló en voz baja.

—No nos detenemos.

Robert asintió.

—Si nos siguen, lidiamos con ello cuando lleguemos al almacén.

Nadie discutió, volvieron a caminar, pero el sonido no desapareció.

El almacén apareció al fondo de la carretera, el sol estaba comenzando a alzarse, proyectando un brillo pálido sobre la estructura metálica, a su alrededor, la zona abierta seguía siendo tan inquietante como la última vez.

No se veía movimiento alguno, pero sabían lo que había dentro, el grupo se detuvo a unos cien metros de la entrada.

Nathan y Robert se giraron hacia los demás.

—Nos dividimos en tres grupos —dijo Robert en voz baja—. Uno bloqueará la parte trasera para evitar que los hundidos salgan por otro lado, otro formará el cuello de botella en la entrada, y el tercero será el que los atraiga.

Miró a los presentes.

—Sin disparos.

—Solo cuchillos y lanzas —añadió Nathan—. Si usamos armas de fuego, podríamos atraer a

más.

La estrategia ya estaba clara desde el asentamiento, pero ahora debían ejecutarla.

Daniel fue asignado al grupo que eliminaría a los hundidos.

Sophia, Olivia y Mark se quedarían bloqueando la parte trasera.

Sarah, Robert y Nathan se encargarían de atraerlos al cuello de botella.

Se movieron en silencio total.

La barricada se levantó con rapidez, vallas metálicas y escombros de coches fueron arrastrados hasta la entrada del almacén, dejando un paso estrecho donde solo podía salir un hundido a la vez. Cuando todo estuvo listo, Robert miró a Nathan y asintió.

Sarah tomó un trozo de metal y lo golpeó contra un coche abandonado, el sonido resonó en el aire, rebotando contra las paredes del almacén. Otro golpe. Otro.

Y entonces… El primer gruñido emergió del interior.

No fue un sonido fuerte. Fue ahogado, como si viniera de algo que llevaba demasiado tiempo sin emitir una señal de vida. Luego, se unió otro, y otro, hasta que el sonido se convirtió en un rugido colectivo, una ola de muerte anunciando su llegada.

—Aquí vienen —murmuró Daniel, ajustando el agarre del machete en su mano.

El primer hundido apareció en la entrada, tropezó con la valla, sus manos torpes chocaron contra el metal. Sus ojos eran opacos, su piel grisácea se estiraba sobre los huesos, ya no quedaba nada humano en él.

El segundo lo empujó desde atrás, el tercero intentó salir al mismo tiempo, pero el cuello de botella solo permitió que uno a la vez cruzara. Era el momento.

Mark se adelantó primero, levantó su lanza improvisada y la hundió en la cabeza del primer hundido.

El cuerpo se estremeció, luego cayó.

Daniel dio un paso adelante y se preparó para el siguiente, el segundo hundido empujó al cadáver del primero y salió de lleno, Daniel alzó el machete y lo dejó caer con todas sus fuerzas.

La hoja atravesó el cráneo con un chasquido seco, el cuerpo cayó pesadamente sobre la carretera.

Y el tercero ya estaba saliendo, no hubo tiempo para respirar, cada uno que caía era reemplazado de inmediato.

La matanza pareció eterna, los cuerpos se acumulaban, las armas se volvían pesadas, el sudor caía por los rostros de todos, pero la estrategia funcionaba.

A medida que el sol subía más en el cielo, los últimos hundidos fueron aplastándose unos contra otros en el interior del almacén, incapaces de salir debido a los cadáveres que bloqueaban la entrada.

Mark dio el golpe final al último que logró cruzar. Cuando cayó sobre el resto de los cuerpos, supieron que habían terminado.

El silencio regresó, Daniel respiró hondo y miró a los demás, nadie sonrió, nadie celebró, porque sabían que esto no era el final. Solo el comienzo.

Capítulo 20 – Cosecha amarga

El almacén logístico era un gigante de metal y cemento, con sus pasillos aún repletos de mercancía que nadie había reclamado en meses. En otro tiempo, la idea de poder tomar todo lo que quisieran habría parecido imposible, pero ahora, en un mundo donde los supermercados eran trampas mortales y los alimentos valían más que el oro, esto era un milagro.

El grupo no tardó en ponerse en marcha. Robert organizó la tarea de inmediato: llenar los tres camiones con la mayor cantidad de provisiones posible, asegurándose de que cada vehículo llevara la misma carga. La idea era simple: si algo salía mal y uno de los camiones se perdía, que no fuera integro de alimentos.

Cada persona tenía un rol. Daniel, Sarah y Olivia estaban rellenando los tres camiones con palés de comida enlatada, paquetes de arroz y legumbres. Sophia y otros dos miembros del grupo trabajaban rellenando los camiones con agua embotellada, medicinas y cualquier material útil para el asentamiento. Mark, Robert y los demás estaban centrados en combustible, herramientas y artículos de primera necesidad.

No había electricidad en el almacén, así que trabajaban bajo la luz tenue de linternas. La puerta principal estaba cerrada y reforzada desde dentro. Nadie quería arriesgarse a que un ruido atrajera problemas.

La noche avanzó con un ritmo frenético. Las horas se convirtieron en una sucesión de cargas y descargas, de idas y venidas entre los estantes. Ninguno hablaba demasiado, solo se escuchaban los pasos sobre el cemento y el sonido de las cajas deslizándose.

Para cuando el sol empezó a filtrarse por las rendijas del techo, el trabajo estaba casi terminado. Los camiones estaban llenos hasta el límite de su capacidad.

Robert, Natham y Mark hicieron un cálculo rápido sobre los suministros y llegaron a una conclusión: con la comida de un solo camión, el asentamiento podría sobrevivir un año racionando bien. Con tres, podían tener estabilidad real.

La noticia fue un alivio absoluto. Por primera vez en mucho tiempo, no solo estaban sobreviviendo, sino que tenían un futuro más seguro. Sin embargo, no era momento de confiarse.

Hicieron una última revisión antes de partir. Aunque habían llenado los camiones, todavía quedaban más provisiones en el almacén. No podían llevárselo todo en un solo viaje y ya discutían la necesidad de volver en cuanto tuvieran otra oportunidad.

El grupo subió a los camiones con la sensación de haber ganado una batalla contra el hambre, pero nadie podía ignorar la realidad: debían regresar al asentamiento sin problemas. Afuera, el mundo seguía siendo hostil, y en el camino de vuelta, cualquier cosa podía pasar.

La carretera secundaria se extendía ante ellos en una línea irregular, con el asfalto tomado por una vegetación empezando a reclamar lo que alguna vez fue suyo. Los tres camiones avanzaban en fila, sin prisa pero sin pausas, conscientes de que cada minuto que pasaban en campo abierto era un riesgo.

Nathan conducía el primer camión, con Robert a su lado revisando el camino. Sarah manejaba el segundo, con Mark en el asiento del copiloto. Daniel cerraba la formación en el tercero, en completo silencio mientras Olivia miraba por la ventanilla con el ceño fruncido, el resto de

compañeros en la zona trasera junto a la carga.

El viaje había sido tranquilo hasta ahora. Demasiado tranquilo.

Sarah revisaba los espejos constantemente, esperando ver algo fuera de lugar. Mark, con los brazos cruzados, no dejaba de mirar el mapa con una preocupación evidente.

—Es demasiado fácil —murmuró.

Nadie respondió, pero todos sentían lo mismo, entonces, lo vieron.

A unos metros adelante, la carretera estaba bloqueada. Varias filas de coches atravesados formaban una barricada improvisada, pero bien colocada. Esto no era un accidente ni restos de un atasco previo al colapso. Alguien había puesto esos vehículos ahí **a propósito**.

El convoy se detuvo.

Robert bajó del primer camión con una expresión tensa y observó la barricada. Nathan apagó el motor y Sarah hizo lo mismo. Daniel, desde el último camión, sintió que algo no estaba bien.

—No me gusta esto —dijo Olivia en voz baja.

Entonces, la puerta de un coche al frente de la barricada se abrió.

Un hombre salió con calma, caminando con paso relajado hasta quedar frente a ellos. Alto, de complexión fuerte, con la misma mirada de superioridad que algunos recordaban bien.

Sarah sintió que el corazón le daba un vuelco.

—No puede ser…

Mark, a su lado, entrecerró los ojos.

—Aaron.

El silencio fue absoluto. Aaron se detuvo a pocos metros del primer camión y los miró con una sonrisa burlona.

—Vaya, vaya. Miren a los supervivientes modelo.

Ninguno del asentamiento lo conocía. Para ellos, era solo un hombre más en una barricada. Pero para Mark, Sarah y Olivia, era alguien que creían muerto.

Sarah dio un paso al frente, sin soltar el rifle.

—¿Dónde diablos has estado?

Aaron inclinó la cabeza con la misma arrogancia de siempre.

—Viviendo mejor que ustedes, por lo que veo.

La tensión era espesa, pero Robert no perdió el tiempo.

—¿Qué quieres?

Aaron sonrió.

—No soy yo quien quiere algo.

Silbó con dos dedos, el sonido fue corto, seco, y entonces, salieron.

De entre los árboles de los costados de la carretera, aparecieron soldados. Más de cincuenta hombres y mujeres, vestidos con uniformes militares desgastados pero todavía reconocibles. Las

insignias de las Fuerzas Armadas de Estados Unidos aún eran visibles en algunos de ellos.

Sus rifles de asalto M4 apuntaban con precisión. Algunos llevaban M249 SAW, otros tenían M16 y ametralladoras M240. No era un grupo improvisado de bandidos con pistolas oxidadas. Eran soldados o, al menos, gente que sabía cómo usar equipo militar.

Mark apretó los dientes.

—Mierda.

Sarah no bajó su arma, estaba agarrotada por el terror de la escena.

Aaron observaba con calma y luego miró a Robert.

—Las cosas son muy simples. Nos vais a entregar dos de los camiones. Se quedan con el tercero.

El silencio fue absoluto. Nathan dio un paso adelante.

—¿Y si decimos que no?

Aaron sonrió como si la pregunta lo divirtiera.

—No es una oferta.

Sarah se adelantó con furia.

—Aaron, ¿qué carajo estás haciendo?

Aaron la miró con una calma absoluta.

—Lo que me dijeron que hiciera.

Mark frunció el ceño.

—¿Quién te dio la orden?

Aaron no contestó de inmediato. Luego, con una sonrisa cínica, dejó caer el nombre como una bomba.

—La doctora.

Sarah sintió un escalofrío recorrerle la columna mientas Mark cerró los ojos un segundo, procesando la situación.

Robert cruzó los brazos y miró a Aaron con frialdad.

—Si creen que vamos a darles dos camiones sin más, están jodidamente equivocados.

Aaron se encogió de hombros.

—No me interesa lo que crean. Solo cumplo órdenes.

Mark y Sarah intercambiaron miradas.

—¿Realmente vas a hacer esto? —preguntó Sarah, aún con incredulidad.

Aaron no respondió de inmediato.

—Sí.

No hubo discusión, no hubo opción de pelea. Intentar resistirse habría sido un suicidio.

Robert y Nathan discutieron con dureza entre ellos, pero sabían la realidad. No había otra salida. Ceder era la única opción si querían salir vivos.

La decisión fue tomada en segundos. Mark levantó las manos con rabia contenida.

—Bien.

Aaron sonrió con burla.

—Sabia decisión.

Los soldados bajaron sus armas solo un poco, y la barricada comenzó a moverse.

Uno de los camiones pasó, solo uno, el resto del grupo tuvo que bajarse y seguir a pie.

El convoy que había salido con la mayor victoria en semanas, regresaba con las manos casi vacías. El asentamiento seguiría en pie, pero con menos comida y con más enemigos.

El camino de regreso se hizo en completo silencio. Nadie tenía ganas de hablar, ni siquiera Sarah, que solía ser la primera en expresar su frustración cuando las cosas salían mal.

La fila de supervivientes avanzaba detrás del único camión que les quedaba, con la mirada fija en el asfalto desgastado. El peso de la derrota era insoportable, pero no había otra opción más que seguir caminando.

Robert iba caminando delante de la hilera, con los ojos entrecerrados, su mente ya en otra parte.

—Cuando lleguemos al asentamiento, tenemos que empezar a investigar —dijo de pronto, sin girarse.

Nadie respondió, pero todos lo escucharon.

—No podemos quedarnos esperando a que vengan otra vez, necesitamos encontrar su campamento.

Mark frunció el ceño, pero no dijo nada.

—Hay que descubrir quiénes son, qué quieren realmente, sus puntos débiles. Hay que meter un topo.

Nathan asintió.

—No podemos quedarnos de brazos cruzados.

Sarah exhaló con fuerza, tratando de contener la rabia que llevaba acumulada desde que Aaron apareció con su nueva manada de soldados.

—¿Y cómo piensas hacer eso sin que nos maten en el intento?

—Con calma —respondió Robert.

No dijo nada más, pero la decisión estaba tomada.

Tardaron un par de horas en llegar al asentamiento. Cuando los vigías los vieron aparecer con un solo camión en lugar de tres, la emoción inicial se desinfló al instante.

No había vítores ni celebraciones, pero sí una sensación de alivio contenido. Al menos, no volvían con las manos completamente vacías.

El camión entró por la barricada con el motor rugiendo, y varios se acercaron de inmediato para ver qué traían. La noticia se extendió rápido: habían logrado traer suministros suficientes para un año, pero a costa de perder dos tercios de lo que habían conseguido.

El asentamiento tenía su respuesta en los rostros de Mark, Sarah y Robert. Lo que había pasado

allá afuera no había sido una simple expedición, había sido una derrota.

Ethan estaba apoyado contra una pared, observando el camión con su expresión habitual de indiferencia.

—Bueno, al menos trajeron algo —comentó, sin mucho entusiasmo.

Se acercó lentamente hasta Robert y le dio una palmada en el hombro.

—Supongo que ahora te toca descubrir cómo hacer que dure.

Robert apenas lo miró.

—A partir de ahora, tú te encargarás de la logística y del racionamiento.

Ethan arqueó una ceja, sorprendido por la orden.

—Vaya, qué honor.

—Hazlo igual de bien que lo hacia Olivia, hazlo en su honor —fue la única respuesta de Robert antes de alejarse.

El asentamiento se reunió en torno al camión mientras se descargaban los suministros. Había alivio, sí, pero también una verdad ineludible: esa comida duraría solo un año.

Un año, ese era su margen para encontrar una solución antes de que todo colapsara de nuevo.

Cuando la carga terminó, Robert y Nathan se pusieron al frente del grupo. La gente los miró con la esperanza de escuchar algo que les diera seguridad, un plan, una dirección.

Nathan habló primero.

—Hemos asegurado el futuro del asentamiento por ahora. Tenemos comida suficiente para resistir un año sin hambre. Hubo asentimientos, pero nadie sonrió.

Robert tomó la palabra.

—Pero si en un año seguimos en esta misma situación, estaremos condenados.

Silencio.

—No podemos quedarnos esperando a que vengan a quitarnos lo poco que tenemos. No podemos vivir racionando comida como si no hubiera otra opción. Vamos a hacer algo al respecto.

Su voz era firme.

—A partir de ahora, la prioridad es planificar y pasar a la acción. No vamos a escondernos. No vamos a ser solo supervivientes. Vamos a prepararnos para lo que venga.

Algunos intercambiaron miradas.

Sarah cruzó los brazos y añadió en voz baja:

—Vamos a ir por ellos.

—A partir de mañana, empezaremos a trazar el plan.

Las conversaciones comenzaron en susurros. Algunos tenían miedo. Otros parecían más decididos que nunca.

Pero todos sabían lo mismo: este no sería otro año de simple supervivencia.

El asentamiento se preparaba para la guerra.

Capítulo 21 – Ecos del pasado

El tiempo tenía una forma extraña de desdibujarse en este nuevo mundo. Un año atrás, todo parecía pender de un hilo, cada día era una lucha contra el hambre, el miedo y la incertidumbre. Ahora, aunque la tensión nunca desaparecía del todo, el asentamiento había cambiado. Habían aprendido a vivir en este infierno.

Las cosas no eran perfectas. Nunca lo serían, pero estaban vivos.

El asentamiento había crecido en estructura y en estrategia. Ya no eran solo un grupo de personas amontonadas tras barricadas improvisadas. Ahora tenían un sistema**.** Patrullas rotativas protegían los accesos, habían reforzado las defensas con lo que pudieron encontrar: maderas clavadas con picos de metal, zanjas con estacas ocultas, caminos bloqueados para forzar a cualquier intruso a entrar por donde ellos quisieran.

Había turnos para todo: vigilancia, exploración, mantenimiento de armas, reparto de comida. Ethan, que ahora se encargaba de la logística, había convertido el almacén de suministros en una operación eficiente. Nada se desperdiciaba, todo tenía su tiempo y su uso medido.

El camión que lograron traer en la última expedición había sido racionado con una disciplina casi militar. Al principio, parecía que solo les duraría un año, pero con la incorporación de las partidas de caza, el tiempo se había extendido. Solo usaban las provisiones cuando los cazadores volvían con las manos vacías. Cada día que pasaba, cada ciervo, cada conejo atrapado en una trampa, significaba que la reserva se alargaba un poco más.

Pero todos sabían la verdad, el tiempo se agotaba.

Habían encontrado el asentamiento enemigo hacía meses. Un complejo bien organizado, imposible de atacar directamente. No era una instalación militar ni una cárcel, pero la vigilancia era brutal. Intentar infiltrar un topo había sido un fracaso. Nadie entraba ni salía sin que los vigías lo notaran, sin que hubiera un estricto control de movimientos. No podían seguir esperando.

Si no atacaban pronto, si no encontraban una forma de desmantelar el poder de la doctora Vargas, en algún momento ella vendría por ellos, y Daniel lo sabía.

Lo había sabido desde el momento en que entregaron los dos camiones, desde el instante en que vieron a Aaron de pie al otro lado de la barricada con la seguridad de quien ya no tiene miedo de nada. Eso había sido solo el principio.

Ahora, estaban en la antesala de algo más grande, pero a pesar de todo, el asentamiento seguía teniendo momentos de normalidad.

Daniel caminó por los pasillos, observando a la gente que, de una forma u otra, había logrado aferrarse a la vida en este nuevo mundo. Un grupo de niños jugaba con piedras y ramas en un rincón, ajenos a lo que significaba crecer en un lugar así. Las madres los miraban desde la distancia, con la misma mezcla de alivio y tristeza que se veía en cada rincón del lugar.

Al otro lado, los cazadores afilaban sus cuchillos y preparaban las flechas para la siguiente expedición. Sarah estaba con ellos, comprobando que todo estuviera en orden. Nunca había dejado de ser una de las más duras del grupo, pero el último año la había vuelto aún más firme.

Olivia estaba más callada. Siempre observando, siempre analizando. Si alguien tenía una idea clara de lo que estaba por venir, era ella, pero nunca hablaba más de la cuenta.

Daniel se detuvo cerca del almacén, donde Ethan supervisaba la distribución de suministros.

—Si no vuelve con algo el equipo de caza, abrimos dos latas más de frijoles, pero nada de arroz. Y que alguien revise el agua, estamos usando más de la cuenta —decía Ethan sin levantar la vista de una libreta llena de anotaciones.

Daniel se apoyó en la puerta y cruzó los brazos.

—Te tomaste en serio eso de ser el encargado de la logística.

Ethan levantó la cabeza con una sonrisa irónica.

—No tengo nada mejor que hacer.

Daniel lo miró con escepticismo.

—Eso es lo más cerca que estarás de admitir que te gusta tener el control.

—Controlar quién come y quién se muere de hambre no es algo que disfrute, pero alguien tiene que hacerlo bien.

Daniel asintió. Ethan, por mucho que intentara parecer indiferente, se preocupaba por el asentamiento más de lo que quería admitir.

Pero Daniel no estaba ahí para discutir sobre suministros, Ethan lo notó de inmediato.

—Tienes cara de mierda —comentó.

—Gracias.

—Significa que Robert te dijo algo?

Daniel suspiró.

—Sí. Quiere que vaya al asentamiento enemigo.

Ethan dejó la libreta a un lado.

—¿Por qué tú?

Daniel se encogió de hombros.

—Porque es la única opción que queda.

Ethan lo observó por un momento.

—¿Y tú qué piensas?

Daniel tardó en responder.

—Pienso que, si la doctora Vargas es realmente mi madre, necesito respuestas.

Ethan soltó un resoplido.

—Eso suena como algo que termina mal en una película.

Daniel rió, pero no tenía humor.

—Sí.

Ethan negó con la cabeza.

—Mira, no voy a decirte qué hacer, pero no confíes en que las cosas sean tan simples. Si ella es tu madre o no, da igual. Lo importante es que es nuestra enemiga.

Daniel lo sabía, lo sabía desde el momento en que Robert le dio la orden, pero eso no hacía que fuera más fácil.

El atardecer cubría el cielo con tonos anaranjados y púrpuras cuando Daniel subió a la torre de vigilancia más alta del asentamiento. Desde ahí, se veía todo con más claridad: las barricadas, la gente moviéndose en sus rutinas diarias, la línea de árboles en la distancia que marcaba el límite de su territorio.

Unos pasos detrás de él lo sacaron de sus pensamientos.

—No puedes quedarte aquí todo el día —dijo Robert.

Daniel no se giró.

—No quiero pensar en esto.

—Pero tienes que hacerlo, si queremos ganar esta guerra, necesitamos información. Sabemos dónde están, pero no sabemos cómo piensan, no sabemos qué tan fuertes son realmente. Intentamos infiltrar a alguien y no funcionó.

Daniel apretó los puños.

—Así que ahora me toca a mí.

Robert suspiró.

—Eres el único que tiene una razón para que no te maten en cuanto te vean.

Daniel sonrió de lado.

—Eso si creen que realmente soy su hijo.

Robert no respondió. Esa era la gran incógnita.

Daniel miró el horizonte.

—Salimos en dos días.

Robert asintió. Daniel dejó escapar un suspiro y bajó la mirada al asentamiento, vió a Sophia, a su hijo y pensó que no estaba seguro de que volvería con vida.

La noticia corrió rápido en el asentamiento. Daniel iba a ir al campamento enemigo, a hablar con la doctora Vargas, la mujer que podía ser su madre o solo una coincidencia macabra en un mundo sin casualidades. La mayoría no entendía la importancia de la misión, pero confiaban en Robert y Nathan, si ellos habían decidido que era la mejor opción, entonces debía haber una razón.

Aun así, no todos estaban de acuerdo.

Daniel estaba en el almacén cuando Sarah entró con pasos firmes y una mirada que no dejaba dudas sobre lo que iba a decir.

—Esto es una locura.

Daniel no respondió de inmediato.

—Lo sé.

—Entonces no vayas.

Daniel dejó la caja que estaba acomodando sobre la mesa y se giró hacia ella.

—No tenemos otra opción.

Sarah cruzó los brazos.

—Sí la tenemos. Podríamos seguir esperando, podríamos encontrar otra forma de saber qué están haciendo.

—¿Cuánto tiempo más? —preguntó Daniel con un tono cansado—. Ha pasado un año y lo único que tenemos es una ubicación. No hemos logrado infiltrarnos, no sabemos cuántos son ni qué están planeando.

Sarah apretó la mandíbula.

—Esto es un suicidio.

—No lo sabemos.

—No tienes ninguna garantía de que te van a dejar hablar.

—No, pero tampoco tienen ninguna razón para matarme en cuanto me vean.

Sarah golpeó la mesa con la palma de la mano.

—¿Escuchas lo que dices? Estás apostando tu vida a la posibilidad de que no te maten al instante.

Daniel sostuvo su mirada.

—Es la única forma.

Sarah negó con la cabeza y salió sin decir otra palabra, desde el otro lado de la sala, Ethan silbó con sorna.

—Me encanta ver a Sarah enojada.

Daniel suspiró.

—No es divertido.

—Para ti no.

Ethan tomó una lata de la estantería y la giró entre los dedos.

—Por mucho que me divierta su drama, tengo que admitir que tiene razón.

—Ya me lo imaginaba.

—Aún así, vas a ir.

Daniel no respondió.

Ethan dejó la lata en su sitio.

—No voy a desearte suerte, porque si necesitas suerte, entonces ya estás jodido.

—Aprecio el optimismo.

Ethan sonrió.

—Más te vale volver.

Daniel se alejó del almacén con la sensación de que, aunque todos pensaban lo mismo, ninguno iba a detenerlo.

Sophia estaba en su cabaña cuando él llegó, estaba sentada junto a la cuna de su hijo, Abraham que dormía con la tranquilidad de quien no sabe en qué mundo ha nacido.

Cuando Daniel se acercó, ella levantó la vista y le dedicó una sonrisa cansada.

—Me dijeron que ya tomaste una decisión.

Daniel se arrodilló junto a la cuna y miró al pequeño.

—Tengo que hacerlo.

Sophia lo observó en silencio por unos segundos antes de hablar.

—Prométeme que volverás.

Daniel tragó saliva.

—No puedo prometer eso.

Sophia tomó su mano con fuerza.

—Hazlo de todas formas.

Daniel apretó su mano y asintió.

—Volveré.

Esa noche, Daniel no durmió, al amanecer, estaba listo para partir.

El amanecer trajo consigo un aire frío y pesado, una sensación de tensión que se extendía por todo el asentamiento. Aunque la rutina diaria seguía como si nada hubiera cambiado, el silencio en el ambiente delataba la verdad. Todos sabían que hoy Daniel partiría.

Había pasado un año desde la última gran expedición. Un año en el que el asentamiento había crecido, se había organizado y había aprendido a resistir. Pero todos sabían que la estabilidad era una ilusión temporal. La comida aún duraría, pero no para siempre. El asentamiento enemigo seguía allí, esperando, observando.

Daniel salió de su cabaña con la mochila al hombro y la pistola ajustada a la cadera. A su alrededor, el asentamiento se movía con la disciplina de siempre. Los vigías revisaban las defensas, los cazadores organizaban sus armas y trampas, y los encargados de la logística distribuían las raciones del día. Pero a diferencia de otras mañanas, nadie hablaba con normalidad. Susurros. Miradas furtivas. Una tensión invisible flotaba en el aire.

Caminó hasta la zona central, donde ya lo estaban esperando. Robert y Nathan estaban junto a un todoterreno preparado para el viaje. Sarah y Olivia también estaban allí, aunque sus expresiones eran completamente distintas. Sarah parecía a punto de explotar, con los brazos cruzados y la mandíbula tan tensa que parecía de piedra. Olivia, en cambio, tenía la misma calma calculadora de siempre.

Cuando Daniel llegó, Robert fue el primero en hablar.

—Salimos en diez minutos.

Daniel asintió.

—Nos acercaremos hasta el punto que marcamos en el mapa —continuó Nathan—. Desde ahí,

tendrás que ir solo. No queremos que parezca que nos estamos organizando para algo más grande.

—¿Y qué pasará después? —preguntó Daniel.

Robert lo miró con seriedad.

—Eso dependerá de ti.

Daniel observó el vehículo.

—¿Quiénes vienen conmigo?

—Solo Olivia y uno de los vigías. Es suficiente para asegurarnos de que llegues sin problemas.

Sarah dejó escapar un resoplido y giró la cabeza.

—Sigo pensando que esto es una locura.

—Ya lo sabemos —respondió Robert sin apartar la mirada de Daniel—. Pero no hay otra opción.

Sarah apretó los labios, conteniendo palabras que probablemente no llevarían a nada.

Daniel suspiró y se giró en dirección a su cabaña.

Sophia estaba sentada junto a la cuna, con los ojos hinchados de no haber dormido en toda la noche. Abraham dormía plácidamente, completamente ajeno a todo, su respiración era lenta y tranquila, su pequeño pecho subiendo y bajando con la inocencia de quien aún no conoce el peligro.

Daniel se quedó un momento de pie en la puerta, observándolos. Durante un año había hecho todo lo posible por protegerlos. Ahora se marchaba sin saber si volvería.

Se acercó a la cuna y pasó una mano con suavidad sobre la cabeza de Abraham.

—Voy a volver —dijo en voz baja.

Sophia no respondió de inmediato. Sus dedos se aferraban al borde de la manta de Abraham, como si intentara convencerse de que todo iba a estar bien.

—Más te vale —susurró finalmente.

Daniel se arrodilló frente a ella y tomó su rostro entre sus manos.

—Voy a hacer esto por ti, por él.

Ella negó con la cabeza.

—No, lo haces porque crees que tienes que hacerlo.

Daniel apretó los labios.

—Es lo mismo.

Sophia tomó su mano con fuerza.

Daniel sostuvo su mano y asintió.

—Volveré.

Se inclinó y la besó en la frente, luego miró a Abraham una última vez.

La sensación de que no volvería a verlo lo golpeó con más fuerza de la que esperaba.

Cuando salió de la cabaña, el sol ya estaba más alto. El todoterreno rugió cuando Robert

encendió el motor. Sarah se mantuvo a un lado, con los brazos cruzados. Olivia ya estaba en el asiento trasero, lista para partir.

Daniel se subió sin mirar atrás. El camino hacia lo desconocido había comenzado.

Daniel avanzó entre los árboles con pasos calculados, manteniéndose cerca de la maleza para evitar ser detectado, el sol se filtraba a través de las copas, proyectando sombras alargadas sobre el suelo cubierto de hojas secas. El asentamiento enemigo estaba cerca.

Cada paso lo alejaba más del mundo que conocía, de Sophia, de Abraham, de la seguridad relativa de su gente. No había vuelta atrás.

El humo que había visto desde el vehículo ahora era más evidente. No era un incendio, sino una columna de humo controlado, probablemente de fogatas o de algún generador en funcionamiento. Eso significaba que estaba cerca.

Se detuvo detrás de un árbol y alzó la vista. A lo lejos, entre los troncos, pudo ver la primera señal de que había llegado. Estructuras improvisadas, torres de vigilancia hechas con materiales reciclados, y más adelante, una barrera de vehículos colocados estratégicamente como una línea defensiva.

Daniel tragó saliva. Era más grande de lo que imaginaba.

Había movimiento. Hombres y mujeres vestidos con equipo militar patrullaban la zona. No eran simples saqueadores o supervivientes desorganizados. Sus movimientos eran metódicos, sincronizados.

Daniel se quedó quieto, analizando la situación. No podía simplemente acercarse sin más. Si lo veían salir de los árboles como un extraño cualquiera, no dudarían en disparar.

Entonces vio su oportunidad.

A la derecha, un pequeño grupo de soldados se alejaba de la entrada principal, dirigiéndose hacia lo que parecía ser una zona de entrenamiento. Por unos segundos, la vigilancia en ese punto se debilitó.

Daniel respiró hondo y dio un paso adelante, saliendo de la maleza. Se movió con seguridad, sin apresurarse, sin dudar. Si parecía un enemigo, lo tratarían como tal. Si parecía alguien que pertenecía allí, tal vez tendría una oportunidad.

Se acercó con calma, sin apartar la vista de la barrera de vehículos.

No tardaron en verlo, un guardia giró la cabeza en su dirección y levantó su rifle.

—¡Alto!

Daniel se detuvo de inmediato y levantó las manos.

El guardia no dudó en acercarse.

—¿Quién eres?

Daniel mantuvo su expresión neutra.

—Quiero hablar con la doctora Vargas.

El guardia entrecerró los ojos.

—¿Y por qué querría ella hablar contigo?

Daniel sintió su pulso acelerarse, pero no dejó que su voz temblara.

—Porque soy su hijo.

El silencio se hizo pesado, el guardia lo miró fijamente, tratando de decidir si aquello era una mentira o la verdad más peligrosa que había escuchado.

Un segundo después, otro soldado se acercó.

—¿Qué pasa?

—Dice que quiere hablar con la doctora Vargas.

—¿Y quién diablos es?

El primer guardia lo miró de arriba abajo antes de responder.

—Dice que es su hijo.

El segundo guardia frunció el ceño.

—Mierda.

El ambiente cambió de inmediato, uno de los soldados sacó una radio y murmuró algo en voz baja. Daniel no se movió, el guardia lo miró una última vez antes de hacer un gesto con la cabeza.

—Baja las manos, no hagas nada estúpido o no dudaremos en disparar.

Daniel obedeció.

—Sígueme.

Sin más palabras, comenzaron a caminar hacia el interior del asentamiento.

Cada paso que daba, Daniel sentía que el aire se volvía más denso. Estaba dentro, pronto vería la verdad con sus propios ojos, y descubriría si la doctora Vargas realmente era su madre.

Capítulo 22 – En tierra hostil

Los soldados lo guiaron a través del asentamiento sin decir una sola palabra. Daniel mantenía el paso firme, pero su mente analizaba cada detalle a su alrededor.

Desde el primer momento, las diferencias con su propio asentamiento fueron evidentes. Aquí todo tenía un orden absoluto. Las calles estaban despejadas, sin restos de escombros o basura acumulada como en las ruinas de las antiguas ciudades. Los edificios, aunque algunos parecían improvisados con materiales reciclados, estaban en buen estado. No había grietas expuestas, no había señales de abandono. Todo estaba meticulosamente mantenido.

Pero lo que realmente lo dejó helado fueron las placas solares.

En la azotea de un edificio, una serie de paneles oscuros captaban la luz del sol con un orden perfecto. Daniel no veía una instalación improvisada con cables sueltos o baterías de automóviles recicladas. Era un sistema real, diseñado para durar.

Eso significaba electricidad constante, duchas calientes, agua potable sin necesidad de hervirla cada día, refrigeradores funcionando, medicamentos en buen estado, luces encendidas toda la noche sin miedo a gastar combustible.

Daniel tragó saliva y siguió caminando.

Los soldados que lo escoltaban no parecían preocupados por él. No lo miraban con odio ni con la sospecha de que fuera una amenaza inminente. Para ellos, Daniel no era un enemigo. Era un extraño al que estaban evaluando.

A su derecha, un grupo de personas pasó cerca. Eran jóvenes, vestidos con ropa en buen estado, con botas militares nuevas y chaquetas de tela gruesa sin signos de desgaste. Llevaban armas, pero no de forma ostentosa. No se movían como cazadores o carroñeros. Se movían como soldados entrenados.

El asentamiento enemigo no solo era grande. Era un ejército en formación.

El trayecto continuó hasta un edificio de concreto más grande que los demás, parecía el centro de operaciones, un lugar donde se tomaban decisiones.

Uno de los soldados abrió la puerta con un código de acceso y lo empujaron dentro sin demasiada brusquedad. No lo trataban como un prisionero, pero tampoco como un invitado.

El interior era aún más impactante. Había iluminación artificial en el techo, luz blanca y uniforme, algo que Daniel no veía desde hacía años. Los pasillos estaban limpios, sin rastro de polvo o humedad. Era como si hubiera entrado en un fragmento del viejo mundo, intacto, protegido de todo el caos exterior.

Daniel pasó al interior, la puerta se cerró detrás de él con un sonido metálico seco.

El aire en la habitación estaba más limpio de lo que estaba acostumbrado, no olía a sudor acumulado, ni a tierra, ni a metal oxidado. No era una celda, pero tampoco un lugar en el que quisiera estar.

Era un espacio pequeño, con paredes de cemento gris. No había ventanas, solo una mesa metálica con unas sillas y una luz de neón en el techo que parpadeaba de vez en cuando.

Se quedó de pie en el centro de la habitación, no sabía qué pasaría después, pero una cosa era segura: ya no tenía control sobre lo que venía.

El sonido de la puerta cerrándose resonó en el pasillo cuando Daniel salió de la habitación. No supo cuánto tiempo había pasado allí dentro, pero la sensación de estar atrapado en un lugar sin referencias temporales lo había afectado más de lo que esperaba.

El soldado que iba al frente, el mismo que lo había escoltado desde su llegada, caminaba con un ritmo firme y sin prisa. Tenía el cabello rapado y una cicatriz que le cruzaba la mejilla derecha, un recuerdo de un enfrentamiento que Daniel no podía adivinar.

—¿Tienes nombre? —preguntó Daniel mientras avanzaban.

El soldado no giró la cabeza, pero respondió sin dudar.

—Gale.

Daniel asintió levemente y continuó caminando.

El pasillo era más ancho que el anterior y tenía una limpieza que no se veía en ningún otro asentamiento. No había manchas de humedad, ni rastro de suciedad en las esquinas, ni el olor a encierro que solía impregnar los refugios improvisados. Este lugar no solo era funcional, sino que estaba diseñado para durar.

Giraron en una intersección y se encontraron con otra puerta de metal. Gale introdujo un código en el panel de seguridad y la puerta se deslizó con un leve zumbido mecánico.

Daniel arqueó una ceja cuando vio lo que había dentro.

Un vestuario.

Había bancos de madera alineados en el centro, con taquillas metálicas en las paredes. En una esquina, una fila de duchas con mamparas traslúcidas. Junto a ellas, un uniforme militar doblado con precisión sobre una mesa.

Gale lo miró con expresión neutra.

—Dúchate. Luego ponte eso.

Daniel observó la habitación con cautela.

—¿Por qué?

El segundo soldado, más bajo y de complexión robusta, sonrió con burla.

—¿Prefieres seguir apestando?

Daniel bufó. No era una opción.

Los soldados se quedaron en la entrada, dándole suficiente espacio, pero dejando en claro que no iban a salir. No tenía privacidad. No iba a quejarse.

Se quitó la chaqueta con movimientos controlados y la dejó a un lado. Luego la camiseta, sintiendo el frío artificial del lugar pegársele a la piel.

Cuando abrió la llave de la ducha, el agua salió con fuerza y, segundos después, se templó.

Daniel cerró los ojos por un momento.

Había olvidado lo que se sentía.

El agua caliente recorrió su espalda, relajando músculos que llevaba meses sin soltar su tensión. No recordaba la última vez que sintió algo así, una ducha real, con temperatura controlada y sin la preocupación de que el agua se agotara.

Se pasó las manos por el rostro, quitándose la suciedad acumulada, pero sin poder quitarse la sensación de que esto no era un regalo.

No lo estaban mimando. Lo estaban condicionando.

Querían que se sintiera cómodo. Que se diera cuenta de que este lugar tenía cosas que su asentamiento no podía ofrecer. No iba a caer en eso.

Cerró la llave y tomó la toalla doblada en el banco. Se secó con calma y luego se vistió con el uniforme que consistía en un pantalón negro ajustado a la cintura, camiseta gris de manga larga, botas militares nuevas.

Demasiado nuevas.

Se sintió extraño con la ropa. No era suya, pero tampoco se sentía fuera de lugar en ella.

—Vamos —ordenó Gale.

Daniel recogió su mochila y salió con ellos.

Caminaron en silencio hasta otro pasillo, más silencioso que los anteriores. Se detuvieron frente

a una nueva puerta. Gale tecleó otro código y la abrió.

Dentro había una habitación con una cama.

No era un catre improvisado ni un colchón en el suelo. Era una cama real, con sábanas limpias, una almohada y una manta doblada al pie.

No había ventanas. No había relojes, ni radios, ni conexión con el exterior. Solo una lámpara en la pared que iluminaba el espacio con un resplandor tenue.

Daniel avanzó lentamente.

Los soldados no dijeron nada cuando él entró, la puerta se cerró detrás de él con un sonido seco.

Se quedó de pie en medio de la habitación, observándola con atención, se sentó en la cama y apoyó los codos en sus rodillas. No tenía idea de cuánto tiempo lo dejarían ahí, pero sabía que esto solo era el principio.

Daniel abrió los ojos cuando el sonido de la puerta lo sacó de su letargo. No había dormido profundamente, pero el tiempo encerrado en aquella habitación sin ventanas había comenzado a afectarlo. No sabía cuánto había pasado desde que lo dejaron allí, pero su instinto le decía que había llegado el momento de la siguiente fase.

Dos soldados lo esperaban en la entrada. Gale, el de la cicatriz en la mejilla, era uno de ellos.

—Levántate —ordenó con su voz firme y sin emociones.

Daniel se incorporó sin prisa y los siguió sin decir una palabra. No tenía sentido preguntar a dónde lo llevaban, porque la respuesta era obvia.

El recorrido fue diferente esta vez. Pasaron por un corredor más amplio, con una iluminación más uniforme que en las otras áreas del complejo. No había rastros de humedad, de deterioro o de descuido. Este lugar estaba en funcionamiento desde hacía mucho tiempo y se notaba que alguien lo había mantenido en perfectas condiciones.

Finalmente, llegaron a una puerta reforzada, dentro, Daniel encontró lo que esperaba.

Una sala de interrogatorios.

El diseño era simple, funcional. En el centro, una mesa metálica con dos sillas a cada lado. En una de las esquinas, una cámara de seguridad empotrada en la pared, con su lente rojo parpadeando de manera intermitente.

Sin decirle nada, los soldados lo empujaron levemente hacia la silla. Daniel no protestó y se sentó, apoyando los codos sobre la mesa.

La puerta volvió a abrirse y un hombre entró en la sala.

Alto, de cabello canoso y postura firme. Llevaba un uniforme similar al de los soldados, pero con algunas insignias que indicaban su rango superior. Su mirada analítica recorrió a Daniel de arriba abajo antes de sentarse frente a él.

—Voy a hacer preguntas. Responde solo lo necesario —dijo sin siquiera presentarse.

Daniel no respondió.

El hombre entrelazó los dedos sobre la mesa.

—No te preocupes, nadie va a hacerte daño, solo queremos información.

Daniel lo miró con expresión neutra.

—Depende de qué información.

El hombre asintió levemente.

—Tu asentamiento. ¿Cuántos son?

Daniel desvió la mirada como si estuviera pensándolo.

—No muchos.

El hombre ladeó la cabeza.

—¿Cuántos exactamente?

Daniel soltó un leve suspiro.

—No llevo las cuentas.

—Estoy seguro de que tienes una idea aproximada.

—Tampoco soy el contador del lugar.

El interrogador mantuvo su expresión neutral.

—¿Cómo sobreviven?

—Como cualquiera.

—Eso no es una respuesta.

Daniel se encogió de hombros.

—Cazamos.

El hombre no parpadeó.

—¿Nada más?

—Cazamos bien.

—Eso no explica un año entero de estabilidad.

Daniel se cruzó de brazos y sonrió levemente.

—Tal vez somos mejores en esto de lo que pensaban.

El hombre lo observó en silencio.

—No confío en los que hablan demasiado.

—Yo tampoco —respondió Daniel sin perder la compostura.

Hubo un largo silencio entre ambos.

El interrogador finalmente se levantó de su asiento y miró a uno de los soldados en la puerta.

—Es suficiente por ahora.

Daniel no se movió.

—¿Eso es todo?

El hombre sonrió con la misma calma con la que había entrado.

—No. Alguien más quiere verte.

La puerta se abrió completamente y, del otro lado, apareció ella, a reconoció al instante. Su rostro era exactamente como lo recordaba en su infancia, pero su mirada no tenía rastro de calidez.

La doctora Vargas entró en la sala y lo observó con una expresión difícil de descifrar. Daniel sintió su pecho tensarse. No había vuelta atrás.

Cápitulo 23 – La verdad oculta

La puerta se cerró con un sonido seco y metálico.

Daniel no se movió. Seguía sentado en la silla de la sala de interrogatorios, con la espalda apoyada contra el respaldo, los brazos cruzados y la mirada clavada en la mujer que acababa de entrar.

La doctora Vargas.

Su presencia llenaba la habitación de una forma que ningún otro habitante de ese lugar había logrado. No por su voz ni por su postura, sino por la forma en que su mirada lo atravesaba con la misma precisión de un bisturí. Sus ojos recorrieron a Daniel con la calma de quien revisa un archivo, registrando cada detalle sin apurarse.

Él no parpadeó.

Desde el momento en que la vio, sintió un impulso primario de levantarse y hacer algo. Gritar, atacarla, abrazarla y besarla, preguntarle qué demonios estaba pasando. Pero no podía darse ese lujo, no ahora.

Vargas se mantuvo de pie unos segundos, analizándolo en silencio. Luego, sin ninguna prisa, caminó hacia la mesa y se sentó frente a él. Sus movimientos eran precisos, sin nada superfluo. Era como si cada uno de sus gestos hubiera sido ensayado mil veces.

Daniel esperaba muchas cosas, pero no lo que dijo a continuación.

—¿Cómo has sobrevivido hasta ahora?

Su tono era completamente neutral, sin un atisbo de emoción.

Daniel apretó los dientes. No era la pregunta en sí lo que lo irritó, sino la forma en que la hizo. Como si su supervivencia fuera una anomalía estadística que requería una explicación.

Sonrió sin humor.

—Supongo que no estaba en tus cálculos.

—No —respondió ella sin dudar—. No lo estabas.

Silencio.

Daniel sostuvo su mirada, tratando de leer algo en sus rasgos, pero la doctora Vargas era una experta en ocultarse detrás de una máscara de indiferencia.

—Pensé que estabas muerto.

No fue una confesión. No fue una pregunta. Solo una afirmación seca, sin pesar ni sorpresa.

Daniel sintió algo arder en su interior.

—Sí, ya me lo imaginaba.

Vargas apoyó las manos sobre la mesa con un movimiento lento. No cruzó los brazos ni se reclinó en la silla, solo permaneció allí, observándolo.

—Las probabilidades de que alguien como tú resistiera tanto tiempo eran muy bajas.

—¿Alguien como yo? —repitió él con una ceja arqueada.

—Alguien sin entrenamiento, sin acceso a recursos adecuados, sin contactos.

Daniel dejó escapar una leve risa, pero no había diversión en ella.

—Qué curioso. Parece que he roto tus estadísticas.

—No sería la primera vez que un dato inesperado altera un modelo de predicción —replicó sin inmutarse—. Pero lo improbable no significa imposible, solo significa que hubo factores que no consideré.

Daniel apretó los puños bajo la mesa.

—¿Eso es lo que soy para ti? ¿Un error en tu modelo?

Vargas lo miró con calma.

—Eres una variable que no esperaba encontrar aquí.

Daniel sintió que el aire en la habitación se volvía más denso.

Por un momento, se permitió observarla más allá de la conversación, más allá de su presencia fría y calculadora. Su rostro estaba casi intacto por el tiempo, con la misma expresión impasible de siempre. No había señales de sufrimiento en ella, ni de carencias. Todo en su aspecto, desde su piel hasta el impecable uniforme que vestía, decía lo mismo: yo no he sufrido este mundo como tú.

Y eso le revolvía el estómago.

—Llevo demasiado tiempo peleando por mi vida como para seguir explicándole a gente que cree que no debería estar aquí —dijo Daniel, inclinándose ligeramente hacia adelante—. Pero dime, ya que estamos: ¿te molesta verme vivo?

Vargas no respondió de inmediato. Desvió la mirada por primera vez desde que entró en la sala, aunque solo por un segundo, antes de volver a enfocarse en él.

—Me sorprende.

Daniel bufó.

—Eso es lo más parecido a un cumplido que voy a recibir, ¿verdad?

—No suelo dar cumplidos innecesarios.

—Claro que no.

Vargas parpadeó con lentitud.

—Dime, Daniel. ¿Qué crees que va a pasar ahora?

Daniel sintió un escalofrío recorrerle la espalda. No por miedo, sino porque reconocía esa pregunta. No era una simple interrogante, era una advertencia.

Vargas ya sabía la respuesta, y él, aunque no quería admitirlo, también.

Daniel sostuvo la mirada de su madre, pero no respondió a su pregunta. No porque no tuviera una idea de lo que pasaría a continuación, sino porque se negó a aceptar que ella tenía el control de la situación.

Ella lo sabía, se recostó ligeramente en la silla, sin perder su postura erguida, y observó a su hijo como si fuera un espécimen en una placa de Petri. No había interés personal en su expresión, solo análisis.

—Llevamos años viviendo en un mundo donde la información se ha convertido en un recurso escaso —dijo con la misma calma con la que alguien hablaría del clima—. Pero tú tienes preguntas, lo veo en tu rostro. Has pasado demasiado tiempo sobreviviendo sin saber qué es exactamente lo que te ha llevado hasta aquí.

Daniel se cruzó de brazos.

—No sé si la palabra que buscas es "sobrevivir".

La doctora ladeó la cabeza.

—¿Y qué palabra usarías entonces?

—Aguantar, arrastrarme, enterrar a los míos.

Su tono era afilado, pero ella ni siquiera parpadeó.

—Entonces, dime —continuó, sin inmutarse—, ¿quieres saber la verdad?

Daniel la miró con dureza.

—¿Por qué no? He tenido suficientes mentiras para toda una vida.

Vargas asintió lentamente, como si hubiera esperado esa respuesta.

—El virus fue diseñado.

Daniel no reaccionó, no frunció el ceño, no exclamó ninguna palabra de incredulidad. Su rostro permaneció inmóvil, pero en su interior, sintió un vértigo inesperado.

Sabía que algo no encajaba. Que la pandemia no podía haber sido un simple error, que todo se había desmoronado demasiado rápido, demasiado eficientemente. Pero otra cosa era escuchar la confirmación de alguien que estuvo detrás de ello.

Vargas continuó sin esperar una respuesta.

—Formaba parte de un proyecto de contención poblacional. Un arma biológica diseñada con un propósito específico: reestructurar el mundo. No en el sentido catastrófico que terminó ocurriendo, sino como una herramienta para filtrar la sociedad.

Daniel sintió un escalofrío en la nuca.

—¿Filtrar?

—Eliminar a los débiles —respondió Vargas sin rodeos—. Fortalecer a los aptos. Era un proceso de selección natural guiado.

Daniel apretó los dientes.

—¿Selección natural?

—La humanidad llevaba siglos alimentando su propia decadencia —continuó Vargas, ignorando la rabia en su tono—. Demasiada dependencia de un sistema frágil. Demasiados recursos

desperdiciados en quienes no tenían el potencial para sostener la civilización. El virus se diseñó para corregir ese error.

Daniel sintió cómo su piel se tensaba.

—Así que decidiste jugar a ser Dios.

—No. Dios juega con el azar. Nosotros trabajamos con datos.

Daniel sintió un nudo en el estómago.

Vargas apoyó los codos sobre la mesa, entrelazando los dedos.

—La fase inicial del virus fue diseñada para propagarse de forma controlada, reduciendo la población sin colapsar la infraestructura esencial. Pero hubo un problema.

—Déjame adivinar —dijo Daniel con amargura—. Algo se salió de control.

—Exacto.

Por primera vez en toda la conversación, la Doctora mostró algo remotamente parecido a decepción.

—El virus mutó fuera de nuestras predicciones. Su velocidad de propagación aumentó exponencialmente. No solo afectó a las poblaciones objetivo, sino que empezó a evolucionar de formas inesperadas.

Daniel pensó en los Hundidos, en los que había matado con sus propias manos.

—¿Evolucionar cómo?

—La infección original estaba diseñada para provocar un fallo sistémico en el organismo. Un colapso rápido y eficiente. Pero en ciertos sujetos, el virus no destruyó el cerebro por completo.

El aire en la habitación se volvió más pesado.

—¿Te refieres a los Hundidos?

Vargas asintió.

—Lo que ves ahí fuera no son simplemente cadáveres en movimiento. Son organismos parcialmente funcionales, atrapados en un estado intermedio entre la vida y la muerte. No fue algo planeado. Fue un error en la secuencia genética que hizo que el virus preservara algunas funciones en lugar de desactivarlas.

Daniel sintió un escalofrío en la espalda.

—Algunos de ellos... han hablado.

Vargas no pareció sorprendida.

—Sí. Lo sabemos.

Daniel se quedó en silencio. Había visto con sus propios ojos cómo algunos Hundidos susurraban fragmentos de palabras, como si hubiera algo atrapado en sus cuerpos que aún intentaba aferrarse a lo que una vez fueron.

—¿Qué significa eso?

Vargas inclinó la cabeza.

—Significa que el virus hizo más que matar a sus víctimas. En algunos casos, las transformó en

algo diferente.

—¿Diferente cómo?

—Algunos retienen actividad cerebral residual. Otros han desarrollado mutaciones que les permiten sobrevivir en condiciones extremas. Hay patrones que todavía no comprendemos del todo.

Daniel tragó saliva.

—¿Y cuál era el plan original después de que este "filtro" hiciera su trabajo?

Vargas sostuvo su mirada.

—Reconstrucción. Una nueva sociedad, más eficiente, más fuerte.

Daniel se inclinó hacia adelante, su voz impregnada de rabia contenida.

—¿Sobre las tumbas de millones de personas?

—Cada civilización se construye sobre los restos de la anterior.

El silencio en la sala fue sofocante.

Daniel sintió que su pecho subía y bajaba con respiraciones profundas. Era demasiado. Todo lo que había creído, todo por lo que había luchado, se volvía insignificante frente a la verdad.

Finalmente, rompió el silencio.

—¿Quién más estuvo involucrado en esto?

Vargas lo observó durante un largo segundo antes de responder.

—¿Crees que fui la única?

Daniel sintió que su mandíbula se tensaba.

—Responde la pregunta.

Vargas no apartó la mirada.

—Gobiernos, empresas, militares, personas que nunca conocerás y que murieron antes de que esto se les saliera de las manos.

—Pero tú sigues viva.

—Porque siempre estuve un paso adelante.

Daniel sintió el peso de esa afirmación. Vargas no solo había creado el virus. Había sobrevivido a su propio experimento.

Y ahora, estaba al mando de un asentamiento que, de alguna manera, parecía más próspero que cualquier otro lugar que Daniel hubiera visto.

Apoyó los codos sobre la mesa y la miró fijamente.

—¿Y ahora qué? ¿Cuál es el siguiente paso en tu gran experimento?

Vargas esbozó una leve sonrisa, aunque no era de satisfacción. Era la sonrisa de alguien que ya tenía la respuesta antes de que la pregunta fuera formulada.

—Precisamente eso es lo que voy a explicarte ahora.

Y por primera vez, Daniel sintió algo parecido al miedo.

Vargas dejó caer sus palabras con la misma precisión quirúrgica con la que diseccionaba un cuerpo en una mesa de operaciones.

Daniel sintió la presión en su pecho aumentar. Había esperado muchas cosas al venir aquí. Había imaginado amenazas veladas, mentiras disfrazadas de verdades, incluso un intento por manipularlo con promesas vacías, pero no esto, no esta frialdad absoluta.

Vargas no intentaba excusarse. No trataba de justificar lo que había hecho. Solo exponía los hechos con la indiferencia de quien ya ha tomado todas las decisiones necesarias para moldear el futuro.

Y esa certeza era lo que más lo inquietaba.

—Dijiste que la reconstrucción era el objetivo —dijo Daniel finalmente, su voz controlada, pero con un filo cortante en cada palabra—. ¿Reconstrucción para quién?

Vargas sostuvo su mirada, luego se recostó ligeramente en la silla, como si acabaran de entrar en la parte más interesante de la conversación.

—Para los que lo merecen.

Daniel dejó escapar una leve risa amarga.

—Claro. Porque si algo me ha quedado claro en todo este tiempo, es que te encanta jugar a decidir quién merece vivir y quién no.

—No es un juego —respondió ella sin inmutarse—. Es una necesidad.

Se hizo un breve silencio. Vargas bajó la vista, ajustando el guante de su mano derecha con un movimiento calculado antes de continuar.

—El asentamiento que has visto aquí no es solo una comunidad de supervivientes. Es un núcleo de control. Un bastión. Y lo que hemos construido aquí es solo el principio.

Daniel ya lo sabía. Desde el momento en que cruzó las puertas de este lugar, vio las diferencias con los otros asentamientos. Orden. Disciplina. Recursos. Infraestructura. Todo demasiado bien mantenido para ser solo un refugio.

Pero lo que realmente lo había inquietado era la gente.

No eran como los suyos. No tenían la mirada cansada de quienes se aferraban a la vida con las uñas. Aquí, los soldados caminaban con la seguridad de quienes no temían nada. La gente que trabajaba en el asentamiento no tenía la desesperación de aquellos que vivían con miedo al mañana.

Ellos sabían que tenían el control.

—Este lugar —continuó Vargas, viendo la confusión en su rostro— es un punto estratégico. No estamos esperando que el mundo sane por sí solo. Estamos preparando el terreno para lo que vendrá después.

—¿Después?

—El mundo no volverá a ser lo que era. Pero eso no significa que deba permanecer en el caos. Tarde o temprano, alguien tomará el control de lo que queda. Alguien establecerá el nuevo orden.

Daniel entrecerró los ojos.

—Y me vas a decir que ese "alguien" eres tú.

Vargas no sonrió, pero su expresión transmitió la certeza de que sabía algo que él no.

—No soy la única. Hay otros asentamientos con objetivos similares, con personas que también han entendido lo que hace falta para reconstruir una sociedad funcional. Pero la diferencia es que nosotros estamos más avanzados.

—¿Y cómo piensas "reconstruir" este mundo? ¿Masacrando a cualquiera que no encaje en tu visión de perfección?

—Solo a los que se interpongan.

La forma en que lo dijo, sin levantar la voz, sin un ápice de dramatismo, le erizó la piel.

—Tu asentamiento está condenado, Daniel —continuó Vargas con la misma frialdad—. Has estado luchando por una causa perdida desde el principio. Intentando mantener con vida a personas que no tienen futuro en este mundo.

Daniel sintió que la sangre le hervía.

—¿Eso crees?

—Eso sé.

La forma en que lo dijo, con esa certeza absoluta, hizo que Daniel sintiera algo más profundo que la rabia. Miedo.

Porque Vargas no era una fanática delirante. No era una líder desesperada tratando de aferrarse a un sueño imposible. Ella ya había trazado el futuro y estaba ejecutándolo sin titubear.

—Déjame adivinar —murmuró Daniel—. Si me uno a ti, podrías ofrecerme un lugar en tu mundo perfecto, ¿no?

Vargas inclinó la cabeza levemente.

—Podría.

—¿Y si me niego?

Vargas se recostó en la silla, exhalando con calma.

—Entonces serás un obstáculo. Y ya sabes lo que hacemos con los obstáculos.

La sala de interrogatorios se había vuelto más fría, más pequeña. Más mortal.

Vargas se puso de pie lentamente y lo observó desde arriba.

—No necesito tu respuesta ahora.

—Qué generosa —murmuró Daniel.

—Te daré tiempo para pensarlo. Pero no te equivoques, Daniel. Lo que está por venir es inevitable.

Daniel sintió que cada palabra se clavaba en su piel como un veneno lento.

"Inevitable."

La puerta se abrió. Dos soldados esperaban afuera.

Vargas dio un último vistazo a Daniel, con la misma expresión tranquila de siempre.

—Espero que tomes la decisión correcta.

Y con eso, se marchó. Daniel se quedó sentado en la misma postura, con el corazón golpeándole el pecho, ahora lo sabía.

Su enemigo no era solo un grupo de saqueadores con ambiciones de poder, era una máquina en marcha. Un plan que llevaba años construyéndose.

Y si no hacía algo pronto, su madre ganaría.

Capítulo 24 – El dilema de la sangre

La puerta de la sala de interrogatorios seguía cerrada. Daniel permanecía sentado en la misma silla en la que había pasado horas, tal vez más de un día. Ya no tenía forma de medir el tiempo. Sin ventanas, sin relojes, sin referencia alguna más allá de la luz fría del techo, que ni siquiera parpadeaba.

Pero ahora todo había cambiado, no estaba solo.

Su madre estaba allí, de pie, había vuelto a entrar en la sala hacía diez minutos, observándolo con la misma calma quirúrgica que siempre.

Desde que había entrado, no había dicho nada más, solo lo miraba.

Daniel no desvió la mirada. No iba a ser él quien rompiera el silencio.

Finalmente, Vargas se inclinó levemente hacia él. No lo suficiente para parecer interesada, pero sí lo justo para demostrar que esperaba algo.

—No vas a decir nada —comentó, más como una observación que como una pregunta.

Daniel se encogió de hombros.

—No sabía que esperabas una cortesía.

Vargas inclinó la cabeza, analizando su tono, midiendo cada palabra.

—No. No lo espero.

Se hizo otro silencio, aunque esta vez no fue tan largo.

Vargas tomó asiento frente a él con la misma precisión con la que haría cualquier otra tarea. Como si cada movimiento estuviera premeditado, sin margen para lo innecesario.

—Has tenido tiempo de pensar —dijo con calma—. Me gustaría saber qué has sacado en claro.

Daniel apoyó un codo en la mesa, sin apartar los ojos de los suyos.

—Que tu hospitalidad deja mucho que desear.

Vargas no reaccionó.

—Esperaba algo más concreto.

Daniel sonrió levemente.

—¿Algo como "tenías razón, mamá, este mundo necesita una reestructuración y solo una mente brillante como la tuya puede hacerlo"?

Por primera vez, Vargas parpadeó con un aire de ligera decepción.

—Eres más predecible de lo que pensaba.

—Tú no.

Daniel esperaba que eso la hiciera dudar. Que titubeara, aunque fuera un instante. Pero no lo hizo.

—Entonces dime —continuó Vargas—, ¿qué has aprendido?

Daniel apoyó ambas manos sobre la mesa y se inclinó un poco hacia adelante.

—Que no has cambiado.

Hubo una pausa, y entonces ella habló con una calma impenetrable.

—Tú tampoco.

El aire en la sala se volvió más denso. Daniel sabía que no había cambiado en muchas cosas, pero sí en una. Ahora no estaba solo.

Ese pensamiento lo golpeó con una fuerza inesperada.

Vargas no lo sabía, no sabía que él tenía una familia. Que su mundo ya no giraba solo en torno a su propia supervivencia.

Por un instante, sintió el impulso de decírselo, no por orgullo ni para desafiarla, sino porque quería ver su reacción.

Pero se contuvo, no era el momento. No iba a darle información que pudiera usar en su contra.

Vargas lo estudió durante un largo rato antes de hablar.

—No sé por qué sigues resistiéndote, no eres estúpido, has visto este lugar, aunque solo sea desde dentro de estas paredes, sabes que aquí hay estabilidad, que hay orden.

Daniel soltó una risa seca.

—¿Orden? Claro. También vi "orden" en los campos de concentración.

—Comparación burda.

—Comparación adecuada.

Por primera vez, Vargas apoyó los codos en la mesa.

—Sé que tu asentamiento sigue en pie, Daniel, pero también sé que no durará mucho más. No porque yo lo destruya, sino porque es insostenible.

Daniel sintió que la rabia lo quemaba por dentro.

—No tienes idea de lo que mi gente ha construido.

Vargas lo observó con un matiz de curiosidad en los ojos.

—¿Construido? ¿O solo retrasado lo inevitable?

Daniel entrecerró los ojos.

—Eso es lo que quieres que crea.

Vargas se reclinó en la silla, como si ya hubiera esperado esa respuesta.

—Mañana verás lo que hemos construido aquí, lo verás con tus propios ojos.

Daniel frunció el ceño.

—¿Qué se supone que significa eso?

Vargas no respondió de inmediato, se levantó con la misma calma con la que había entrado.

—Significa que cuando termine esta conversación, tendrás más información que cualquiera de los tuyos, quieras o no.

Se dirigió a la puerta, pero antes de salir, se giró hacia él una última vez.

—Intenta dormir, Daniel. Mañana será un día importante.

Y con eso, la puerta se cerró, dejándolo con la sensación de que la verdadera conversación aún no había empezado.

Daniel despertó cuando la puerta de la habitación se abrió con un zumbido mecánico.

Se incorporó de inmediato, sintiendo la rigidez en su espalda tras haber dormido en aquel colchón demasiado limpio para ser real. No recordaba en qué momento se había quedado dormido, pero la sensación de letargo lo golpeó como un muro.

Dos soldados esperaban en la entrada.

—Levántate —ordenó uno de ellos.

Daniel no hizo preguntas. Se puso de pie y los siguió.

No le pusieron esposas, ni lo escoltaron con las armas levantadas, pero el mensaje era claro. Era libre para caminar, no para decidir adónde ir.

El pasillo era más amplio que el de su celda anterior, con las mismas paredes de hormigón pulido, el mismo suelo impecable, el mismo orden artificial que lo hacía sentir fuera de lugar. Vargas lo estaba dejando ver más de lo necesario, lo suficiente como para asegurarse de que entendiera la diferencia entre su mundo y el suyo.

Giraron por una intersección y llegaron a una puerta doble reforzada. Uno de los soldados introdujo un código y las compuertas se abrieron con un leve silbido hidráulico.

Cuando salió al exterior, la luz del sol lo golpeó de lleno.

Parpadeó varias veces, cegado momentáneamente. Había pasado demasiado tiempo en habitaciones frías y sin ventanas. Pero en cuanto su vista se acostumbró, la imagen frente a él le quitó el aire.

El asentamiento no era solo grande. Era una fortaleza.

Desde donde estaba, podía ver las calles perfectamente alineadas, los edificios en mejor estado que cualquier otro refugio en el que había estado. Personas caminaban con disciplina, sin la urgencia desesperada de los asentamientos que conocía. No había espacios caóticos, ni calles llenas de barricadas improvisadas, ni rostros marcados por la desesperación.

Había soldados. Equipos patrullando, moviéndose con eficiencia militar.

No era un campamento de supervivientes, era un ejército. Un asentamiento como este no podía construirse en un año. Esto existía desde antes del colapso.

Alguien lo estaba esperando a unos metros. Aaron.

Vestía el mismo uniforme que el resto, pero con una chaqueta más oscura, con un aire de autoridad que antes no tenía. Sonrió al verlo, pero no con la calidez de un viejo conocido.

—Qué sorpresa —dijo, cruzándose de brazos—. No creí que vivirías lo suficiente para llegar

aquí.

Daniel lo fulminó con la mirada.

—Tú sí que te adaptaste rápido.

Aaron no se inmutó.

—Algunos nos adaptamos. Otros siguen viviendo en la fantasía de que el mundo antiguo puede ser rescatado.

Daniel sintió la sangre hervir en su interior.

—¿Así justificas lo que hiciste?

Aaron dejó escapar una risa breve.

—¿Qué hice? ¿Elegir el bando correcto? ¿Asegurarme de estar del lado que va a ganar?

Daniel no respondió, sabía que cualquier palabra solo alimentaría la superioridad de Aaron.

—Vamos —dijo Aaron, sin perder la sonrisa—. Quieren que veas cómo funciona este lugar.

Daniel apretó el paso y caminó junto a él. Pasaron junto a lo que parecía ser una plaza central. A un lado, un grupo de niños estaba sentado en círculo, escuchando a un hombre uniformado que les hablaba con voz firme. Al otro, una mujer organizaba lo que parecían raciones de comida. Todo en este lugar funcionaba.

Y eso era lo peor, por un instante, una pequeña fisura se abrió en su convicción.

Recordó las noches en su propio asentamiento, cuando se despertaba con el miedo de que alguien muriera de hambre al día siguiente. Las enfermedades que no podían tratar, los ataques de grupos desesperados que intentaban robar lo poco que tenían.

Aquí, no había nada de eso, y sin embargo, sentía que algo no encajaba.

Demasiada calma. Demasiado orden. Aaron le habló

—Lo estás viendo, ¿verdad?

Daniel entrecerró los ojos.

—¿Viendo qué?

Aaron extendió un brazo, señalando todo el asentamiento.

—La diferencia entre esto y lo que llamas "hogar".

—Sí, la veo.

Aaron sonrió con satisfacción.

—Y dime, ¿sabes ya por qué Vargas te dejó entrar?

Daniel no respondió.

—Porque quiere que entiendas, quiere que veas lo inevitable.

Aaron se detuvo frente a un edificio más grande que los demás.

—Y ahora —dijo, con un brillo de diversión en los ojos—, vas a ver el corazón de todo esto.

Daniel se quedó inmóvil, la duda se estaba sembrando en su interior pero aún no estaba listo para escuchar lo que venía después.

Aaron empujó la puerta del edificio sin siquiera mirar atrás.

Daniel dudó un instante antes de seguirlo. Sabía que lo que estaba a punto de ver no era solo otra parte del asentamiento, era el núcleo de todo.

El interior era aún más organizado que el exterior. No había pasillos improvisados ni habitaciones llenas de colchones en el suelo. Esto no era un refugio. Era un centro de operaciones. Un enorme salón abierto se desplegaba frente a él, con varias filas de escritorios equipados con terminales de comunicación. Pantallas empotradas en las paredes mostraban mapas de la región, movimientos de grupos, puntos marcados con coordenadas. Algunos tenían imágenes satélite.

Daniel sintió una presión en el pecho.

No se trataba de un asentamiento con un buen sistema de defensa. Esto era una base militar en plena operación.

Algunos hombres y mujeres, todos con uniformes similares al de Aaron, revisaban informes o hablaban en voz baja. Pero lo que realmente le llamó la atención fue una mesa al fondo de la sala.

No por la mesa en sí, sino por lo que había sobre ella.

Múltiples fotografías estaban extendidas en su superficie. Imágenes aéreas. De su asentamiento.

Daniel avanzó casi por instinto, vio las murallas de su hogar, los campos donde cultivaban, la estructura donde almacenaban los suministros. Había notas escritas a mano, mediciones, puntos estratégicos marcados con tinta roja.

Sintió que la sangre se le helaba en las venas.

—Lleváis mucho tiempo vigilándonos —murmuró.

Aaron se cruzó de brazos.

—Por supuesto.

Daniel levantó la vista hacia él.

—¿Por qué?

Aaron exhaló con paciencia.

—Porque todo esto es parte del plan.

Antes de que Daniel pudiera responder, una voz familiar lo interrumpió.

—Bienvenido al verdadero futuro, Daniel.

Se giró.

Vargas había entrado en la sala sin que él se diera cuenta, caminó con la misma calma que siempre hasta quedar frente a la mesa, colocando una mano sobre una de las fotografías.

—¿Sabes qué diferencia a un asentamiento de una verdadera sociedad? —preguntó sin levantar la vista.

Daniel no respondió.

—El control, la estructura, la estabilidad.

Deslizó los dedos por la imagen, como si estuviera repasando un plano arquitectónico.

—Tu gente ha hecho un esfuerzo admirable, pero es solo eso, un esfuerzo.

—¿Llevas meses observándonos, y ahora vas a atacarnos?

Vargas levantó la vista y lo miró directamente a los ojos.

—Si llegamos a eso, será porque no nos dejaron opción.

Daniel golpeó la mesa con los nudillos.

—No nos diste opción cuando nos arrebatasteis los camiones.

Vargas no mostró reacción.

—Fue una advertencia, y fuisteis lo suficientemente obstinados como para ignorarla.

Daniel sintió que el aire en la sala se volvía más pesado.

—Todo esto... —murmuró, señalando los mapas, los informes, las anotaciones— ...siempre fue parte del plan.

—Por supuesto —respondió Vargas—. No esperábamos que todos los asentamientos débiles se extinguieran por sí solos. Algunos necesitarían intervención.

Daniel sintió una punzada de furia recorrerle el cuerpo.

—No somos débiles.

—No, pero tampoco sois una amenaza real.

Vargas se apartó de la mesa y caminó lentamente por la sala.

—Eres inteligente, Daniel. Lo suficiente como para haber llegado hasta aquí con vida. Así que dime, ¿qué crees que pasará cuando se agoten tus suministros? Cuando la próxima enfermedad azote a los tuyos y no tengáis los medicamentos para tratarla, ¿Qué haréis?

Daniel no respondió.

—¿Cuánto crees que podréis resistir contra algo como esto?

Vargas extendió los brazos, señalando a su alrededor. No lo decía con orgullo, lo decía con certeza.

Daniel cerró los ojos un instante. No era mentira.

El asentamiento de su madre tenía más recursos, más tecnología, más gente entrenada. Si decidían atacar, su gente no podría resistir.

Pero entonces la voz de Vargas cortó sus pensamientos.

—No quiero destruir tu asentamiento, Daniel.

Abrió los ojos. La doctora lo observaba atentamente.

—No hay necesidad de que esto termine en un enfrentamiento innecesario. No quiero bajas, olo quiero que entiendas que tarde o temprano, deberás tomar una decisión.

—No voy a unirme a ti.

Vargas no pareció sorprendida.

—Lo dices ahora. Pero ya has visto lo que tenemos aquí y cuanto más lo veas, más entenderás lo

inevitable.

Daniel dio un paso adelante.

—¿Qué harás si te digo que no?

Vargas lo observó en silencio un instante.

—Esperar.

Daniel frunció el ceño.

—¿Esperar qué?

Vargas sonrió apenas.

—A que la desesperación haga su trabajo.

Y en ese momento, Daniel entendió el verdadero peligro de su madre, no necesitaba atacar, solo necesitaba esperar a que el mundo hiciera el trabajo por ella.

Capítulo 25 – Fuego y cenizas

Nuevamente llegaron a la sala de interrogatorios. El sonido de la puerta sellándose resonó como una sentencia definitiva.

Daniel mantuvo la vista fija en la mesa metálica frente a él, sintiendo el peso del silencio que Vargas había impuesto en la habitación desde que entró, no tenía prisa, ella nunca la tenía.

Se sentó con la misma meticulosidad con la que haría cualquier otra tarea, sin mostrar el más mínimo apuro, sin hacer un solo movimiento innecesario.

Por un instante, Daniel se preguntó si esa forma de actuar era natural en ella o si con los años había perfeccionado el arte de la paciencia absoluta. Entonces, sin mediar palabra, deslizó un expediente grueso sobre la mesa.

Daniel bajó la mirada, no lo abrió de inmediato.

—Adelante —dijo su madre con tono neutro—. No muerde.

Daniel alzó una ceja.

—No esperaba que me dieras permiso.

—No te lo estoy dando, solo quiero ver cuánto tiempo tardas en ceder a la curiosidad.

Daniel inspiró lentamente. No queria darle la satisfacción de precipitarse, pero lo hizo.

Abrió el expediente. Lo primero que vio fotografías, no eran imágenes cualquiera. era su asentamiento, muchas de ellas son las que había visto en la sala de control. Daniel pasó las páginas en silencio. Las imágenes eran demasiado claras, demasiado precisas. Algunas eran aéreas, otras parecían tomadas desde lejos, pero lo que más le inquietó fueron las que mostraban interiores.

Murallas, cultivos, depósitos de suministros, zonas de descanso, incluso algunas fotos de su gente.

Detuvo su mano sobre una en particular. Reconoció a Robert y Nathan, sentados junto a una fogata, más adelante, vio a Sarah patrullando con su rifle, Olivia cruzando la entrada principal con la vista fija en el horizonte.

Sus dedos pasaron las hojas con lentitud, como si aún procesara lo que estaba viendo.

Entonces lo vió, una imagen de la plaza central, con Sophia en ella. No estaba sola, Abraham también estaba en la foto.

Daniel sintió que su respiración se volvía más pesada.

Pasó la página con rapidez, no podía permitir que su madre viera su reacción.

—Hemos estado observando tu asentamiento durante mucho tiempo —comentó, sin darle importancia a su reacción.

Daniel cerró el expediente de golpe.

—No me jodas.

Vargas mantuvo su expresión neutra.

—Sabíamos cuántos eran hace seis meses, sabemos cuántos son ahora, sabemos quién está al mando, cómo organizan sus turnos de vigilancia, cuántos alimentos consumen por semana.

Daniel sintió una punzada de rabia contenida.

—¿Y qué más sabes?

Vargas entrelazó los dedos sobre la mesa.

—¿Realmente quieres que te lo diga?

Daniel sostuvo su mirada.

—No me gusta repetir preguntas.

Vargas hizo un leve gesto con la cabeza.

—Sé que su sistema de defensa depende de la confianza mutua, que han logrado sostenerse porque creen en la idea de comunidad, que han construido algo con reglas, con estructura, pero sin control absoluto.

Daniel apoyó los codos en la mesa, inclinándose hacia adelante.

—¿Y qué hay de malo en eso?

Vargas exhaló con suavidad.

—Que es una estructura defectuosa.

—Déjame adivinar. Porque no tienes control absoluto.

—Porque nunca lo tendrán.

Vargas tomó otro expediente y lo abrió frente a él.

Había documentos con notas detalladas, mapas marcados con líneas rojas, números y referencias a suministros.

Daniel sintió su estómago tensarse cuando vio las anotaciones.

“Disminución en la producción agrícola.”
“Escasez de antibióticos.”
“Consumo de raciones por semana: estimación de seis meses antes del colapso logístico.”

Levantó la vista lentamente.

—¿Cuánto tiempo llevas recopilando esto?

—El tiempo suficiente.

Daniel se enderezó en la silla.

—Tienes una fuente dentro.

Vargas no lo negó.

—Tenemos información.

—No. Tienes a alguien en mi asentamiento.

El silencio que siguió fue peor que una respuesta afirmativa. Esto no podía venir solo de observaciones externas, alguien, dentro de su asentamiento, estaba filtrando información.

Vargas vio el cambio en su rostro.

—Ahora lo entiendes.

—¿Quién es?

—¿Y qué harás cuando lo sepas?

Daniel no respondió. Vargas dejó escapar una leve sonrisa, pero sin rastro de burla.

—Eso es lo que quiero ver, Daniel. Hasta dónde eres capaz de llegar por tu gente.

Daniel sintió un nudo en la garganta.

Pensó en Sophia, en Abraham, en todos los que estaban en esa fotografía.

Si ella había estado vigilándolos así, ¿qué tan cerca estaba de hacer algo más?

Vargas cerró el expediente y lo deslizó de vuelta hacia su lado de la mesa.

—No necesito atacarlos, Daniel.

Él levantó la vista lentamente.

—¿No?

—No. Solo tengo que esperar.

—¿Esperar qué?

Vargas se levantó con la misma calma con la que había entrado.

—A que la desesperación haga su trabajo.

Y sin más, salió de la habitación, dejando a Daniel con el peor de los enemigos, la incertidumbre.

El viento soplaba con fuerza entre las cabañas, arrastrando polvo y hojas secas por el suelo de tierra compactada. No era una noche diferente a las demás. Pero el asentamiento no dormía.

El silencio era demasiado espeso.

No había alarmas, ni disparos, ni señales de un ataque inminente, pero todo el mundo sabía que algo iba mal.

Robert caminaba a paso firme, con las manos dentro de los bolsillos de su chaqueta, delataba la tensión que llevaba encima. A su lado, Nathan sostenía su rifle con una rigidez inquietante, no

había enemigos a la vista, pero eso no significaba que estuvieran seguros.

Cuando llegaron a la zona de guardia, encontraron a Olivia esperando junto a la fogata apagada. Su postura era relajada, pero su mirada analizaba cada rincón de la plaza central con la misma precisión de siempre.

Robert exhaló con pesadez.

—Nada, ni una puta señal.

Olivia giró la cabeza con lentitud.

—¿Y eso qué significa?

Robert se pasó una mano por la cara, tratando de sacudirse la frustración.

—Que sigue sin haber respuesta.

Nathan golpeó con el pulgar el costado de su rifle.

—¿Hasta cuándo vamos a seguir esperando?

—¿Tienes una mejor idea? —respondió Robert con un tono más cortante de lo que pretendía.

Nathan lo fulminó con la mirada.

—Sí, dejemos de actuar como si Daniel fuera a contestarnos, no lo ha hecho ni va a hacerlo.

El silencio que siguió fue denso. Olivia no dijo nada, pero la verdad ya estaba en el aire. Daniel no se había comunicado en días, lo que significaba que, o bien estaba muerto, o bien estaba atrapado en un sitio del que no podía escapar.

Ninguna de las dos opciones era buena. Robert se cruzó de brazos, mirando las sombras proyectadas en el suelo.

—No vamos a tomar una decisión sin información.

Nathan resopló.

—¿Información? No necesitamos información, necesitamos movernos antes de que la Doctora nos dé un puñetero golpe que no podamos esquivar.

Olivia, que hasta ahora había permanecido en silencio, habló sin alzar la voz.

—¿Y si ya nos lo ha dado?

Robert y Nathan la miraron al mismo tiempo.

—¿A qué te refieres? —preguntó Robert.

Olivia dio un paso hacia la fogata apagada y pisó una brasa aún tibia.

—A que si la Doctora está segura de que Daniel ya no es un problema para ella, si está tan tranquila como para no haber exigido nada a cambio de su vida, es porque no necesita hacer nada más.

Nathan frunció el ceño.

—¿Cómo que no necesita hacer nada?

—Porque ya nos tiene.

El silencio fue inmediato. Olivia levantó la mirada, observando cada expresión a su alrededor.

—Nos tiene vigilados, nos ha estado estudiando, y lo peor de todo...

Hizo una pausa.

—Es que alguien, dentro de nuestras murallas, le ha estado ayudando.

Nathan soltó una carcajada seca.

—¿En serio? ¿Ahora estamos con teorías de traidores?

Olivia sostuvo su mirada.

—No son teorías.

Robert se quedó paralizado por la revelación, no quería creerlo, pero tenía sentido.

¿Cómo era posible que la Doctora supiera tanto de su asentamiento?

La expedición al almacén logístico, los recursos, las rutas tomadas.

Todo cuadraba.

Nathan negó con la cabeza, pero su voz sonaba menos firme.

—No tiene que ser un traidor. Puede ser que nos hayan estado vigilando desde hace mucho tiempo

Olivia ladeó la cabeza.

—Claro. ¿Y quién crees que les ha dado todos los detalles?

Nathan apretó los dientes.

—¿Estás diciendo que uno de los nuestros trabaja para la Doctora?

—No lo estoy diciendo, lo estoy afirmando.

La fogata apagada proyectaba sombras alargadas sobre sus rostros.

Robert sintió el peso de esa posibilidad hundiéndose en su pecho.

—Si hay un infiltrado…

—Entonces cada decisión que hemos tomado ha sido observada, cada punto débil que creemos haber ocultado, ellos ya lo conocen.

Robert pasó una mano por su nuca, sintiendo la tensión acumulándose como un nudo. Antes de que alguien pudiera responder, un vigía apareció corriendo desde la entrada. Estaba pálido, sudaba.

—Movimiento en la carretera —jadeó—. No son saqueadores.

Robert se giró de inmediato.

—¿Cuántos?

El vigía negó con la cabeza.

—No lo sé, pero se han quedado ahí, ni avanzan ni se esconden. Nos están mirando.

Nathan alzó su rifle con un gesto instintivo.

—¿Qué están esperando?

El vigía tragó saliva.

—No lo sé, pero no se han movido ni un metro.

Nathan ya estaba alzando el rifle.

—¿Disparamos primero?

Robert lo detuvo con un gesto.

—No. Aún no.

Nathan lo miró con incredulidad.

—¿Vamos a esperar a que nos ataquen?

—Vamos a esperar a entender qué mierda están haciendo.

El aire en el asentamiento estaba tan cargado que podía sentirse el miedo flotando entre ellos, no estaban bajo ataque. pero estaban sitiados.

Robert miró a Olivia. Ella no apartó la vista de la carretera.

—Esto no es una incursión —dijo en voz baja—. Es un aviso.

Y con esa frase, quedó claro que la guerra no había comenzado con un ataque, la guerra ya había comenzado con el silencio.

Capítulo 26 – La caída de la barrera

El amanecer trajo consigo una calma falsa.

El asentamiento despertaba con la misma rutina de siempre. Un grupo de hombres y mujeres salía de las cabañas, algunos con herramientas en mano para encargarse de los cultivos, otros revisaban el armamento en la zona de defensa. Pero la tensión flotaba en el aire, como una tormenta invisible que todos podían sentir pero nadie podía señalar.

En la torre de vigilancia, un vigía observaba la carretera con el ceño fruncido.

—Siguen ahí —dijo, sin apartar la vista.

Robert, que estaba junto a él, preguntó

—¿Han hecho algún movimiento?

—Nada. Llevan un rato así. Sin moverse demasiado, pero sin retroceder.

Robert entrecerró los ojos. Desde donde estaban, los hombres de Vargas parecían figuras estáticas, sombras en la distancia. No disparaban, no avanzaban, no se escondían. Simplemente esperaban.

Nathan llegó por detrás con su rifle colgado al hombro.

—Siguen jugando con nosotros.

—No son saqueadores —dijo Robert—. No están aquí para probar suerte.

Nathan escupió al suelo.

—Pues si van a atacar, que lo hagan de una maldita vez.

Robert no respondió. Su mirada seguía fija en la carretera, observando con el mismo gesto de concentración que tenía cada vez que analizaba una situación en la que no podía ver todas las piezas del tablero.

Sarah llegó minutos después.

—¿Novedades?

Robert negó con la cabeza.

—Nada aún.

Sarah cruzó los brazos y miró hacia la carretera con una expresión severa.

—Están esperando algo.

—O a alguien —añadió Nathan.

El silencio que siguió fue pesado.

Sarah tomó aire lentamente antes de hablar.

—Necesitamos estar listos. No vamos a dejarlos entrar sin pelear.

—Lo estamos —dijo Robert. Pero su tono no tenía convicción.

Sarah lo miró.

—¿Lo estamos?

Robert pasó la mano por su nuca.

—La última vez que alguien nos atacó, logramos repelerlos. Pero esto no es lo mismo. No es una banda desesperada, si van a atacar, lo harán con un plan.

Sarah asintió.

—Entonces hagamos lo mismo.

Robert suspiró.

—Reforcemos las barricadas, demos munición a los tiradores, que nadie baje la guardia.

Sarah se giró y comenzó a dar órdenes.

Pero la realidad era que todos en el asentamiento ya sabían lo que estaba pasando. No necesitaban que nadie les dijera que había peligro. Lo sentían.

Los movimientos de la gente eran diferentes.

Ya no hablaban en voz alta. Caminaban rápido, pero sin correr. Evitaban mirar hacia la carretera.

Como si, de alguna forma, al ignorarlo, pudieran retrasar lo inevitable.

Un grupo de combatientes tomó posiciones en la parte más alta de la muralla. Revisaron los cargadores, ajustaron las miras de sus rifles. Sus rostros eran tensos, pero decididos.

Nathan caminó entre ellos.

—Si hacen cualquier movimiento extraño, disparen primero.

Uno de los más jóvenes tragó saliva.

—¿Estamos seguros de que van a atacar?

Nathan le sostuvo la mirada.

—Si estuvieras en su lugar, ¿te quedarías ahí solo para vernos de lejos?

El chico no respondió.

Nathan le dio una palmada en el hombro.

—No lo pienses demasiado. Cuando empiece, apunta y dispara.

El muchacho asintió, aunque no parecía más tranquilo.

Desde la torre de vigilancia, Robert sintió un cambio en la carretera.

Los hombres de Vargas se estaban moviendo.

No de golpe, no en estampida, lentamente.

Algunos vehículos giraron sus ruedas apenas unos centímetros. Otros soldados cambiaron de posición, como si hubieran recibido instrucciones silenciosas.

Sarah subió corriendo a la torre.

—¿Qué pasa?

Robert señaló con el dedo.

—Se están posicionando.

Sarah entrecerró los ojos.

—¿Para qué?

Robert no contestó.

Nathan ya estaba en la muralla, con el rifle en alto.

—¿Les disparamos ya o seguimos esperando?

Robert sopesó la decisión.

Si disparaban primero, estaban confirmando la guerra.

Si no lo hacían, solo estarían esperando a que el enemigo decidiera cuándo comenzar.

El sonido de un disparo rompió el silencio.

Un fogonazo en la distancia. El impacto no golpeó la muralla, no golpeó a nadie.

Fue intencional, una advertencia.

Robert sintió que su corazón latía más fuerte.

Sarah, de pie junto a él, inspiró profundamente.

—Nos están diciendo que aún podemos rendirnos.

Nathan, desde la muralla, escupió al suelo.

—Pues que se lo metan en el culo.

Un segundo disparo, esta vez, más cerca. Los combatientes en la muralla se tensaron. Los dedos se apretaron contra los gatillos.

Nadie disparó aún, pero estaban a segundos de hacerlo.

Robert miró a Sarah.

—¿Tienes alguna duda de lo que viene ahora?

Sarah negó con la cabeza.

—Ni una.

Robert cerró los ojos un instante.

Cuando los abrió, la calma en su expresión se había ido.

—Entonces preparémonos.

Nadie habló, no había nada más que decir, solo quedaba esperar el primer impacto real.

El eco del segundo disparo seguía vibrando en el aire cuando Robert dio un paso al frente y tomó una decisión.

—Sarah, pon a todos en alerta. Que todos cojan un arma.

Sarah asintió de inmediato. No necesitaba más órdenes. Desde la muerte de Mark, había asumido un papel fundamental en la seguridad del asentamiento. Nunca se había proclamado líder ni buscado el control, pero su conocimiento sobre defensa y su sangre fría en situaciones de peligro la habían convertido en una pieza clave.

Sin esperar un segundo más, se giró y empezó a gritar órdenes.

—¡Todo el mundo, en posición! ¡Que nadie se quede sin un arma!

Se dirigió al centro del asentamiento, donde algunos todavía intentaban convencerse de que el enemigo no atacaría.

—¡Levantaos! ¡Esto no es un simulacro!

Algunos tardaron un segundo en reaccionar, pero en cuanto vieron su expresión, supieron que hablaba en serio.

Sarah no perdió tiempo. Buscó a Ethan, que estaba apoyado contra una de las barreras improvisadas, observando la carretera con el ceño fruncido.

—Ethan, reparte ya todo el armamento disponible.

Ethan soltó un suspiro, pero no discutió.

—Ya era hora.

Se alejó de la barricada y corrió hacia el almacén, donde guardaban las pocas armas de fuego y la munición que aún les quedaba. En el camino, se cruzó con un par de hombres que corrían en dirección contraria, empuñando cuchillos y palos.

—No vamos a ganar esta guerra a golpes —murmuró Ethan mientras abría la puerta de golpe.

Robert se volvió hacia Nathan, que revisaba la mira de su rifle con una concentración férrea.

—¿Qué ves?

Nathan tardó unos segundos en responder.

—Siguen en la carretera. No están avanzando… aún.

—Están esperando —dijo Robert.

Nathan bajó el rifle un segundo y miró a Robert.

—No tienen prisa.

Y eso era lo peor, el asentamiento estaba en jaque.

Robert sintió una punzada en el pecho. En ese momento, no pudo evitar pensar en Mark, habría sido de gran ayuda, era el mejor tirador del grupo, meticuloso, paciente. Pero Mark no estaba

allí. Había muerto por una simple infección.

Robert apretó los dientes. Una maldita infección, algo que cualquier médico habría podido tratar en el mundo de antes, pero en este mundo, donde los medicamentos eran más valiosos que el oro, su muerte había sido inevitable.

Ahora, sin él, sus disparos certeros no estarían para frenar al enemigo.

Otro disparo en la distancia lo sacó de sus pensamientos.

—¡En posición! —gritó Sarah desde la barricada.

Los combatientes tomaron posiciones. Algunos en lo alto de las estructuras, otros parapetados detrás de sacos de arena. Cada uno sabía que, cuando llegara el momento, no habría margen para el error.

Ethan regresó con una caja de munición y un par de armas extra.

—Esto es todo lo que tenemos —anunció, dejando la caja en el suelo.

Sarah se agachó y revisó el contenido.

—Menos de lo que esperaba.

—Bienvenida a la realidad —respondió Ethan, cruzándose de brazos.

Robert ignoró el intercambio y volvió a enfocar su atención en el enemigo, y entonces, ocurrió.

Sin previo aviso, un rugido ensordecedor cortó el aire.

El impacto fue devastador.

Una de las barricadas estalló en pedazos, arrojando escombros y astillas en todas direcciones.

El sonido fue tan fuerte que por un momento nadie pudo oír nada más que un pitido agudo en los oídos.

El polvo se levantó como una nube espesa, ocultando la visión del área impactada. Robert cayó de rodillas por la onda expansiva. Su cuerpo reaccionó antes que su mente, llevándose las manos a los oídos.

—¡Lanzacohetes! —rugió Nathan desde la barricada, pero su voz sonaba lejana, amortiguada por el zumbido en la cabeza de Robert.

Sarah se levantó con el rifle en las manos y trató de ver a través del polvo.

—¡Repórtense!

Las respuestas llegaron poco a poco, algunas entre toses, otras en jadeos.

—¡Estamos bien!

—¡La barricada está destruida!

Robert se puso en pie, tambaleándose, miró hacia el frente y entonces vio a los primeros atacantes. Entre la nube de polvo, los soldados de Vargas avanzaban en formación, con las armas en alto.

—¡Fuego! —gritó Sarah.

Las primeras balas surcaron el aire.

Los disparos del asentamiento no fueron en vano. Dos de los soldados enemigos cayeron al suelo

antes de que pudieran cubrirse.

Pero el enemigo no se detuvo.

Un segundo proyectil impactó en otra parte de la muralla, abriendo una nueva brecha.

Robert sintió el calor del fuego cuando los restos de la estructura empezaron a arder.

Nathan seguía disparando desde la barricada, con el rostro cubierto de polvo y sudor.

—¡Van a abrir una entrada!

Sarah gritó nuevas órdenes.

—¡No los dejéis avanzar! ¡Fuego sostenido!

Las balas siguieron volando.

Pero entonces, un disparo diferente atravesó el caos. Robert se giró justo a tiempo para ver cómo Olivia se desplomaba al suelo.

Nathan la vio caer y corrió hacia ella sin pensar.

—¡Olivia!

Pero cuando llegó a su lado, ya había demasiada sangre en el suelo.

Robert sintió que el mundo a su alrededor se volvía un zumbido lejano.

Sarah se giró por un instante, pero no había tiempo para procesarlo.

Los soldados de Vargas seguían avanzando y el asentamiento estaba al borde de la caída.

El sonido de la puerta abriéndose lo sacó de su letargo.

Daniel levantó la vista lentamente. No sabía cuánto tiempo había pasado desde que lo dejaron solo en aquella habitación.

Podrían haber sido horas o días, pero el resultado era el mismo. Seguía atrapado.

Dos soldados entraron de pronto.

—Levántate —ordenó uno de ellos.

Daniel no preguntó por qué, se puso de pie y los siguió.

El asentamiento enemigo estaba más activo de lo normal.

Mientras caminaban por los pasillos, notó que había más soldados moviéndose de un lado a otro. No con prisa, sino con precisión. Como si cada uno supiera exactamente lo que debía hacer.

Era una diferencia brutal con su propio asentamiento. En casa, cuando había tensión, se sentía en el aire. La gente se preparaba, pero había incertidumbre.

Aquí no. Aquí solo había certeza.

Los soldados lo llevaron a través de una serie de corredores hasta llegar a una sala diferente a las demás.

No era una sala de interrogatorio ni una celda, era una sala con una pantalla en la pared.

Y su madre lo estaba esperando. No se inmutó al verlo, solo señaló la pantalla sin decir una palabra.

Daniel sintió un nudo en el estómago antes incluso de girarse a mirar.

Lo que vio lo dejó sin aliento. El asentamiento. Su hogar, pero no como lo recordaba.

En la imagen, el humo se elevaba en el aire, cubriendo parcialmente las cabañas y estructuras. Algunas murallas estaban destruidas, y figuras corrían entre las sombras.

Por un instante, Daniel no pudo procesarlo. Su cerebro se negó a aceptar lo que estaba viendo.

—Pensé que querrías ver esto con tus propios ojos —dijo Vargas, con su tono frío de siempre.

Daniel sintió que su respiración se volvía pesada. No parpadeó, no apartó la vista.

—¿Cuándo fue esto? —preguntó con la voz más firme de lo que esperaba.

—Hace poco —respondió Vargas—. No hemos tenido que hacer mucho. Solo darles un empujón.

Daniel sintió el impulso de girarse y golpearla. Pero no lo hizo, no le daría esa satisfacción.

La imagen en la pantalla cambió.

Ahora podía ver la muralla destruida. Los cuerpos. Algunos de los suyos y algunos del enemigo.

Y entonces, vio algo que le revolvió el estómago.

Nathan estaba arrodillado en el suelo, con la cabeza baja. Junto a él, un cuerpo inmóvil.

Olivia.

El impacto lo golpeó con toda su fuerza.

—No…

La palabra salió de su boca antes de que pudiera detenerla.

Vargas lo miró con una expresión difícil de descifrar.

—Uno de los tuyos intentó ser valiente. Ya sabes cómo termina eso.

Daniel cerró los puños con tanta fuerza que las uñas se le clavaron en la piel.

Olivia estaba muerta. Una de las personas con las que había compartido más tiempo en este mundo podrido, con la que había construido un refugio… ahora estaba en el suelo, en medio de un campo de batalla.

—¿Por qué? —murmuró sin apartar la vista de la pantalla.

Vargas inclinó levemente la cabeza.

—Porque la guerra no se gana solo con balas. Se gana con estrategia, con paciencia.

Daniel sintió cómo la rabia le quemaba por dentro.

—No importa cuánto intenten resistirse —continuó Vargas—. Siempre terminan cayendo.

El silencio se hizo insoportable. Daniel no respondió, no podía.

Porque por primera vez en mucho tiempo, se sintió realmente impotente.

Capítulo 27 – Un pacto con el enemigo

Daniel no pidió ser llevado a la sala de interrogatorios.

Había pasado horas en aquella habitación sin ventanas, aislado del mundo, con la imagen de su asentamiento destruido aún grabada en su mente. Olivia estaba muerta. Su hogar había sido

atacado sin que él pudiera hacer nada.

Y ahora, su madre tenía que escucharlo.

Cuando entró en la sala de interrogatorios, ella ya estaba allí.

Vargas estaba sentada con la misma postura impecable de siempre, sin una pizca de prisa. Lo esperaba con el mismo rostro neutro, sin rastro de satisfacción ni burla, solo paciencia.

Daniel se sentó al otro lado de la mesa. No esperó a que ella hablara.

—Voy a aceptar tu trato —soltó de golpe.

Vargas no parpadeó.

—¿Sí?

Daniel respiró hondo, sintiendo cómo las palabras se le atoraban en la garganta.

—Pero con una condición.

Vargas se inclinó apenas un poco hacia adelante.

—Te escucho.

Daniel sintió el peso de lo que iba a decir, era un riesgo pero tenía que intentarlo.

—Tengo una familia.

El aire pareció quedarse quieto en la habitación, Vargas no reaccionó de inmediato, pero por primera vez en toda la conversación, su mirada dejó de ser una barrera impenetrable.

—¿Una familia? —repitió, con voz neutra.

Daniel tragó saliva.

—Una mujer. Y un hijo. No llega al año.

Hubo un silencio largo.

Vargas mantuvo su expresión controlada, pero algo en su mirada cambió. Daniel no pudo descifrar qué era, pero estaba ahí.

—¿Cómo se llaman?

—Sophia. Y Abraham.

Vargas desvió la vista por un momento, como si estuviera procesando la información, o como si estuviera decidiendo qué hacer con ella. Finalmente, levantó la vista y lo miró de nuevo.

—Si aceptas quedarte aquí, tu asentamiento tendrá la oportunidad de sobrevivir.

—Déjalos en paz. No quiero que esto se convierta en una cacería.

Vargas mantuvo la mirada fija en él.

—No me interesa perseguir a los que no representan una amenaza.

Daniel sintió que algo en su interior se aflojaba. No era alivio, era duda.

¿Por qué estaba accediendo tan fácilmente? ¿Realmente lo hacía por él? ¿O solo quería verlo caer en su trampa?

Vargas se puso de pie.

—Puedes irte.

Daniel frunció el ceño.

—¿Así de fácil?

Vargas no respondió de inmediato. Lo observó, como si estuviera esperando algo más.

—No voy a retenerte.

Daniel se puso de pie lentamente.

—No confío en ti.

Vargas hizo un leve gesto con la cabeza.

—Lo sé.

La puerta se abrió, Daniel sintió que su corazón latía con fuerza mientras cruzaba la sala. No podía creerlo. Lo estaban dejando ir.

Cuando llegó a la salida del asentamiento, los soldados se detuvieron y le hicieron un gesto para que siguiera solo. La puerta se cerró tras él con un sonido seco.

Daniel avanzó unos pasos y se detuvo. Miró a su alrededor, sintiendo el aire fresco golpearle el rostro. Estaba libre, pero en su interior, algo no encajaba. Vargas nunca hacía nada sin un propósito.

Y en ese momento, Daniel aún no sabía que su peor pesadilla estaba a punto de comenzar.

El asentamiento estaba en silencio.

No el silencio de la calma, ni el de una noche tranquila. Era el silencio que antecedía a la tragedia.

Nathan, apoyado contra una de las barricadas dañadas, mantenía el rifle sujeto con fuerza.

—¿Qué mierda es esto? —gruñó—. ¿Por qué no disparan? He oído un alto el fuego.

Robert no respondió. Su mente trabajaba rápido, pero no encontraba la respuesta.

Entonces, uno de los soldados enemigos dio un paso adelante.

—¡Orden de alto el fuego! ¡Tenemos instrucciones claras!

Los hombres del asentamiento se tensaron, nadie confiaba en ellos.

—¡Queremos hablar con sus líderes!

Robert bajó lentamente la mira de su rifle.

—¿Qué quieren?

El soldado tomó aire antes de responder.

—La doctora Vargas ha dado una orden.

Robert sintió un escalofrío. Vargas.

—¿Qué orden?

Hubo una pausa antes de que el soldado hablara.

—Que entreguen a Sophia y a su hijo.

El mundo pareció detenerse. Los combatientes del asentamiento intercambiaron miradas, algunos palidecieron, otros no daban crédito a lo que estaba sucediendo.

Nathan negó con la cabeza con furia.

—Esto es una puta broma.

—No lo es —respondió el soldado enemigo—. Estas son órdenes directas.

Sarah frunció el ceño.

—¿Para qué los quieren?

El soldado no respondió, pero no hacía falta.

Sophia, que había estado escuchando desde la distancia, dio un paso adelante.

Robert giró la cabeza hacia ella.

—No.

Sophia se detuvo.

—Tengo que ir.

—Ni hablar —espetó Nathan—. Esto es una trampa.

Sophia lo miró con una tristeza infinita.

—Si lo están pidiendo, es porque Daniel sigue vivo.

Nathan abrió la boca para responder, pero se quedó en silencio, no podía refutar eso.

Sarah intentó intervenir.

—Sophia, si te vas, no sabemos qué harán contigo.

Sophia respiró hondo.

—Lo sé.

Robert se acercó a ella.

—No tienes que hacer esto.

Sophia le sostuvo la mirada.

—Sí tengo que hacerlo.

Hubo un largo silencio.

Finalmente, Robert suspiró y bajó la vista, no había nada que pudiera hacer.

Sophia se giró y caminó lentamente hacia la entrada, con su hijo en brazos, cada paso era un golpe en el pecho para quienes la veían alejarse.

El enemigo esperó a que llegara, y entonces, apareció Aaron. Su presencia lo cambió todo. Vestía un uniforme negro, sin rastro de duda en su rostro. No era el mismo hombre con el que habían compartido fuego y comida en el pasado, era uno de ellos.

Aaron se quedó quieto, con los brazos cruzados.

—¿Estás lista?

Sophia asintió.

Aaron la miró por un segundo, su rostro era una máscara impasible, y entonces, levantó la mano.

Todo se detuvo. Robert, Nathan y Sarah contuvieron la respiración. Sophia sintió que su estómago se encogía.

Aaron sonrió levemente, y luego bajó la mano.

—Fuego.

Los disparos resonaron en el aire como una tormenta.

Sophia se desplomó en el suelo con su hijo aún en brazos. La tierra se cubrió de sangre.

Robert sintió que su mente tardó en procesarlo, no habían venido a negociar, nunca lo hicieron. Nathan gritó de rabia y levantó su rifle, pero Robert lo sujetó del brazo.

—¡No!

—¡La han matado! —rugió Nathan, forcejeando—. ¡Tenemos que matarlos a todos!

—¡No podemos ganar esta pelea!

Sarah miró la escena con el rostro desencajado. No había lágrimas en sus ojos. Solo odio puro.

Aaron, aún con su expresión tranquila, se giró hacia el asentamiento. Sonrió de lado.

—Si hay un infierno, Daniel ya vive en él.

Se dio la vuelta.

—Nos vamos.

El grupo enemigo se retiró sin apurarse, sin mirar atrás. No habían venido a luchar, solo a demostrar que podían hacer lo que quisieran.

El polvo se asentó. El cuerpo de Sophia yacía en la tierra, su hijo en sus brazos, y en el asentamiento, ya no quedaban lágrimas. Solo quedaba la furia. El fuego de la venganza estaba encendido, y solo había una dirección en la que podía arder.

Capítulo 28 – La ira de los muertos

El viento arrastraba cenizas por el suelo cuando Daniel llegó al asentamiento.

Cada paso que daba levantaba polvo, como si caminara sobre los restos de lo que una vez fue un hogar.

No escuchó voces. No vio movimiento. Solo el eco lejano del ataque que ya había terminado.

El olor a pólvora y sangre flotaba en el aire.

Avanzó sin detenerse, sin preguntar qué había ocurrido. Ya lo sabía.

Siguió caminando entre los restos de la barricada destruida, pasando junto a los muros perforados por impactos de bala. En el suelo, vio rastros de sangre, casquillos vacíos, armas rotas. Y luego, los vio a ellos. Sophia y Abraham, sus cuerpos seguían en el mismo sitio donde habían caído. Daniel se detuvo. No respiró, no parpadeó, solo los miró.

Sophia estaba boca arriba, con el rostro ensangrentado y los ojos entreabiertos. Sus brazos aún sujetaban a su hijo. La pequeña figura de Abraham, envuelta en la tela de la manta que su madre había cosido, parecía aún más frágil de lo que recordaba.

Daniel cayó de rodillas. Las yemas de sus dedos tocaron la tela de la manta con delicadeza, no tenía calor, no tenía vida.

El silencio a su alrededor era insoportable.

Robert, Nathan y Sarah se acercaron lentamente, sin saber qué decir. No había palabras para esto.

Nadie se atrevió a tocarlo. Nadie se atrevió a romper el momento.

Ethan apareció unos metros atrás, con el rostro tan inexpresivo como siempre. Pero esta vez, no era frialdad. Era respeto.

Los segundos se alargaron.

Entonces, Daniel habló.

—Todos. Cojan sus armas.

Su voz fue firme, sin temblor.

Los demás intercambiaron miradas.

—Esto acaba hoy.

Robert fue el primero en reaccionar.

—Daniel…

Pero Daniel ya estaba de pie.

—No más esperas. No más estrategias. No más miedo.

Se giró hacia ellos. Su expresión era distinta.

Ya no era el hombre que había tratado de proteger a su gente. Ese hombre había muerto junto a Sophia y su hijo.

—Nos vamos ahora.

Sarah asintió de inmediato.

Nathan sujetó su rifle con más fuerza.

Robert tardó un poco más, pero finalmente exhaló con resignación.

Ethan fue el último en moverse, caminó lentamente hasta Daniel y, sin decir nada, lo abrazó.

Nadie lo esperaba, ni siquiera Daniel. Fue un gesto rápido, sin dramatismo. Un simple reconocimiento de lo inevitable.

Ethan se separó y le tendió un arma. Daniel la tomó sin dudar.

—No vamos a ganar esto —dijo Ethan con voz baja.

Daniel lo miró.

—No vamos a salir de esto.

—No estamos aquí para salir.

Ethan dejó escapar una risa breve y amarga.

—Pensé que dirías eso.

Sarah empezó a organizar a los pocos que quedaban. No era una estrategia. Solo una preparación

para lo que venía. Nathan y Robert revisaron las últimas balas. Algunos cargaron explosivos improvisados.

Cada uno sabía que esta era la última vez que tomarían sus armas.

Ethan caminó junto a Daniel mientras avanzaban hacia la salida.

—¿Sabes? No imaginé que todo terminaría así.

Daniel no respondió.

Ethan sonrió de lado.

—Pero creo que siempre lo supe.

Cruzaron la última puerta, el mundo fuera del asentamiento los esperaba y Daniel ya no tenía nada que perder.

La noche estaba rota.

Las llamas iluminaban la oscuridad con un resplandor violento, proyectando sombras deformadas contra los muros del campamento enemigo.

Daniel avanzaba con pasos firmes, con el rifle sujeto con tanta fuerza que ya no sentía las manos. No sentía el peso de su cuerpo, ni el calor del fuego alrededor, solo sentía un vacío, un impulso frío que lo empujaba hacia adelante.

Disparó.

Un soldado enemigo cayó de espaldas, con la cabeza destrozada por el impacto.

Otro corrió en dirección contraria, intentando buscar cobertura tras una barricada de sacos de arena. Daniel no le dio oportunidad, dos disparos y el hombre cayó de rodillas antes de desplomarse por completo.

Los demás lo seguían de cerca.

Nathan estaba a su izquierda, disparando en ráfagas cortas para cubrir a los que avanzaban. Su rostro estaba cubierto de polvo y sudor, pero no había miedo en su mirada.

Robert y Sarah se movían en formación, aprovechando cada cobertura para intercambiar fuego con los defensores enemigos.

Parecía que estaban ganando, parecía.

—¡Adelante! —gritó Sarah, con el rifle en alto.

Daniel siguió avanzando, esquivando los escombros de una torreta derrumbada. El fuego rugía detrás de ellos, tiñendo la escena de un rojo ardiente.

En medio del caos, Ethan disparaba con precisión, abatiendo a dos hombres más con una frialdad escalofriante, no había emoción en su rostro, solo eficiencia.

—¡Van a caer! —gritó Nathan, recargando.

Por un instante, Daniel pensó que realmente lo estaban logrando, que habían encontrado una grieta en la armadura de Vargas, que por primera vez tenían el control.

Pero entonces, ocurrió.

Las luces del campamento se encendieron todas a la vez, un sonido mecánico se activó por

encima de ellos, el zumbido de los generadores encendiéndose.

El patio central se iluminó como si fuera de día, y entonces, Daniel vio la verdad.

No estaban atacando, estaban siendo guiados. No habían roto la defensa enemiga. Los habían dejado entrar.

Habían seguido el camino que el enemigo les había marcado, y ahora estaban justo donde querían que estuvieran.

Rodeados.

Las sombras se movieron sobre los techos, entre los edificios, detrás de los muros bajo la luz blanca y brutal de los reflectores, docenas de soldados enemigos emergieron como un enjambre. No dispararon de inmediato, no tenían por qué hacerlo.

Daniel se quedó congelado.

Nathan giró sobre si mismo, buscando una escapatoria, pero no había ninguna.

Sarah apretó la mandíbula, Ethan escupió al suelo con un gesto de resignación.

—Mierda.

Los habían atrapado.

Daniel tragó saliva con dificultad, sintiendo su corazón latir en su garganta.

Y entonces, a lo lejos, sobre una de las estructuras de vigilancia, una figura apareció.

El sonido de sus botas resonó con eco sobre la plataforma de metal mientras caminaba con calma.

La Doctora Vargas. Con aires de victoria, nunca estuvo en peligro ni hubo un enfrentamiento real.

Daniel la miró con una mezcla de rabia y desesperación.

Ella se detuvo en el borde de la plataforma y habló con claridad.

—Bienvenidos.

Su voz cortó el aire como un cuchillo afilado. Los soldados enemigos se alinearon, con sus armas listas, esperando una orden que aún no llegaba.

Silencio, un silencio aterrador.

Daniel sentía su respiración acelerada, sus pulmones ardiendo por el esfuerzo de la batalla… una batalla que nunca existió.

Todo había sido una ilusión, una mentira bien construida.

Sarah miró a Robert.

—¿Y ahora?

Robert no respondió. No tenía una respuesta.

Nathan dio un paso atrás, mirando a su alrededor, negándose a aceptar que habían perdido.

—No… No puede ser.

Ethan exhaló con una leve sonrisa amarga.

—Siempre ha sido así.

Daniel cerró los ojos un instante, imaginó la última imagen de Sophia en pie, entregándose sin luchar, a Aaron bajando la mano, la sangre en la tierra y al abrir los ojos, no vio nada más que lo que se venía, muerte.

—Suelten las armas —dijo Vargas desde lo alto.

No fue una orden gritada, fué una sentencia.

Los soldados enemigos no disparaban, no porque no lo quisieran, sino porque querían verlos rendirse.

Daniel sintió cómo su cuerpo temblaba, pero no de miedo, de rabia.

Miró a Sarah, miró a Robert, miró a todo el asentamiento los cuales le habían seguido sin preguntar. Nadie hablaba, no sabían qué hacer.

Ethan soltó una carcajada breve.

—Supongo que este es el momento donde tomamos la decisión correcta.

Nathan apretó los puños, todo su cuerpo pedía que siguieran peleando, pero ya no había una batalla.

Robert fue el primero en soltar su rifle, el sonido del metal golpeando el suelo fue ensordecedor, Nathan, con los ojos llenos de odio, lo imitó segundos después.

Uno a uno, las armas fueron cayendo al suelo. Daniel fue el último en soltar la suya.

Se quedó quieto, viendo cómo todo lo que quedaba de su gente era despojado de su única oportunidad de venganza.

Los soldados enemigos se movieron, reduciendo a los supervivientes con rapidez, arrebatándoles cualquier indicio de resistencia.

Daniel sintió un golpe en la nuca cuando lo empujaron al suelo, su mejilla golpeó el polvo caliente del patio, desde allí, con el rostro contra la tierra, escuchó la última orden de Vargas.

—Los quiero a todos de rodillas en el centro de la plaza

Y en ese momento, Daniel entendió lo que realmente había pasado, nunca fueron una amenaza, nunca fueron un problema, solo fueron piezas en el tablero de su madre.

Y ahora, ella iba a terminar la partida.

Capítulo 29 – Código 54

El aire en el patio central era denso, irrespirable, la forma en que los rodeaban, la certeza de que no quedaban más opciones.

Daniel estaba de rodillas en la tierra, con las manos en el suelo, sintiendo la respiración pesada de los soldados que los vigilaban de cerca. Las armas apuntaban directamente a ellos.

El grupo entero estaba allí.

Robert, con el rostro endurecido, pero sin esperanza en los ojos. Él ya sabía el final. Nathan, con la mandíbula apretada, tratando de no temblar, con los puños cerrados como si aún pudiera hacer algo. Sarah, herida en un costado, con sangre seca en la mejilla, respirando con dificultad, no se

quejaba ni pedía ayuda. Solo miraba al frente.

Ethan estaba en silencio. Como siempre. Miraba la tierra bajo sus pies, como si el momento no le importara, pero Daniel lo conocía lo suficiente para saber que estaba midiendo cada segundo. Algunos de los suyos ya no estaban allí, habían muerto en el ataque, en el campamento y en la emboscada. Los que quedaban con vida eran los condenados.

El círculo de soldados enemigos era perfecto. Nadie les hablaba. Nadie les decía qué iba a pasar. Solo esperaban ordenes, y sobre ellos, desde las alturas, Vargas los observaba.

Daniel alzó la vista y la vio, de pie en la plataforma de vigilancia, con el mismo porte sereno de siempre, sin prisa, pero con aire satisfacción en el rostro, solo esperando, era la única que tenía las respuestas.

Daniel bajó la mirada hacia sus compañeros. Cada uno de ellos tenía pensamientos distintos en la mente.

Algunos creían que serían arrestados, Vargas siempre había dicho que no mataban sin sentido. Tal vez los llevarían a algún lugar, tal vez los pondrían a trabajar, a vivir con normas estrictas.

Otros, como Nathan, sabían la verdad, los soldados no estaban aquí para hacer prisioneros.

Robert tragó saliva y levantó la cabeza lentamente.

—Nos van a ejecutar.

Lo dijo con voz baja, sin emoción.

Sarah no reaccionó, Nathan escupió al suelo.

—Quiero verlos intentarlo.

Uno de los soldados le dio un culatazo en la nuca. Nathan cayó de cara al suelo, respirando con dificultad, pero no dijo nada.

Robert cerró los ojos. Sarah miró a Vargas, esperando. Daniel apretó los dientes.

El silencio se hizo insoportable, Vargas no hablaba, no necesitaba hacerlo, simplemente esperaba el momento en que nadie más se resistiera.

Daniel sintió cómo su respiración se volvía más pesada, ¿Ya está?¿Esto era todo, el final de su gente, el final de todo?

Pero en el fondo de su pecho, una idea comenzó a crecer, una idea que le decía que aún no había terminado.

Y antes de poder pensarlo dos veces, se puso en pie y gritó.

—¡Quiero hablar con Vargas!

Nadie reaccionó al principio, los soldados se quedaron quietos.

Entonces, uno de ellos avanzó y sin dudarlo le dio un golpe brutal en el estómago con la culata del rifle. Daniel cayó de rodillas, sintiendo el aire escaparse de sus pulmones, se ahogaba con su propia sangre que emanaba de su interior

—¡Cállate! —gruñó el soldado.

Daniel apretó los dientes y levantó la cabeza, con la boca ensangrentada, escupió al suelo y gritó aún más fuerte.

—¡Acepto las condiciones!

El murmullo en el patio se apagó de inmediato, los soldados intercambiaron miradas.

Robert lo miró sorprendido, el resto, resignado, agachó la cabeza.

Daniel respiró con dificultad. No podía rendirse, pero sí podía intentarlo.

—¡No quiero que nadie más salga herido! —gritó.

Se incorporó lentamente. Vargas, desde arriba, se movió, finalmente, descendió.

El sonido de sus botas resonó con un eco pesado sobre la plataforma de metal.

Cada paso estaba medido, cada gesto era parte del juego. Cuando llegó al nivel del suelo, caminó con calma hacia Daniel. Los soldados le hicieron espacio, como si estuvieran esperando que ella sellara el destino de todos.

Se detuvo frente a él y lo observó.

—¿Has cambiado de opinión?

Su voz no tenía ni una pizca de emoción. Daniel, aún con la respiración entrecortada, sostuvo su mirada.

—Mataron a Sophia. A mi hijo.

Un temblor leve se apoderó de sus manos.

—Tus hombres los asesinaron.

Vargas no parpadeó.

—Una amenaza es una amenaza.

Daniel sintió que algo se rompía dentro de él. se convirtió en rabia pura.

Su voz se quebró cuando habló.

—¿Diste tú la orden?

Vargas lo miró sin responder de inmediato.

—No.

Daniel frunció el ceño.

—Pero mis soldados saben lo que hay que hacer.

Daniel sintió que el mundo se cerraba sobre él, era suficiente, nunca se arrepentiría de nada.

—Llévenlo a la sala de control —ordenó Vargas.

Los soldados se movieron de inmediato, Aaron apareció entre ellos.

Tenía una sonrisa de superioridad en el rostro. Sostuvo su rifle con calma, y sin decir una palabra, lo apuntó directamente a la cabeza de Daniel.

—Camina.

Daniel obedeció, no tenía otra opción.

Pero mientras avanzaba, con el cañón del arma rozándole la nuca, supo una cosa con certeza, no iba a morir de rodillas. Si iba a caer, se llevaría a alguien con él.

El pasillo parecía alargarse con cada paso.

Daniel avanzaba con la mirada fija en la puerta que tenía al frente, sin desviarse, sin titubear, sintiendo la presión constante del rifle de Aaron contra su nuca.

No había prisa en sus movimientos, No la había en los de Aaron tampoco.

Era un trayecto corto, pero el silencio hacía que pareciera eterno.

La luz artificial de los tubos fluorescentes parpadeaba con una regularidad irritante, proyectando sombras intermitentes en las paredes de hormigón. Un destello, un segundo de oscuridad, otro destello.

Daniel no hablaba. Aaron tampoco parecía tener intenciones de forzarlo.

Sabía que su presencia era suficiente para quebrarlo, o al menos eso creía.

—Sabes que esto no cambia nada, ¿verdad? —murmuró finalmente.

Daniel no respondió.

—A ti te gusta pensar que siempre tienes opciones, pero aquí estamos otra vez, y lo que va a pasar… no lo puedes evitar.

Daniel respiró hondo.

—Tú crees que ya ganaste.

Aaron soltó una leve risa.

—No es lo que creo, es lo que es.

—Siempre hablaste de sobrevivir, de aguantar un día más —continuó Aaron—. Y mírate ahora, arrodillándote.

Daniel cerró los puños, pero no cayó en la provocación.

—Te habría venido bien aprender a perder, tal vez entonces no estarías en esta situación.

La puerta de la sala de control apareció al final del pasillo.

Los soldados que los escoltaban se detuvieron en seco. Aaron introdujo un código en el panel de seguridad y la cerradura se desbloqueó con un sonido seco.

La puerta se deslizó con lentitud, revelando el interior de la sala.

Daniel entró sin necesidad de que lo empujaran, después, la puerta se cerro a sus espaldas y solo quedaron en la sala Aaron y Daniel. Los minutos esperando la llegada de la Doctora parecían horas.

El resplandor de las pantallas era lo único que iluminaba la habitación, las imágenes del patio central dominaban el espacio, las cámaras captaban con una claridad brutal la escena que se desarrollaba afuera.

El grupo de supervivientes seguía arrodillado en el suelo, rodeado por soldados con los rifles en alto, los fusiles estaban alineados, las sombras de los prisioneros se proyectaban en el suelo de hormigón bajo la luz artificial.

La quietud era insoportable, Daniel sintió la presión de un peso invisible en el pecho, sabía lo que iba a ocurrir, pero no podía permitirlo.

La puerta de la sala de control volvió a abrirse. Vargas entró.

No había apuro en su caminar. No había tensión en su cuerpo. Cada paso estaba medido. Cruzó la habitación con calma y se situó frente a la mesa de control, dejando el patio central a su espalda.

Se quitó el walkie de la cintura y lo dejó sobre la mesa con un gesto meticuloso, se quedó mirándolo en silencio por un momento, como si contemplara una pieza más de su maquinaria. Finalmente, alzó la vista hacia Daniel.

—Lamento lo de tu familia.

Daniel apretó los dientes.

—No. No lo lamentas.

Vargas inclinó levemente la cabeza.

—No di esa orden.

Daniel sintió una punzada de rabia en el pecho.

—Pero los dejaste morir.

—Mis soldados saben lo que es una amenaza.

Daniel sintió cómo su respiración se volvía más pesada.

—¿Una amenaza?

—La gente desesperada es peligrosa, no pueden controlar sus impulsos.

Daniel sintió que la sangre le hervía.

—Sophia llevaba un bebé en brazos.

—Era un riesgo.

Daniel sintió que algo se rompía dentro de él.

—Eso es todo para ti, ¿verdad? Todo se reduce a cálculos y riesgos.

—La supervivencia requiere sacrificios.

Daniel tragó saliva con dificultad.

—¿Ordenaste tú la ejecución?

—No.

—Pero no la detuviste.

—No era necesario.

Daniel sintió que su rabia se convertía en un nudo en su garganta.

—¿Tú lo hiciste?

Aaron sonrió.

—Alguien tenía que hacerlo.

Daniel sintió cómo su cuerpo temblaba.

—Eran civiles, eran inocentes.

Aaron se encogió de hombros.

—Nadie es inocente en este mundo.

Daniel cerró los ojos por un segundo, sintiendo cómo el peso de cada palabra lo hundía más y más en un abismo del que no podría salir.

El sonido del sistema de ventilación zumbaba en sus oídos, y en la pantalla, los suyos seguían arrodillados, esperando. Esperando la orden.

Vargas suspiró lentamente y se giró hacia las pantallas.

—El plan debe seguir su curso.

Daniel sintió una punzada en la espalda.

—¿El plan?

Vargas inclinó la cabeza con lentitud.

—Te di una oportunidad.

Se giró lentamente hacia él.

—Ya no la tienes.

Daniel sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

—No…

Vargas alargó la mano y cogió el walkie de la mesa, lo levantó con calma, sin mostrar ninguna prisa.

—Preparen la ejecución.

Daniel sintió que el suelo se desmoronaba bajo sus pies, las pantallas mostraban cómo los soldados enemigos levantaban sus rifles.

No, no podía acabar así.

Vargas llevó el walkie a su boca con una calma aterradora.

—A mi orden, disparen.

Daniel vio en las pantallas cómo los soldados ajustaban sus posturas, con los dedos en los gatillos. Era ahora o nunca.

El walkie en la mano de Vargas parecía pesar tanto como una sentencia.

Daniel la observaba con los músculos tensos, sintiendo cómo el sudor frío resbalaba por su espalda. Sus ojos iban de ella a las pantallas, donde los soldados mantenían los rifles en alto, esperando la orden.

Aún tenía una oportunidad, una sola, Vargas no había dicho aún la palabra final.

Daniel respiró hondo, con la garganta seca y el corazón martillando en sus costillas. Sabía que no podría convencerla con súplicas ni con ira, Vargas era una mujer de lógica, de cálculos, de eficiencia, la única manera de frenarla era haciéndola dudar, obligándola a ver que su plan no tenía sentido.

Pero Aaron seguía apuntándolo con el rifle.

Daniel notó su sonrisa apenas contenida, su dedo descansando relajado sobre el gatillo, como si

todo esto fuera un simple juego para él.

No iba a permitirlo, el tiempo se agotaba, así que por fin actuó. Giró sobre sí mismo con rapidez, su mano golpeando la muñeca de Aaron con un movimiento seco y preciso. El arma se le escapó de los dedos y Daniel aprovechó el desconcierto para lanzarse sobre él, estrellándolo contra la mesa de control.

El impacto sacudió la sala.

Aaron gruñó, tratando de zafarse, pero Daniel ya tenía el rifle, lo apuntó directo a su rostro, el cañón quedó a centímetros de su frente.

Aaron se quedó quieto, con un gesto en el rostro entre pánico y resignación por lo que ocurriría

—¿Vas a hacerlo?

Daniel respiraba con fuerza. Sus manos temblaban por la adrenalina, pero sus brazos estaban firmes.

—¿Ordenaste tú la ejecución de Sophia y mi hijo?

Aaron no pestañeó.

—Sí.

Daniel sintió que su estómago se retorcía al ver como Aaron mantuvo la sonrisa.

—Y lo volvería a hacer.

Daniel apretó el gatillo. El disparo sacudió la sala como un trueno. El cuerpo de Aaron se desplomó contra la mesa antes de deslizarse al suelo. La sangre se esparció en el reflejo de los monitores.

Daniel no lo miró más, se giró hacia Vargas y le apuntó al pecho. Ella no retrocedió, no levantó las manos, solo lo miró con la misma calma de siempre.

—Anula la ejecución.

Vargas observó el cadáver de Aaron por un instante antes de volver a fijarse en él.

—Sabía que harías eso.

—Diles que se detengan.

—¿Para qué?

—No tienen que morir.

Vargas se volvió hacia los monitores

—Sí tienen que hacerlo.

—No es necesario. Los fuertes y los débiles pueden coexistir. Es la única forma en que la humanidad ha sobrevivido siempre.

—Eso es lo que los débiles quieren creer —respondió Vargas—. Para mí, los fuertes deben tomar el control. Si alguien es demasiado débil para adaptarse, ¿qué sentido tiene mantenerlo con vida?

—¿Eso lo decides tú?

—No. Lo decide la naturaleza.

Daniel sintió que la rabia le quemaba por dentro.

—¿Y quién decide quién es fuerte y quién no? ¿Tú? ¿Tus soldados?

—Sus propias acciones los deciden.

—Eso es mentira.

Vargas se dio la vuelta y miró a los ojos a Daniel, como si su paciencia se agotara.

—¿De verdad crees que la humanidad puede vivir en armonía?

—Siempre ha habido fuertes y débiles. Siempre han existido conflictos. Pero lo que nos hace humanos es que intentamos equilibrarlo.

—Esa idea es un lastre.

—Es lo único que nos diferencia de los animales.

Vargas suspiró.

—No te das cuenta, Daniel, pero llevas toda tu vida equivocándote.

—O tal vez eres tú quien ha pasado toda su vida intentando justificar lo que eres.

Vargas lo observó con un destello en los ojos.

—No esperaba un final así.

Lentamente, tomó el walkie de la mesa. Daniel apretó el rifle contra su pecho.

—No.

Ella lo llevó a su boca con calma.

—Fuego.

El sonido de los disparos atravesó la sala antes de que Daniel pudiera reaccionar. Los ecos retumbaron en las pantallas, en los monitores, en su pecho, sus manos temblaron, sus labios se entreabrieron, pero no salió ningún sonido de ellos, tenia ganas de llorar pero ya no le quedaban lágrimas. Vio en las pantallas cómo los cuerpos caían, uno tras otro, sin oportunidad de gritar, sin tiempo para luchar.

Robert, Sarah, Nathan, Ethan.

El último disparo resonó en el aire y luego… silencio.

Daniel bajó lentamente el rifle. Sintió que todo el peso del mundo se hundía en sus hombros.

Vargas lo observó con la misma expresión neutra de siempre.

—Fallaste en mi ecuación.

Daniel giró la cabeza lentamente. Vargas lo miraba con frialdad absoluta.

—No debías haber llegado hasta aquí.

Daniel sintió que su propia piel se estremecía.

—Tenías que haber muerto.

Vargas tomó de nuevo el walkie. Daniel sintió que algo terrible estaba a punto de pasar.

—Activen el Código 54.

La sala se llenó con un sonido mecánico, metálico, una alarma, un pitido ensordecedor, el eco de su muerte anunciada.

El pitido mecánico de la alarma cortó el aire como un cuchillo.

Era un sonido seco, intermitente, que rebotaba en las paredes de hormigón y hacía vibrar el suelo bajo los pies de Daniel.

El eco del Código 54 aún flotaba en el ambiente.

Por un instante, el tiempo pareció haberse detenido.

Los monitores en la sala de control seguían mostrando el patio central, pero ahora no había nadie en pie. Solo cuerpos inmóviles, extendidos sobre el suelo, sin vida.

Daniel sentía la garganta seca, sus oídos zumbaban con cada nuevo pitido de la alarma.

Vargas lo observaba con la misma expresión serena, sin inmutarse.

Daniel no se movió, parpadeó lentamente, su mente procesando lo que acababa de escuchar, lo que acababa de suceder. Luego, su cuerpo reaccionó.

Sus dedos se crisparon sobre el rifle, su respiración se volvió errática, sus labios se entreabrieron, pero al principio no salió sonido alguno de su boca.

Finalmente, su voz emergió como un rugido desgarrado.

—¿Qué has hecho?

Daniel dio un paso hacia ella, sintiendo cómo la rabia le quemaba la piel.

—¿Qué carajo es el Código 54?

La alarma continuó sonando, su eco reverberando en la sala. Daniel miró a su alrededor, afuera, en los monitores, vio el caos desatándose.

Los soldados enemigos no entendían lo que estaba ocurriendo, corrían en todas direcciones, algunos empujándose, otros intentando abrir puertas bloqueadas que ya no respondían.

Las luces del complejo comenzaron a parpadear, el sistema estaba colapsando.

Daniel volvió la vista hacia su madre.

—¡Dime qué has hecho!

Ella simplemente lo observaba, sin apurarse en responder.

Daniel sintió que su corazón martilleaba en su pecho, la desesperación se convirtió en un vacío helado en su estómago.

La megafonía se activó de repente y una voz robótica, sin emociones, retumbó por los altavoces del complejo.

—Código 54 activado. Procediendo con protocolo de contención. Autodestrucción en diez minutos.

Daniel sintió que el suelo bajo sus pies se volvía inestable, las palabras se repetían en su cabeza una y otra vez.

Autodestrucción.

Las luces parpadearon de nuevo. Las pantallas de la sala de control mostraban diferentes sectores

del complejo, donde los soldados intentaban desesperadamente abrir las puertas sin éxito.

Los pasillos estaban llenos de gritos y caos, algunos disparaban contra los paneles de seguridad en un intento desesperado por desactivar el cierre automático, otros golpeaban las puertas con la culata de sus rifles, sin éxito.

No había salida.

Daniel sintió que la sangre se le helaba en las venas. Vargas seguía mirándolo con calma.

—Nunca debieron estar vivos.

Daniel apretó el rifle con tanta fuerza que sus nudillos se pusieron blancos.

—¿Qué…?

—Desde el principio —continuó Vargas—, este mundo no era para ellos.

Daniel sintió que sus manos temblaban.

—¿Qué has hecho?

Vargas inclinó levemente la cabeza, como si estuviera hablando con un niño que no entendía una lección básica.

—El complejo está diseñado para no caer en manos equivocadas, si un fallo compromete el sistema, la única solución es la erradicación total.

—Estás matando a los tuyos.

—Son sacrificios inevitables.

Daniel no podía creer lo que estaba escuchando.

Vargas mantuvo la calma absoluta.

—El problema con la humanidad siempre ha sido el mismo, Daniel. Se aferra a la vida sin entender que no todos deben seguir adelante.

—¿Eso crees?

Vargas lo observó con un destello en los ojos.

—Es lo que sé.

Daniel negó lentamente con la cabeza.

—Tú no quieres salvar nada, solo quieres controlarlo todo.

—El control es lo único que mantiene el equilibrio.

—No.

Vargas parpadeó.

—No hay otro camino, Daniel.

—Sí lo hay.

—Y por eso has estado siempre en el lado equivocado de la historia.

Daniel no podía soportarlo más, todo a su alrededor era destrucción, todo estaba acabando.

Vargas lo miró por última vez.

—Este es el final.

Daniel apretó los dientes.

—Sí. Para ti.

Apuntó su rifle al pecho de Vargas.

Ella no se movió, no mostró miedo, no intentó huir. Daniel mantuvo la vista fija en ella, sus dedos presionaron el gatillo. Y disparó.

Las balas impactaron en su torso una tras otra, desgarrando la tela de su uniforme, perforando su piel. El cuerpo de su madre se sacudió con cada disparo, pero no cayó de inmediato. Daniel siguió disparando, Vargas se tambaleó hacia atrás golpeando contra la mesa de control. Su boca se entreabrió, como si intentara decir algo, pero solo salió sangre.

Daniel no dejó de apretar el gatillo hasta que el cargador se agotó, finalmente, Vargas cayó de rodillas. Su mirada seguía fija en él, incluso mientras su cuerpo perdía fuerza. Intentó respirar, pero su pecho se hundió en un último espasmo.

Daniel la observó en silencio.

El zumbido de la alarma continuaba en el fondo.

Vargas se desplomó en el suelo, sus ojos abiertos, vacíos.

Daniel dejó caer el rifle, no sentía nada.

La megafonía volvió a activarse.

—Autodestrucción en ocho minutos.

Daniel respiró hondo, no había nada más que hacer, todo iba a desaparecer, y él con ello.

Daniel no se movió, el rifle vacío seguía en su mano, pero no tenía peso, no sentía sus dedos, no sentía su cuerpo.

El pitido de la alarma seguía resonando en la sala, como un latido mecánico que marcaba los últimos segundos de todo.

Su madre estaba en el suelo, sin vida. Sus ojos abiertos, su expresión congelada en la nada.

Daniel la miró por última vez, no sintió alivio ni tampoco sintió satisfacción, solo vacío.

Se apartó de la mesa de control y caminó hacia la gran ventana de la sala, aquella que daba a la zona central del complejo. Afuera, el caos se había desatado, los soldados enemigos corrían en todas direcciones. No había escape.

Las luces del complejo parpadeaban, la megafonía volvió a activarse con su voz impersonal y sin emoción.

—Autodestrucción en cinco minutos.

Daniel apoyó ambas manos en el cristal frío.

Cinco minutos. Desde allí, observó la escena con una mezcla de pensamientos inconexos, vio a los soldados que, minutos atrás, habían sido ejecutores y ahora eran solo presas de una maquinaria que no podían detener. Vio los pasillos llenarse de humo y llamas, las sombras de hombres desesperados reflejándose en las paredes.

Vio el sistema que Vargas había construido con tanta perfección, devorándose a sí mismo.

Exhaló lentamente, el problema nunca habían sido los muertos, nunca fue el virus, nunca fueron las criaturas que surgieron de la enfermedad.

El verdadero cáncer del mundo había sido siempre el mismo, los vivos, los que estaban al poder, los que tomaban las decisiones, los que veían a la humanidad como una ecuación en la que podían sumar y restar vidas sin remordimiento.

Los mismos que creaban guerras para justificar su existencia, los mismos que construían sociedades solo para mantener el control, los mismos que, cuando todo se derrumbaba, seguían aferrados a la ilusión de que podían ser los dueños de un mundo que ya no les pertenecía**.**

Los vivos eran el verdadero problema.

Un soldado intentó subir a una torre de vigilancia, buscando una salida, otros se abalanzaban contra la puerta principal, golpeándola sin descanso, sin entender que ya no quedaba nada.

—Autodestrucción en un minuto.

Daniel cerró los ojos un instante.

Las imágenes en su cabeza eran borrosas, como los recuerdos de un sueño que se desvanecía.

Sophia sosteniendo a Abraham en la entrada del asentamiento, las risas lejanas de una vida que ya no existía, el calor de un hogar que nunca llegó a serlo.

Abrió los ojos de nuevo y miró el cielo.

El amanecer teñía el horizonte de un rojo apagado, como si el mundo entero estuviera ardiendo junto con el complejo.

El pitido de la alarma se intensificó.

—Autodestrucción en diez segundos.

Diez.

Nueve.

Ocho.

Las luces parpadearon con violencia.

Siete.

Seis.

Las sombras de los soldados seguían corriendo, sin un destino, sin una esperanza.

Cinco.

Cuatro.

Daniel sintió el calor de las llamas a lo lejos.

Tres.

Dos.

Cerró los ojos.

Uno.

La alarma se detuvo, las luces se apagaron. Un segundo de absoluto silencio, y luego, la

explosión.

El complejo estalló en una sucesión de detonaciones que barrieron los edificios uno por uno. Las estructuras se vinieron abajo como si fueran de papel, consumidas por el fuego y el metal retorcido.

El impacto destrozó la sala de control en una fracción de segundo. El cristal estalló en mil pedazos, el suelo desapareció bajo sus pies. Daniel no sintió dolor, solo calor, solo luz, solo el final.

Capítulo 30 – El fin del mundo (…o su reinicio)

El sonido del despertador perforó la oscuridad.

Daniel abrió los ojos de golpe, su respiración entrecortada, con el pulso descontrolado como si acabara de salir de una pesadilla, su cuerpo estaba tenso, sus músculos rígidos, el sudor frío pegándose a su piel.

La alarma seguía sonando con su tono agudo e insistente.

Giró bruscamente y golpeó el botón de apagado con la mano temblorosa, se quedó quieto por un momento, tratando de entender dónde estaba.

Sus ojos recorrieron la habitación, el techo era el mismo, su techo.

Las cortinas seguían cerradas, pero la tenue luz matutina se filtraba por los bordes. La mesilla de noche con su vaso de agua de la noche anterior. Su viejo despertador digital marcando las 7:00 de la mañana.

Todo estaba normal, Daniel pasó una mano por su cara. Sintió el sudor en su frente, su respiración era profunda, forzada, como si aún estuviera atrapado en aquella explosión, en aquel fuego, en aquel momento final donde todo desapareció.

Se incorporó en la cama lentamente, sintiendo el colchón bajo su cuerpo como si fuera la primera vez en años que lo tocaba, pero eso no tenía sentido. Parpadeó un par de veces, todo fue un sueño.

Se llevó ambas manos a la cabeza, frotándose los ojos, malditas películas de zombis, tenía que dejar de verlas antes de dormir. Sacudió la cabeza, le estaban pudriendo el cerebro.

Se quedó sentado en el borde de la cama, tratando de recordar cuánto había dormido. Parecía que habían pasado años desde la última vez que cerró los ojos.

Pero eso era imposible, qué sueño más raro, qué sueño más real.

Exhaló lentamente, tratando de despejarse. Se puso de pie y se estiró, sintiendo cómo su espalda crujía.

El suelo estaba frío bajo sus pies. Caminó hacia el baño con los movimientos torpes de cada mañana, tratando de sacudirse la sensación de que algo aún no encajaba del todo.

Encendió la luz del baño, el resplandor blanco le hirió los ojos por un segundo.

Se miró en el espejo, por un momento, no reconoció su reflejo, pasó los dedos por su rostro, revisando su piel, su cuello, sus brazos. Esperaba ver heridas, sangre, esperaba ver rastros de lo que acababa de vivir. Pero no había nada.

Su piel estaba limpia, sin cortes, sin cicatrices, sin señales de guerra.

Se apoyó en el lavabo con ambas manos y cerró los ojos por un instante, solo fue un sueño, solo un maldito sueño.

Giró la llave de la ducha y dejó que el agua caliente llenara la habitación con vapor. Se metió bajo el chorro, sintiendo el calor relajando sus músculos tensos, se quedó allí un rato, con los ojos cerrados, dejando que el agua lo envolviera, tratando de borrar las imágenes de su cabeza.

Los disparos, los cuerpos cayendo en el patio central, el sonido de la cuenta regresiva antes de la explosión.

Abrió los ojos de golpe y apagó la ducha con un movimiento brusco. Salió, se secó rápidamente y volvió a su habitación. Tenía que prepararse para el trabajo.

Se vistió con la misma ropa de siempre: una camisa de manga larga arrugada y unos pantalones oscuros, el mundo seguía girando, como si nada hubiera cambiado. Caminó hacia la cocina y abrió la nevera.

Solo quedaba un poco de leche en un cartón medio vacío. Tomó una caja de cereales del armario y sirvió lo poco que quedaba en un cuenco, se sentó en la mesa de la cocina y comenzó a comer, pero su mente estaba en otro sitio.

Cada cucharada era automática. Su cuerpo actuaba solo, mientras su mente divagaba. Las imágenes del sueño volvían en ráfagas inconexas, la mirada vacía de su madre, el sonido de la alarma, la voz mecánica anunciando la destrucción total, el calor de las llamas.

Cerró los ojos un segundo, solo un sueño, solo una pesadilla.

Respiró hondo y miró el reloj en la pared. Era hora de irse al trabajo.

Se levantó de la mesa, dejó el cuenco en el fregadero y tomó su chaqueta, todo estaba normal, el mundo estaba normal, nada había cambiado, y sin embargo, no podía sacudirse la sensación de que algo estaba a punto de romperse.

Daniel dejó el cuenco en el fregadero.

Se pasó una mano por el rostro, tratando de sacudirse la sensación de letargo que todavía lo envolvía, se sentía extraño, como si su cuerpo estuviera funcionando en piloto automático, siguiendo una rutina que ya no tenía sentido.

Agarró su chaqueta del perchero junto a la puerta, la colocó sobre su brazo y caminó hacia la entrada del apartamento.

Tenía que irse, tenía que llegar al trabajo, giró la manija de la puerta, y entonces, el mundo tembló.

El estruendo fue seco, potente, como si algo hubiera golpeado el aire con una fuerza imposible. El apartamento se sacudió ligeramente, las ventanas vibraron en sus marcos, los vasos en la cocina resonaron con un tintineo inquietante, Daniel sintió la onda en su pecho antes de que su mente pudiera procesarlo.

Fuera, las alarmas de los coches comenzaron a sonar al unísono, el ruido le provocó un escalofrío involuntario, se quedó quieto en la entrada, con la mano aún en la perilla. Algo no estaba bien. Miró por la mirilla de la puerta, el pasillo del edificio seguía vacío. No había nadie, pero el aire se sentía diferente.

El eco de la explosión se desvaneció lentamente, dejando solo las alarmas chirriantes y el murmullo lejano de voces en la calle.

Esto no era normal.

Volvió de forma apresurada al salón, cogió el mando del televisor y lo encendió.

El canal de noticias apareció de inmediato, y lo que vio le erizó la piel. Las imágenes eran claras, demasiado claras.

Las cámaras transmitían en directo el caos en las calles de la ciudad, multitudes corriendo en todas direcciones, coches abandonados en medio de la carretera, columnas de humo elevándose en distintos puntos. Y en el centro de todo, el pánico absoluto. Gente atacándose, hombres y mujeres lanzándose unos contra otros como animales, desgarrando carne con las manos, con los dientes.

Personas cubiertas de sangre tambaleándose en medio del tráfico, con miradas vacías, como si ya no fueran humanos.

No. No podía ser.

Los presentadores de noticias intentaban mantener la calma, pero sus rostros traicionaban el miedo.

El ticker en la parte inferior de la pantalla se movía con urgencia, con letras blancas sobre un fondo rojo brillante:

"ALERTA NACIONAL - SE DECLARA EL ESTADO DE SITIO. SE RECOMIENDA A LA POBLACIÓN NO SALIR DE SUS HOGARES."

Daniel tragó saliva.

El presentador, un hombre de traje oscuro con la voz tensa, hablaba con rapidez.

—Las autoridades han declarado el estado de sitio en respuesta a los eventos que se están desarrollando en distintas ciudades del país. Se informa de múltiples incidentes violentos de origen desconocido. Aún no hay una declaración oficial sobre la naturaleza del fenómeno, pero se insta a la población a permanecer en sus hogares.

Las imágenes cambiaron. Ahora mostraban a la policía intentando contener una multitud que se desbordaba como una ola de locura.

Algunos oficiales abrían fuego. Las personas que caían al suelo no gritaban. No reaccionaban como lo haría alguien que ha recibido un disparo.

Se levantaban de nuevo, algunos con los huesos torcidos, con sangre en la boca.

Daniel sintió cómo su estómago se revolvía. Era imposible.

El presentador continuó, su tono cada vez más inestable.

—Se reportan disturbios en las inmediaciones de varios centros médicos y estaciones de policía. Algunas fuentes indican que los primeros incidentes se registraron en las cercanías de una instalación militar.

Daniel sintió que su pecho se encogía, las imágenes volvieron a cambiar.

Ahora mostraban una entrevista en directo con una mujer de unos cuarenta años, con el rostro

desencajado, sosteniendo un teléfono en la mano. La reportera le acercó el micrófono.

—Señora, mencionó que tiene un familiar dentro de la base militar. ¿Qué le ha dicho?

La mujer respiró con dificultad, intentando contener el pánico.

—Él… él me llamó hace unos minutos. Me dijo que estamos en peligro. Que… que algo que no debía salir… salió.

La reportera frunció el ceño.

—¿A qué se refiere?

—No lo sé. No pudo decirme mucho más. Solo… solo me dijo que cerrara las puertas, que no saliera, que esto no es… no es lo que creemos.

Su voz se quebró.

La transmisión se cortó abruptamente y la imagen volvió a los presentadores en el estudio.

El hombre del traje oscuro intentó recuperar el hilo.

—Repetimos, se insta a la población a mantenerse en sus hogares y seguir las instrucciones de las autoridades. Estamos tratando de conseguir una declaración oficial sobre lo que está ocurriendo en…

Daniel apagó la televisión, el control remoto cayó sobre la mesa con un sonido sordo. Se quedó sentado en el sofá, mirando la pantalla negra, sin saber cuánto tiempo pasó antes de moverse.

No había nada más que pensar, no había nada más que entender.

Ya lo sabía, se levantó con calma, caminó hacia la cocina y abrió el cajón de los cubiertos. Tomó el cuchillo más grande que tenía y lo sostuvo en su mano por unos segundos, sintiendo el peso del metal frío.

Lo ajustó a su cinturón, después, caminó hacia su habitación, tomó la mochila que solía usar para el trabajo y comenzó a llenarla.

Botellas de agua, comida enlatada, una linterna, baterías de repuesto, un encendedor, guantes.

Miró a su alrededor, no se estaba preparando para ir al trabajo, no se estaba preparando para otro día más. Esta vez, sabía lo que venía. Esta vez, estaba listo.

Daniel dejó la mochila en el suelo y caminó lentamente hasta la ventana, el cielo tenía un tono extraño, una mezcla de azul grisáceo con destellos anaranjados en el horizonte. Pero no era el amanecer, eran columnas de humo, se elevaban desde distintos puntos de la ciudad, algunas más espesas, otras difuminándose con el viento. Se movían como sombras vivas, marcando el inicio de algo que la gente aún no comprendía del todo.

Los noticieros podían repetirlo una y otra vez: no salgan de sus casas, mantengan la calma, pero Daniel sabía que la calma ya no existía.

Lo había vivido antes, no era una predicción, era un recuerdo. Exhaló con lentitud y apartó la mirada del exterior, se agachó para recoger la mochila. Era hora de irse.

El sonido de los golpes en la puerta lo hizo congelarse. No eran golpes tímidos ni impacientes. Eran urgentes, desesperados.

Daniel permaneció inmóvil, sintió un escalofrío recorriéndole la espalda. Los golpes

continuaron.

—¡Daniel!

La voz atravesó el umbral con fuerza. Daniel sintió que su respiración se detenía, no, o podía ser.

Se giró lentamente hacia la puerta.

—¡Daniel, abre! ¡Debemos irnos ahora!

Su cuerpo no reaccionó, era como si su mente se negara a procesarlo.

La voz, era su voz. No. No podía ser.

Los golpes continuaron.

Daniel tragó saliva, pero su garganta estaba seca, sus piernas se sentían como bloques de piedra.

Todo lo que tenía que hacer era dar unos pasos, solo unos pasos, ero sentía como si el suelo lo estuviera arrastrando hacia abajo.

La voz sonó de nuevo.

—¡Por favor, ábreme!

Daniel avanzó lentamente, sintiendo su propio pulso martillando en sus oídos, se detuvo frente a la puerta, estiró una mano temblorosa y la apoyó sobre la madera.

No tenía que abrir, no tenía que ver, porque si abría la puerta, significaba que todo era real, que el ciclo no se había roto.

Un segundo de duda, un segundo de terror. Giró la perilla, la puerta se abrió.

Y allí estaba ella, su madre. Vargas. Viva, con la misma expresión de urgencia, con la misma mirada impenetrable.

Antes de que pudiera reaccionar, ella lo rodeó con los brazos.

Daniel sintió el calor de su piel, la firmeza de su abrazo. No era un fantasma, no era un delirio, era real.

La mente de Daniel se quedó en blanco, no pudo moverse, no pudo empujarla, no pudo hacer nada. Solo escuchó su voz, susurrándole cerca del oído.

—Debemos irnos. No hay tiempo.

Su madre se separó de él y lo tomó por los hombros.

—Escucha, Daniel. Han evacuado las instalaciones en la ciudad, no es seguro quedarnos aquí.

Daniel no pudo responder.

Vargas continuó.

—Tenemos que llegar a una base militar en las afueras, allí estaremos protegidos.

Daniel sintió su pulso acelerarse aún más, era lo mismo, el mismo plan.

Todo estaba volviendo a suceder.

—Abajo nos espera un vehículo militar. Nos llevará a un lugar seguro.

Daniel cerró los ojos un instante.

No.

No.

No otra vez.

Cuando los abrió, su madre lo observaba con detenimiento.

—Daniel, reacciona. Solo unos pocos van a sobrevivir.

Daniel sintió que su mandíbula se tensaba.

—Los más fuertes y los más capaces —añadió su madre, con su tono frío y calculador.

Daniel la miró fijamente.

Ella extendió la mano hacia él.

—Ven conmigo.

Daniel bajó la vista a su propia mano, el cuchillo seguía allí, sujeto a su cinturón.

Una imagen cruzó su mente como un rayo, las balas resonando en el patio central, las sirenas del Código 54, la sangre de Sophia en la tierra, la Doctora Vargas, de pie, presionando el walkie sin inmutarse.

—Fuego.

Daniel levantó la vista, su madre seguía esperándolo, con la mano extendida.

No lo dudó más. En un movimiento rápido, sacó el cuchillo y se lo hundió en el cuello.

Su madre abrió los ojos con sorpresa, no dijo nada, solo lo miró. Daniel torció el cuchillo y lo sacó con un movimiento limpio.

La sangre brotó de inmediato, empapando el suéter de su madre, ella se tambaleó, llevándose las manos al cuello, intentando detener lo inevitable. Cayó de rodillas, con la boca entreabierta, como si quisiera hablar, como si intentara decirle algo.

Daniel solo la observó, no sentía rabia, no sentía satisfacción, solo vacío.

Vargas dejó escapar un sonido ahogado antes de caer de lado, su cuerpo golpeando el suelo con un impacto sordo. El charco de sangre comenzó a expandirse bajo su cabeza.

Daniel la observó durante unos segundos más, no dijo nada, se agachó, tomó su mochila y se la colgó al hombro, miró su apartamento por última vez, el lugar donde había comenzado todo, el lugar donde terminaba.

Se giró y salió por la puerta.

El mundo lo esperaba.